

Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Occidente

Reconocimiento de validez oficial de estudios de nivel superior según acuerdo secretarial 15018, publicado en el Diario Oficial de la Federación del 29 de noviembre de 1976.

Departamento de Filosofía y Humanidades
Doctorado en Filosofía de la Educación



Fenomenología del llanto

TESIS que para obtener el **GRADO** de
Doctor en Filosofía de la Educación

Presenta: **MTRO. BERNARDO GARCÍA GONZÁLEZ**

Directora **DRA. CRISTINA CÁRDENAS CASTILLO**

Tlaquepaque, Jalisco. Julio de 2024.

A mis padres.

A Lupita y a Mariel.

A Adrián Castañeda.

A la Dra. Cristina Cárdenas Castillo, con profunda gratitud.

Resumen

En esta tesis doctoral se realiza un acercamiento filosófico al problema del llanto. La investigación gira completa en torno a la pregunta concisa y directa de qué es propiamente ese fenómeno que llamamos llanto. El trabajo se estructura en tres capítulos. El primero tiene un triple sentido: en él se desarrolla la problematización propiamente dicha; se revisan críticamente algunos enfoques que han asumido investigaciones previas sobre el llanto; y, finalmente, se declara la vía que permitirá dar cauce a la profundización deseada. De tal esfuerzo se recoge la convicción de que el territorio más fértil para indagar con radicalidad en el llanto es el de la vivencia. Por ello, el segundo capítulo asume la actitud fenomenológica y presenta una primera consideración descriptiva tomando como prototipo ejemplar el llanto de tristeza. Esa descripción permite trazar un primer mapa de la estructura interna del acto, resaltando los diferentes momentos que, desde la viva experiencia, revelan su carácter eruptivo. Los logros de esa primera vuelta descriptiva exigen, sin embargo, nuevas consideraciones para que, por un lado, pueda el llanto distinguirse de otros actos parecidos o próximos a él y, por el otro, se constate si efectivamente en todos los llantos —y no sólo en los de la esfera afectiva— se mantiene tal estructura. El tercer capítulo asume ese problema y se propone, desde un concienzudo proceso de tipificación, insistir en descripciones de distintos tipos de llanto para, desde tal abanico abierto, advertir finalmente los requisitos, condiciones y componentes básicos indispensables presentes en todo llanto. Esas segundas —terceras y hasta cuartas— vueltas descriptivas ahora del llanto de dolor, del llanto de alegría, del llanto de sobrecogimiento estético y del llanto de arrepentimiento permiten, al final de la investigación, postular los constitutivos del llanto.

Palabras clave

- Llanto
- Fenomenología
- Fenomenología del cuerpo
- Fenomenología de las emociones
- Filosofía del llanto

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN	5
PROEMIO: SURGIMIENTO DEL INTERÉS EN EL CAMPO DE INVESTIGACIÓN.....	8
CAPÍTULO PRIMERO: EL PROBLEMA DEL LLANTO	21
Algunas dificultades iniciales para el estudio del llanto	22
El llanto como fenómeno unitario	24
Breve consideración crítica a enfoques y estudios precedentes	25
Sobre la preponderancia de las lágrimas	26
Sobre la contraposición entre risa y llanto	35
El llanto como fenómeno de expresión	47
CAPÍTULO SEGUNDO: LA VIVENCIA DEL LLANTO.....	52
Consideración descriptiva	59
<i>La elevación.....</i>	<i>62</i>
<i>El reconocimiento de un límite</i>	<i>64</i>
<i>El desbordamiento</i>	<i>66</i>
CAPÍTULO TERCERO: ESENCIA Y FORMAS DEL LLANTO	76
El proceso de tipificación.....	81
Elección del criterio para la tipificación.....	84
Primera caracterización de los tipos de llanto.....	88
Tránsitos o entrecruzamientos entre los tipos de llanto	92
El llanto corporal.....	96
El llanto de los sentimientos.....	102
El llanto espiritual	111
Los constitutivos del llanto	115
REFLEXIONES FINALES	120
FUENTES DOCUMENTALES	127
Fuentes principales.....	127
<i>Libros</i>	<i>127</i>
<i>Artículos de revistas.....</i>	<i>131</i>
Obras complementarias	132

INTRODUCCIÓN

La investigación que aquí se presenta gira completa en torno a la pregunta concisa y directa de qué es el llanto. Todo el esfuerzo descriptivo y analítico se pone al servicio de esa inquietud radical: la de desentrañar el sentido de un fenómeno que, al mismo tiempo, es tan familiar como asombroso.

El planteamiento de ese problema —la comprensión del aparentemente simple acto de llorar— y la concreción con que es formulado en la pregunta medular, es resultado de un largo y lento proceso de focalización. La inquietud más general de la que se desprende, como es evidente, se inserta en el territorio de la antropología filosófica. De modo que los frutos que de este trabajo se recojan contribuirán —si los propósitos resultan satisfechos de manera suficiente al final— al mejor entendimiento del tipo de seres que somos los humanos, en tanto que portadores de un acto tan peculiar.

Dentro de esa amplia esfera de la realidad humana, el fenómeno que en esta investigación será sometido a análisis riguroso participa, sobre todo, de las dimensiones corporal y afectiva. En ese sentido, esta indagación se suma al cada vez más vasto caudal de estudios que reconocen la deuda histórica que la filosofía tiene en esos ámbitos. Y, sin embargo, no se limita a ellos. El llanto no solamente será explorado «desde» el cuerpo y los afectos —o, mejor, desde la «corporalidad del afecto»—. Por supuesto tales dimensiones forman parte imprescindible del trabajo, pero no son ni su foco, ni su perspectiva exclusiva.

La precisión de la pregunta —«qué es el llanto»— ha de tomarse, entonces, como una estricta declaración del foco de interés; es cierto que la aproximación a tal problema clarificará aspectos de la realidad humana, pero el meollo de la investigación es el llanto «en sí mismo». Tal es, en síntesis, el planteamiento de esta investigación.

§

El trabajo se estructura en tres grandes núcleos, cada uno de los cuales obedece a un capítulo. Antes de ellos, se presenta una breve recuperación reflexiva que intenta dar cuenta del origen del interés en el campo de la investigación. Es un proemio que, si bien no contribuye todavía directamente al tratamiento de la pregunta central, sí permite reconocer, sobre todo, los hilos vitales y personales en que se anuda el ejercicio entero.

El primero de los capítulos que compone ya de manera franca el *corpus* del trabajo tiene un triple sentido: en él se desarrolla la problematización propiamente dicha; se revisan críticamente algunos enfoques que han asumido investigaciones previas sobre el llanto; y, finalmente, se declara la vía que permitirá dar cauce a la profundización deseada.

En cuanto a la problematización, desde la primera línea se enuncia con nitidez la pregunta rectora destacando la dificultad que brota, sobre todo, de la gran variedad de «formas» y «tipos» de llanto que hay. Una variedad que incluso —y bien mirado el fenómeno— hace viable el temor de que no todos ellos compartan un plinto común. Del reconocimiento de tal escollo brota entonces una pregunta todavía más acotada, que permanecerá hasta el final de la investigación señalando su propósito central: qué es el llanto en tanto que fenómeno unitario.

Establecido así el paso crucial de la focalización —aquel que, no obstante el avistamiento del obstáculo, se dispone explícitamente a vencerlo— la crítica a estudios precedentes está ceñida por un estricto tamiz de doble cara: por un lado, cuestiona abordajes que no se dirigen al «qué» propio y constitutivo del llanto —sino que, por ejemplo, prefieren saber los motivos que lo desencadenan—; y, por el otro, señala la insuficiencia de investigaciones que no hacen de su «unidad estructural» la aspiración central de sus esfuerzos, sino que la suponen. El despliegue de esas críticas está organizado en función de los supuestos más comunes desde los que ha solido tratarse el llanto: que consiste fundamentalmente en derramar lágrimas; que es la antítesis de la risa; y, sobre todo, que su carácter fundamental es el ser un fenómeno expresivo.

De la crítica a ese tercer supuesto se empieza a asomar el territorio y la vía que se ofrecen como más adecuadas para emprender la investigación, obedeciendo a la concreción de su planteamiento: el territorio es el de «la vivencia», la vía es «la fenomenología». El segundo capítulo toma precisamente ese título: «la vivencia del llanto», queriendo con ello precisar que el acercamiento ya será «desde dentro de él», es decir, en tanto que fenómeno que acontece en la vida personal y que no sólo es observado en alguien más. En ese capítulo se desarrolla la primera consideración descriptiva del llanto, tomando como prototipo ejemplar el de la tristeza de un hombre ante la muerte de un ser querido.

Ponerse verdaderamente «en situación» del hombre que llora permite ir trazando un primer mapa de la estructura interna del acto, resaltando los diferentes momentos que,

desde la viva experiencia, revelan su carácter eruptivo. La riqueza de notas que presenta un llanto provocado por un sentimiento como el de tristeza es sólo accesible a la mirada de quien asume una actitud de fidelidad a la manifestación misma. Y tal es el ejercicio que se intenta en el capítulo segundo.

Sin embargo, y si bien esa cercanía con la vida deja admitir —por lo menos provisionalmente— que todo llanto emocional supone una elevación de la atmósfera íntima que, a fuerza de crecer en presión e interna tensión, pugna por estallar, es notable que en otros acontecimientos distintos al llanto tal proceso acaezca también, aunque con cualidades distintas: el grito, el golpe de furia, el sudor nervioso, la carcajada, el rubor de vergüenza, entre tantos otros. Los logros de la primera vuelta descriptiva, pues, exigen nuevas consideraciones para que, por un lado, pueda el llanto distinguirse de otros actos parecidos o próximos a él y, por el otro, se constate si efectivamente en todos los llantos —y no sólo en los de la esfera afectiva— tal nota es también constitutiva.

El tercer capítulo asume ese problema y se propone, desde un concienzudo proceso de tipificación, insistir en descripciones de distintos tipos de llanto para, desde tal abanico abierto, advertir finalmente los requisitos, condiciones y componentes básicos indispensables presentes en todo llanto. Esas segundas —terceras y hasta cuartas— vueltas descriptivas ahora del llanto de dolor, del llanto de alegría, del llanto de sobrecogimiento estético y del llanto de arrepentimiento consideran, además, no sólo las sensaciones del momento eruptivo patente en el llanto de tristeza, sino la situación vital de la persona, cuyo hilo vital se ve interrumpido en el momento mismo en que el llanto emerge. Esas nuevas perspectivas permiten, al final de la investigación, postular los constitutivos del llanto.

PROEMIO: SURGIMIENTO DEL INTERÉS EN EL CAMPO DE INVESTIGACIÓN

En uno de los coloquios en que expuse avances de la investigación que aquí presento se me pidió que, antes del esfuerzo principal por poner en común los adelantos de mi estudio, explicitara el modo en que surgió y se fue desarrollando el interés por analizar el fenómeno del llanto desde una perspectiva filosófica. Fue en el semestre de la primavera de 2010. Se trató de un coloquio especialmente complicado para mí porque, a la sazón más que nunca, no estaba satisfecho con mis avances. De hecho, llevaba ya tres semestres con la impresión de sólo estar dándole vueltas a unas mismas intuiciones que, para colmo, ya constituían parte del escrito que había presentado como proyecto de investigación para poder entrar al programa de doctorado, dos años atrás. La sensación de parálisis que me invadía era cuando menos frustrante, pero empezaba a ser incluso dolorosa y, más aún, a convertirse en una especie de signo aciago, de aviso de un futuro estancamiento. Esa sensación era ya una presencia continua en mi vida. Se estaba cristalizando de una manera similar a la del miedo, pero, para colmo, en aquel entonces no tenía nombre y —por lo mismo, ahora lo sé— no podía ni mirar a la bestia a los ojos.

Uno de los tres lectores que tuve en aquel coloquio fue el Dr. Jorge Manzano, S.J. Me había leído cuidadosamente. Era la segunda vez que fungía como comentarista de mi trabajo, de modo que conocía bien mis entregas previas y mi proceso en general. Su aportación fue, como siempre, concisa, profunda y clara. Tomé nota de sus observaciones, pero sentí un vuelco en el interior cuando al final se permitió hacerme una —en sus palabras— “sugerencia de carácter personal”. Me dijo que me recomendaba irme a un lugar alejado, a la montaña o al mar, y que gritara con todas mis fuerzas que estaba haciendo un estudio fenomenológico del llanto: que gritara hasta cansarme, me dijo con toda seriedad. Tardé todavía algunos años en darme cuenta de la importancia del mensaje; en constatar el grado en que estaba implicado en las inquietudes que modelaban mi investigación. El maestro notó al punto la batalla que yo libraba en mi interior —y que no era reciente, sino que atravesaba mis años— entre la contención y la liberación, entre el retener y el brotar. Ahora puedo ver y pronunciar el conflicto que se tejía en la base de mi trabajo, y que me impedía avanzar: por un lado, estar habitado por el miedo y la inmovilidad y, por el otro, decidir dedicarme, precisamente, a un estudio sobre el manar del cuerpo.

Así que, por más que fuera lo que decía en el plano de lo consciente, en su origen mi tesis no surgía sólo de una mera inquietud o inclinación académica; sino que yo estaba vitalmente adherido a la trama de mis preguntas. No poder bailar, no poder gritar, sudar a raudales, mi creciente timidez, mi adscripción voluntaria a la comunidad de los inseguros, eran algunos signos de lo que viví en tiempos posteriores como crisis. Realizar la investigación ha sido, desde entonces y en buena medida, intentar leerme.

§

Pues bien, en estas líneas iniciales quisiera dar breve cuenta de cómo se fue gestando mi interés por el fenómeno del llanto desde hace ya prácticamente veinte años. Intentarlo ha supuesto un ejercicio de memoria, de sensibilidad y de honestidad, una lectura en diferentes capas —como arqueológica— ya que, en la tentativa por recuperar la raíz de mi afán, han ido brotando recuerdos con una doble faz, contradictoria: por un lado, lúcidos y llenos de sentido, pero a la vez evanescentes y perdiendo sus contornos en el momento de pretender retenerlos en la mente; como si al prestarles mi atención se hicieran inaprehensibles y se fundieran aún más hondo en un sustrato de la vida que se sabe importante, pero que juega a las escondidas. En ese flujo continuo de mostrarse y desvanecerse —sin importar la fidelidad con que quiera fijar en el presente las imágenes pretéritas— sólo me ha quedado aceptar, junto con Gaston Bachelard, que hay una región lejana en la que “memoria e imaginación no permiten que se las disocie”.¹

Y así, en el ejercicio de memoria profunda, de auténtica memoria vital, el acto mismo de recordar se me ha hecho problema: ¿sucedió así en realidad?, ¿corresponde esa imagen que reproduzco ahora en mi mente a la verdadera vivencia que tuve?, ¿son memorias mías, tomadas de la fuente de mi propia experiencia, o son las imágenes que otros me han relatado y, con ello, depositado en mí? Porque aquello que parecía en principio obvio o natural —una imagen, un recuerdo sin más— al prestarle mi mirada detenida ha ido, en ocasiones, perdiendo nitidez.

¿De dónde surge mi deseo personal, mi inquietud por penetrar en el fondo de un fenómeno tan sorprendente a la vez que cotidiano? Más allá del provecho innegable que

¹ Gaston Bachelard, *La poética del espacio*, Fondo de Cultura Económica, México, 1975, p. 35.

puede tener para diversos campos de estudio como la antropología filosófica, la fenomenología del cuerpo, el carácter expresivo humano o la psicología, ¿por qué dedicarme a estudiar el llanto? Y, en fin, ¿por qué se ocultan las raíces de ese deseo mío? Esas son las preguntas que motivan y sirven de norte a estas palabras que preceden propiamente mi estudio. Adelanto que —con todo y sus idas y venidas de claridad y confusión—, este esfuerzo de ir tras los vestigios de mi auténtico interés por el llanto me ha permitido caer en cuenta de hasta qué punto llevo en mi vida hilvanado el llanto como problema.

Registraré aquí, pues, algunos hallazgos de la búsqueda, concretados en el mejor de los casos en recuerdos precisos, aunque en otros —ya se verá— sean como evocaciones de imágenes difusas, pero no por ello superficiales. Tal vez, incluso, las reminiscencias menos claras sean las que porten más verdad, porque ahora noto que la imprecisión con que rememoro ciertos hechos pasados está ligada a la honda custodia interna en que yacen.

§

Mi empeño por indagar de manera profunda en el llanto obedece a inquietudes vitales de muy distintos órdenes que se han ido decantando en preguntas concretas a lo largo de mis estudios en filosofía. Por lo que he expresado en los párrafos previos, no resulta fácil identificar de forma puntual el surgimiento de esa motivación mía, pero hago aquí el intento con el propósito de reconocer en mi propia experiencia el germen de cuestionamientos que sólo en un segundo momento fueron académicos. Pienso que cuando brotan del trato directo que los seres humanos tenemos con las cosas que nos acontecen y nos asombran en el mundo cotidiano de la vida, las preguntas susceptibles de un abordaje filosófico adquieren un carácter más genuino. Y ahora —con años ya de distancia— noto que el momento en que pude verbalizar por primera vez que quería investigar formalmente el llanto fue muy posterior a impaciencias que, sin ser por completo conscientes, ya habitaban en mí.

La primera vez que externé mi deseo por hacer un estudio filosófico del llanto fue en el marco del primer Seminario de Investigación de la Maestría en Filosofía Social, en el otoño de 2004. Fueron tres los motivos que expuse en aquella sesión ante la petición de hablar de nuestros intereses. Dije, en primer lugar, que durante el curso de Antropología Filosófica —que había tomado con el Dr. Pedro de Velasco, S.J. un año antes de aquel seminario— había reparado en la muy poca importancia que yo le daba a los aspectos corporales como

componentes constitutivos de la realidad humana, privilegiando la inteligencia, la sensibilidad u otros dinamismos que en primera instancia —según la comprensión que yo tenía entonces— no obedecían a la concreción del cuerpo vivido. Recuerdo con mucha claridad que en la primera sesión de aquel curso el profesor nos planteó un campo problemático que tendía a la búsqueda inicial de qué es aquello que nos constituye como humanos. La pregunta eje de la problematización era enunciar —o cuando menos barruntar— cuáles eran las características propias y exclusivas de la realidad humana, es decir, aquellas notas que compartimos todos los seres humanos y que sólo se presentan en este tipo de realidad que llamamos humana. No recuerdo con precisión cuáles fueron las respuestas que yo di, pero conservo la sorpresa que me produjo la lectura en conjunto de las respuestas grupales puestas en común en el pizarrón y la llamada de atención del profesor al reparar en que ninguno de los estudiantes habíamos manifestado aspectos como el cuerpo, el rostro, las manos, la mirada o la postura, como asumiendo que lo verdaderamente importante —aquello en lo que se juega nuestra humanidad— estuviera en otro lado, distinto de nuestra carne.

El segundo de los motivos que compartí en el seminario fue que el reconocimiento de esa omisión —de esa falta de consideración para con el cuerpo— me invitó a estudiar de manera más detenida el ámbito de la corporalidad humana en diversos autores que posteriormente sembraron en mí cuestionamientos más hondos; había en ellos una convicción de la necesidad de comprender el cuerpo, asumiendo su importancia capital como ingrediente constitutivo humano. Y que fue eso —dije durante la sesión— lo que me había llevado a revisar con atención y empeño los estudios sobre el cuerpo en filósofos como Edith Stein, Xavier Zubiri, Maurice Merleau-Ponty y Michel Henry, quienes verdaderamente me introdujeron en las dificultades propias de la recuperación radical del cuerpo en la reflexión filosófica contemporánea.²

² De Edith Stein, particularmente, sus reveladores análisis sobre la categoría de «cuerpo vivo» —como suele traducirse al castellano la noción *Leib*, en contraste con *Körper*, distinción decisiva en la fenomenología del cuerpo, que quedará explicitada en esta misma investigación más adelante—. Esos análisis están sobre todo en: Edith Stein, *Sobre el problema de la empatía*, Trotta, Madrid, 2004; y en Edith Stein, *Obras completas II. Escritos filosóficos (etapa fenomenológica: 1915-1920)*, Monte Carmelo, Burgos, 2002. De Zubiri, sus estudios sobre la estructura de la realidad humana presentes, fundamentalmente, en: Xavier Zubiri, *Siete ensayos de antropología filosófica*, Universidad Santo Tomás, Bogotá, 1982; y en Xavier Zubiri, *Sobre el hombre*, Alianza Editorial/Fundación Xavier Zubiri, Madrid, 1998. [Añado que, a la par de Zubiri, estudié a diferentes autores de la llamada Escuela de Madrid, tales como el propio Ortega y Gasset, José Gaos, Pedro Laín Entralgo, María Zambrano, entre otros]. Y de los filósofos franceses mencionados, sus libros ya clásicos: Maurice Merleau-Ponty, *Fenomenología de la percepción*, Península, Barcelona, 2000; y Michel Henry, *Encarnación; una filosofía de la carne*, Sígueme, Salamanca, 2001.

Y el último motivo que expuse en aquella sesión del seminario tenía que ver con la dificultad de comprender cabalmente la categoría de «rostro» en el libro *Totalidad e infinito* de Emmanuel Lévinas, a quien había estudiado unos meses antes, durante la primavera de 2004.³ Ese texto sembró en mí el deseo de abordar el rostro de manera más vital y concreta. Quería indagar en su carácter expresivo —en su movilidad, en los diferentes dinamismos que aluden a estados afectivos, en lo que transparenta de manera tan peculiar de la vida y el carácter de las personas, en las razones de su riqueza comunicativa—. Y, más aún, dentro de las expresiones humanas cuyo lugar preferente es justamente el semblante, declaré que me interesaba en particular el llanto por no encontrar, además, muchos estudios de filosofía que lo abordaran de manera directa.

Así fue, pues, como externé inicialmente el campo que quería estudiar: animado por una línea —una espiral sospechosamente limpia y precisa— que iba focalizando mi inquietud desde la esfera más amplia por comprender al ser humano en general, al reconocimiento del ámbito más acotado del cuerpo, al círculo todavía más concreto del rostro y la riqueza de su repertorio expresivo para, finalmente, aterrizar en el llanto como foco de mi investigación. Pero todo ello lo dije como si ese interés fuera algo que surgiera solamente de los libros y de las clases y, en ese sentido, la precisión del esquema revelaba ya cierta artificialidad; la trampa de aquello que en la superficie parece tranquilo pero que en su fondo esconde corrientes brucas.

§

Recuerdo que conforme buscaba literatura que pudiera ayudarme en los inicios de mi investigación —particularmente textos relacionados con la expresión mímica, con fenomenología del cuerpo, o incluso estudios de antropología social y cultural en torno a las expresiones—, notaba que el afán por reflexionar sobre el llanto surgía de otro tipo de raíces distintas y más hondas, anteriores incluso a mi deseo por estudiar filosofía.

Por ejemplo, ya desde el primer semestre de la maestría, en el otoño de 2002 —es decir, mucho antes de haber cursado Antropología Filosófica, de haber leído a Edith Stein, Xavier Zubiri, Merleau-Ponty, Michel Henry o Emmanuel Lévinas, y de haber siquiera

³ Emmanuel Lévinas, *Totalidad e infinito; ensayo sobre la exterioridad*, Sígueme, Salamanca, 1999.

imaginado en el llanto un posible campo de investigación—, había presentado como trabajo final para la clase de Literatura un cuento en el que contrastaba el viaje fantástico de una lágrima a través del cuerpo con la historia de un hombre desesperado. El cuento tomaba como inspiración la *Travesía de una lágrima perdida*,⁴ un brevísimo y bello ejercicio literario de Carmina Makar que deliberadamente imitaba las *Historias de cronopios y de famas* de Julio Cortázar y en el cual ensayaba una especie de crónica de viaje de una lágrima; era una fabulación que sugería la posibilidad de que las lágrimas tuvieran vida propia y que algunas de ellas sobrevivieran incluso al movimiento entero del llanto y se embarcaran en una exploración por diferentes partes del cuerpo, trazando en él redes de tristeza o de alegría, según su tipo, con el consecuente riesgo de un retorno de las lágrimas al ojo y el peligro de una sublevación lacrimal si las gotas fugitivas convencían a las demás de los beneficios de extenderse y contagiar de su sustancia emotiva otras regiones del cuerpo.

Mi cuento no era más que un tejido de los infortunios de mi protagonista —un hombre desorientado y sin asidero— con los ecos de las hipotéticas travesías lacrimales. Pero en él ya mentaba yo algunos de los diferentes tipos de lágrimas y aludía a la diversidad de modos en que pueden brotar; alternaba los tipos de llanto con las situaciones vitales del hombre, quien veía el mundo como «coloreado» por los afectos que las lágrimas desparramaban en su superficie.

Creo que lejos de ser sólo una curiosidad, el hallazgo de ese cuento que escribí dos años antes de expresar mi deseo de investigación —así como otras pequeñas manifestaciones que he ido recopilando y algunas de las cuales incluiré adelante— revela que mi interés por el llanto estaba ya, de algún modo, latiendo y pugnando por salir.

§

Un día —por compartir otra experiencia significativa— ya en pleno proceso de investigación, y con la dificultad que estaba teniendo para encontrar material de filosofía que abordara el fenómeno del llanto, desperté recordando muy nítidamente, como si hubiera sido una noche de vigilia, una frase que había leído mucho tiempo atrás: “Nunca pudo contener el llanto. Ése es el resumen de su vida: nunca pudo contener el llanto”. Ni siquiera estaba en condiciones

⁴ Se trata de un manuscrito inédito, redactado en torno al 2000, que la autora compartió conmigo.

de precisar si había soñado con esas palabras o si se aparecieron más bien como recuerdo en los primeros momentos del despertar. Conforme salía del estado de sopor fui aclarando aspectos de la frase y del contexto en que la leí. Recordé que pertenecían a un libro de poesía salvadoreña que había consultado varios años atrás, cuando había buscado en la biblioteca de la universidad literatura centroamericana antes de un viaje que realicé a Chiapas y Guatemala en el verano de 2000. No recordaba el nombre del autor ni el título del libro. La única impresión clara que tenía era la imagen de su portada, verde. Durante la mañana, mientras me preparaba para iniciar la jornada, los versos se mecían una y otra vez en mi cabeza: “Nunca pudo contener el llanto. Ése es el resumen de su vida: nunca pudo contener el llanto”. Estaba muy impaciente por llegar a la biblioteca y encontrarme con el texto de nuevo. Esos momentos previos a mi llegada a la universidad se alargaban mientras yo repetía sin cesar la frase. Cuando finalmente llegué a la biblioteca, busqué en la computadora con la entrada “poesía salvadoreña” y me apresuré al acervo para mirar las portadas —una a una— de los veintitantos libros que estaban catalogados bajo ese tema. Cuando me encontré con *Hombres como madrugadas* supe que era el libro que había consultado.⁵ Se trataba de una serie de ensayos sobre poetas salvadoreños del siglo XIX y XX. Ni siquiera lo llevé a una mesa sino que, inquieto en el mismo librero, de pie, corrí las hojas rápidamente hasta encontrar el fragmento del poema que me había invadido. Fue una sorpresa ver que mi recuerdo, a pesar de haber brotado con luminosidad aquella mañana —habían pasado alrededor de cinco años—, era distinto de aquellas palabras:

nunca logré contener la risa.

Incluso creo que el resumen de mi vida podría ser ese:

nunca logré contener la risa.⁶

Eran dos las modificaciones más notables que yo había hecho del poema: una, la más obvia, había sido la de reemplazar la palabra «risa» por «llanto». La otra, cambiar la primera persona del singular por la tercera, de manera que en mi recuerdo alterado no era «yo» quien no podía contener el llanto, sino «ella». Sentí como una cascada encima cuando hice presente —de

⁵ Orlando Guillén, *Hombres como madrugadas: la poesía de El Salvador*, Anthropos, Barcelona, 1985.

⁶ Los versos citados (p. 66) pertenecen al extenso poema “Los hongos” de Roque Dalton.

inmediato, como si esas palabras me regresaran al tiempo en que las leí por primera vez— que aquel primer contacto con el poema, lejano, me había hecho pensar en mi madre, que tiene una propensión al llanto muy pronunciada. Creí que para ella ése podía ser el resumen de su vida; incluso recuerdo haber pensado —aunque me tiemble la mano mientras escribo esto— que podrían figurar como epitafio suyo. De manera que reescribí los versos en mi memoria pensando que encajaban bien con su vida.

§

Y quisiera en este momento detenerme un poco más porque, al volver sobre esos recuerdos, puedo advertir que incluso desde mi infancia germinaba un primer núcleo de preguntas que sólo después me he formulado ya con carácter de estudio. Una de las intuiciones que guiaron esas interrogantes prematuras fue la de asociar los llantos frecuentes de mi madre al problema cardíaco que padece desde su adolescencia. Cuando ella tenía apenas veinte años —después de prolongadas convalecencias— le realizaron una operación a corazón abierto de mucho riesgo, con pocas posibilidades de que saliera con vida. El procedimiento fue un éxito, pero supuso tan sólo el primer eslabón de la cadena de dificultades que ha sido su larga historia clínica. A lo largo de su vida le han hecho numerosas intervenciones —como cateterismos o cardioversiones—. En 1999 le practicaron una segunda cirugía mayor —con un pronóstico menos pesimista que en la primera— en la que pusieron prótesis en las válvulas de su corazón. En el verano de 2017 la operaron por tercera vez, para cambiar una de las prótesis que había dejado de funcionar. Las taquicardias y arritmias son cosa diaria para ella desde hace más de cuarenta años. Las prótesis hacen que los latidos de su corazón suenen como las manecillas de un reloj, de modo que incluso sin estar muy cerca de ella se puede escuchar que sus palpitaciones no son las habituales. Es difícil explicar a alguien que no la conozca de manera personal la facilidad con que las lágrimas acuden a sus ojos: con alegrías y tristezas de muy diversas intensidades. Y justamente eso me ha llevado a plantearme algunas preguntas que tienden a la comprensión de cómo es el curso vital de una mujer cuando su corazón cabalga a ritmos tan dispares; qué afectaciones emocionales se desencadenan por una arritmia casi permanente —más norma que excepción—. Ésa es una pregunta auténtica. En el fondo, una de las inquietudes prefilosóficas —por llamarlas de algún modo— que he tenido es la de saber si existe una relación entre el ritmo del corazón y la inclinación al llanto.

Me he preguntado cuáles son los hilos que unen a las manifestaciones que de manera rápida podemos llamar «exteriores» —como las lágrimas, el enrojecimiento del rostro o algunos ademanes tales como apretar el puño o la mandíbula— con fenómenos que acontecen en el «interior» del cuerpo —la velocidad o desarticulación de la respiración, la tensión muscular, las variaciones del pulso o el ritmo de las palpitaciones cardíacas—. Y más aún: no sólo me ha interesado la correspondencia entre ese específico exterior-interior del cuerpo, sino también la relación entre un exterior-interior que parecería estar allende el mero cuerpo. ¿Qué relación hay entre las lágrimas, la tensión muscular, la respiración, el ritmo cardíaco y, por ejemplo, la tristeza o el miedo? ¿Cómo se da esa correspondencia —si es que la hay— entre movimientos que podrían parecer de diferente índole, de naturaleza tan diversa? Es decir, de modo personal, ¿la intensidad afectiva de mi madre —sus hondos miedos, tristezas y alegrías— y su recurrencia a echarse a llorar están relacionadas con su cardiopatía, con la condición y estructura de su cuerpo?

Ya en los años de mis estudios de maestría yo había leído algunos análisis de Ortega y Gasset que apuntaban directamente a esa clase de problemas y que fueron para mí enormemente reveladores. Por ejemplo, y aun aludiendo a un padecimiento tan distinto al de mi madre, en una conferencia pronunciada en 1925 Ortega expone con su lucidez y claridad habituales estas consideraciones en defensa de una auténtica reivindicación del cuerpo —un cuerpo, como él mismo se empeña en mostrar, esencialmente fundido con los otros elementos que trazan el territorio de nuestra intimidad—:

Más de una vez, hablando con los doctores Lafora y Sacristán, nuestros psiquiatras, notábamos que es un error de la ciencia usual considerar los terrores del neurasténico como imaginarios e infundados, simplemente por no encontrar causa exterior para ellos. Esto lleva al médico a creer que lo patológico en tales neurasténicos son esos terrores, esas angustias, cuando, a mi juicio, lo anormal sería que no las sintieran. El neurasténico suele padecer pequeños trastornos circulatorios, desórdenes vasculares, que suscitan en el interior del cuerpo sensaciones insólitas. [...] Normalmente no sentimos, por ejemplo, ese terrible, pavoroso acontecimiento que es el fluir de la sangre por las venas; el sentirla llegar, tal vez con esfuerzo, al extremo de los dedos

en manos y pies; el notar el martilleo fatídico de la pulsación en las sienes. Pues bien; he aquí uno de los síntomas más característicos de la neurastenia: sentir la circulación de la sangre. Al poco tiempo, esta función, tan inadvertida por el sano, se convierte en el hecho de más bulto y más de primer plano en la perspectiva del enfermo.⁷

El mismo Ortega consideraba que el ámbito de la vitalidad, así como de la fusión radical entre lo somático y lo psíquico, había sido muy poco estudiado desde la filosofía y la medicina, y el tono de sus escritos parecía al mismo tiempo un reproche y una invitación a acometer una empresa aún pendiente: la descripción fenomenológica rigurosa de la imagen del cuerpo propio. La lectura entusiasta de Ortega me hizo ya darles un rumbo más arduo a mis inquietudes personales y llevar aquello que empecé en la maestría —y que se cristalizó en una tesis, para obtener el grado, sobre el llanto melancólico en los tratados médicos del Renacimiento— como proyecto de tesis doctoral.

§

En general yo sabía que la antropología filosófica contemporánea —que se inaugura en el segundo cuarto del siglo XX con pensadores como Max Scheler y Helmuth Plessner⁸— había puesto un empeño muy marcado por tratar al ser humano como realidad unitaria en contraste con la tajante escisión cuerpo-alma tan usual en la tradición filosófica de occidente. A mí me interesaba, entonces, poner la mirada en esos nudos —en esas uniones— donde antes se miraban fronteras. Encontraba que los sentimientos y el cuerpo, comúnmente separados en la comprensión del ser humano, están como penetrados entre sí, atravesados, y que esa unión saltaba a la vista en experiencias concretas. En el surgimiento de las lágrimas, por ejemplo, no sucede necesariamente —aunque sea lo más frecuente— que un determinado tono vital las desencadene como si éstas fueran sólo la respuesta de un momento previo, de un anterior «estado de ánimo». Considero que ese sentido, esa ruta del interior al exterior —que se evidencia en el término «expresión»— no es el único. ¿Puede ser al revés? ¿Puede ser el

⁷ José Ortega y Gasset, *Obras completas. Tomo II*, Revista de Occidente/Taurus, Madrid, 2004, p. 571.

⁸ Max Scheler, *El puesto del hombre en el cosmos*, Losada, Buenos Aires, 2003 [1928]. Helmuth Plessner, *Los grados de lo orgánico y el hombre. Introducción a la antropología filosófica*, Universidad de Granada, Granada, 2022 [1928].

sentimiento respuesta a una posición —o condición— corporal? ¿Puede ser el llanto de mi madre —y, en fin, el ímpetu de su tristeza, su alegría o sus miedos— resultado de sus pulsaciones? Son preguntas que me hacía desde hace mucho tiempo. Por eso en la tesis de maestría indagué también en los llamados «fenómenos concomitantes», sobre todo en la antropología de José Gaos,⁹ pero también en Peter Sloterdijk, en quien pude encontrar curiosidades como la que aquí transcribo, cargada de su humor característico:

Me atrevo a realizar la siguiente especulación: si existen los hombres que padecen de insomnio a causa del sentimiento de no poder volar, también tendría que haber hombres que con la ayuda del insomnio se encontraran con el sentimiento de no poder volar. A esto se le llama una “expresión invertida”. Por ejemplo, una preocupación anímica recorre habitualmente el camino de dentro hacia fuera, del afecto a las lágrimas. Pero sigue también asimismo el camino inverso: por ejemplo, uno está partiendo las cebollas para un *Coq-au-vin*, y el jugo que desprenden las cebollas irrita la superficie ocular, lloramos; el buen humor se esfuma de golpe, y puesto que ya estamos llorando, aprovechamos la ocasión para sentir toda la miseria del mundo.¹⁰

Es claro que, por ejemplo, al contraer los músculos de la cara, apretar la mandíbula con fuerza, oprimir los puños, tensar el cuerpo entero, uno pueda propiciar tonos afectivos cercanos a la ira sin necesariamente haber acontecido algo en la vida que sintonice con ella —salvo, efectivamente, dichos movimientos—. ¿Cuál es la diferencia entre los puños apretados y la ira? ¿Cuál es la división entre el corazón arrítmico y las lágrimas? ¿Qué tiene que ver el tono de la vida con el pulso, que desembocan en lágrimas? Son preguntas que tengo incluso desde antes de estudiar filosofía. Quede expresado así hasta aquí, como un mero núcleo vital de donde han brotado algunas de las preguntas en que quiero penetrar en esta investigación.

⁹ José Gaos, *Del hombre*, Fondo de Cultura Económica/Universidad Nacional Autónoma de México, México, 1970.

¹⁰ Peter Sloterdijk, *Venir al mundo, venir al lenguaje: lecciones de Frankfurt*, Pre-Textos, Valencia, España, 2006, p. 100.

§

Y como último punto en esta recuperación del surgimiento de mi interés en el llanto quisiera incluir otro de los eventos en que más seriamente noté mi deseo por comprenderlo. Fue en una de las experiencias que tuve en comunidades indígenas de Chiapas, en 2002.

Aunque ya había ido en numerosas ocasiones previas a trabajar en distintos proyectos —desde que presté en esa misma región mi servicio social de la licenciatura—, en las últimas visitas me invadía una incómoda sensación, hasta entonces desconocida: la de una inusual distancia que se iba abriendo respecto de mi relación con las personas con quienes trabajaba y a quienes tanto admiraba por sus luchas y resistencias —tzotziles de diversas comunidades del municipio de Chenalhó, en la zona de Los Altos de Chiapas—. Era una situación paradójica esa de conocer cada vez menos —en lugar de cada vez más— a la gente con quien había decidido colaborar. En los primeros viajes que hice yo me sentía muy unido a ellos; me gustaba ir conociendo sus hábitos de convivencia, sus costumbres, incluso ir aprendiendo su idioma y, en esa medida, lo común era que cada temporada que permanecía ahí, me permitía estrechar mis vínculos con la comunidad y sentirme parte de ella. Incluso regresaba a la ciudad hablando con un acento marcado y con vestimenta que ellos mismos me regalaban, y constantemente expresaba, además, mi deseo de mudarme allá, a la sierra.

Sin embargo, y pese a que los viajes se repetían con frecuencia, iba creciendo esa particular sensación de distancia ocasionada por detalles en apariencia mínimos. Por ejemplo, no podía comprender su humor; decían cosas que los hacían reír mucho y yo no entendía nada. La sensación era inquietante: mientras más tiempo y experiencias compartíamos, más lejano me iba sintiendo, y las diferencias se hacían más notorias.

Pero un día, en la comunidad de Acteal, sufrimos un miedo compartido cuando, por los ventarrones, se desprendieron algunos techos de lámina de las casas e hicieron un ruido terrible. Hacía algunos días varios miembros de la comunidad habían recibido amenazas por parte de grupos paramilitares. Cuatro años atrás había sido la masacre en la que cuarenta y cinco personas fueron asesinadas. El estruendo de los techos nos remitió a la amenaza y, aunque pronto nos dimos cuenta de la situación, todo derivó en una especie de llanto comunitario. En ese llanto yo me sentí de nuevo unido a ellos. Como si lejos de las diferentes costumbres y hábitos tuviéramos un sustrato más íntimo que nos enlazara: llorábamos juntos.

Muchas de las veces que he llorado he pensado en ellos —y en todos—; en que los seres humanos estamos unidos por esos tipos de experiencias; que nuestra humanidad común se juega en gran medida en esa clase de vivencias corporales. He experimentado esa suerte de *ethos* del llanto en muchas ocasiones. Y eso también me ha hecho plantearme preguntas a propósito del «contagio» que se experimenta no sólo en este particular gesto, sino también en la risa y en la sonrisa —o incluso en fenómenos como el bostezo—. Recuerdo, a ese tenor, el pasmo que me produjo la lectura de este breve pasaje del *Ars Poetica* de Horacio: “Como es *natural* al hombre mostrar en su semblante la risa con los que ríen; así lo es también llorar, con los que lloran. Si quieres que yo llore, debes tú llorar primero”.¹¹

Puede ser, por ejemplo, que ni siquiera se comprendan o se compartan los motivos que desencadenan el llanto de alguien, pero sabemos que es común sentir ganas de llorar cuando se ve a alguien haciéndolo; como si el hecho de que fueran expresiones propias de los humanos —y constitutivas— remitiera a una especie de «casa común». Como la grieta por donde entra la nieve en el poema *Cita en la ciudad vacía* de Félix Grande, que reproduzco al pie —para no excederme en espacio— y, con ello, dar entrada a mi investigación.¹²

¹¹ Quinto Horacio Flaco, *Odas y epodos. Sátiras. Epístolas. Arte poética*, Porrúa, México, 1980, p. 172.

¹² A mi alrededor / seres infelices de todas las edades; / asemejados por el sufrimiento, / en mi recuerdo reunidos de dolor, / memorables, sentados / a la nocturna y larga mesa / de la tristeza familiar, / mortalmente mellizos en la sala / pobrísima, alumbrada con candil. // Ellos son la familia fantástica / que amo y apiado en esta noche / constelada de enigmática nieve. // Cerradas ya las tiendas, sin un alma, / cerradas ya las calles, sin un alma, / cerrada y medieval ya la ciudad: / sin nadie en ella, más que mi persona / que camina paciente, alucinada, / tardía entre copos de nieve, / voy recordando la familia fantástica, / percibiendo su prolijo y anónimo desastre, / su doméstico aullido silencioso, / su lenta y progresiva torcedura en la vida, / su desgarrón monótono, su estilo, su música asfixiada. // (Dejando un rastro de emoción / camina en mi cerebro / un batallón de ancianas que espigaban / mala cebada bajo un sol de esparto. / Sonríe cerca de mi corazón / la amiga que no puede parir / porque la extensa hambre de posguerra / le injurió los ovarios; y sonríe / con una mezcla de ilusión, / de rencor y de hastío. Se me acerca / el insomnio torcido de un amigo / que leyó un libro sobre la tortura / y aquello lo resquebrajó / como un balazo en el cristal de un coche. / Vienen los desdichados / desde sus vidas a la mía / atravesando este túnel de nieve.) // Rostros, recuerdo sus humanos rostros, / sus palabras tan dulces e infelices / como una fruta pequeñita en un hambre muy grande, / su tierna y alarmante forma de saludar dos veces / al despedirse, desde acera a acera, / su sonrisa indebida, extraordinaria, / fugaz y memorable igual que un terremoto. // Yo sonrío esta noche por entre la nevada / y es como una sonrisa colectiva / de todos ellos, que converge en mi alma / como una catastrófica melodía suave, / y siento al sonreír como si, con la ayuda / de todos ellos, cerrara una ventana, / corriera los visillos, / dejándonos a todos / graves, fraternos y desamparados. // Tiritando de frío / y oyendo el ruido de mis pasos / sobre la nieve que cubre la ciudad / he pensado que esa sonrisa innumerable / equivale a un humano sollozo melancólico / que esta noche suena / como el desgarró de una grieta / en el envejecido cimiento de la vida, / una grieta por donde, / en esta noche solitaria, / entra la nieve, / va entrando la nieve, / va nevando sobre tanto infortunio. (Félix Grande, *Biografía. Poesía completa (1958-1984)*, Anthropos, Barcelona, 1989, pp. 139-141.

CAPÍTULO PRIMERO

EL PROBLEMA DEL LLANTO

La pregunta que sirve como eje central en esta investigación es qué es el llanto. Por limitada que parezca, es notable que dentro de los autores que se han ocupado en someterlo a investigación filosófica, la mayoría haya pasado por alto la pregunta explícita de qué es propiamente ese fenómeno que llamamos llanto. Dos estudios se encuentran entre las excepciones: *La psicología del llanto*, de Balduin Schwarz —tesis doctoral que presentó en 1928 bajo la dirección de Dietrich von Hildebrand y que en 1930 tradujera al castellano José Gaos por indicación de Ortega y Gasset para la *Revista de Occidente*—¹³ y *La risa y el llanto. Investigación sobre los límites del comportamiento humano*, de Helmuth Plessner —cuya primera edición data de 1941, en los años de exilio del autor, y que fue traducida en 1960 también para la *Revista de Occidente* en versión de Lucio García Ortega—. ¹⁴ A ambos autores les pareció inevitable preguntarse expresamente por la esencia del llanto y dirigieron su mirada, ya desde la psicología, ya desde la antropología filosófica, al acontecimiento mismo tal y como se experimenta en la vida. ¹⁵

¹³ Balduin Schwartz [sic], *La psicología del llanto*, Revista de Occidente, Madrid, 1930. Esta edición registró incorrectamente el apellido del autor. En adelante seguiremos consignando el error con la locución *sic*.

¹⁴ Helmuth Plessner, *La risa y el llanto. Investigación sobre los límites del comportamiento humano*, Trotta, Madrid, 2007.

¹⁵ Dentro del no muy amplio abanico de abordajes filosóficos sobre el llanto, merece también ser incorporada la interesante *Filosofía de la risa y el llanto*, de Alfred Stern —publicada en Francia en 1949 y vertida al español por Julio Cortázar en 1950—. Sin embargo, el estudio de Stern está tan asentado en una perspectiva axiológica que —como tendremos ocasión de analizar más adelante, y por razones que aclararemos en la problematización que atraviesa este primer capítulo— lo aleja del enfoque que adoptaremos en la presente investigación. Stern diluye la gran pregunta por la esencia del llanto para centrarse, más bien, en los motivos que lo causan. Sus hallazgos son importantes, pero siempre enmarcados en una teoría de los valores que merecería un análisis detenido y nos distraería de nuestro empeño central. Ver Alfred Stern, *Filosofía de la risa y el llanto*, Imán, Buenos Aires, 1950.

Por otro lado, ha de destacarse también el reciente ensayo de Ignacio Quepons: “El llanto: contribución a una fenomenología de las lágrimas” en Fernanda Itzel Gómez Rodríguez (Comp.), *Antropología y fenomenología. Filosofía y teoría de la cultura*, Centro Mexicano de Investigaciones Fenomenológicas, México, 2016, pp. 67-79. En él Quepons recupera de manera sintética el abordaje del llanto realizado por Plessner y lo analiza a la luz del fecundo campo de la fenomenología de la vida afectiva en Husserl, en el que no sólo resultan cruciales las controversias sobre la intencionalidad o no-intencionalidad entre el vasto y diverso ámbito de las vivencias emotivas, sino el fino intento de distinción entre —por reducirlo al máximo— «emociones» y «temples» y su consecuente implicación en fenómenos como la «tonalidad», el «resplandor» o el «colorido» de la afectividad, a cuyo estudio se ha dedicado ejemplarmente en los últimos años Antonio Ziri6n Quijano (ver Antonio Ziri6n Quijano, *Sobre el colorido de la vida y la fenomenología de lo inefable*, Sb, Buenos Aires, 2024). En ese marco, Quepons cierra su estudio señalando posibles líneas de investigaci6n; la nuestra, en m6s de alguna ocasi6n, roza los derroteros esbozados por 6l.

ALGUNAS DIFICULTADES INICIALES PARA EL ESTUDIO DEL LLANTO

La gran diversidad de motivos y formas del llanto representa un problema fundamental al enfrentar la pregunta directa que guía este estudio. Algo que llama de inmediato la atención y que no debe ser pasado por alto al intentar acercarse al llanto para estudiarlo con rigor es la enorme gama de situaciones que lo pueden ocasionar: se puede llorar de tristeza, de alegría, de miedo, de ira, de celos, de dolor, de placer, de contemplación, de arrepentimiento, de gratitud, de cansancio. Tal es la diversidad de los motivos, que no puede más que asombrarnos el hecho de que ante una variedad tan amplia de circunstancias —muy distintas entre sí e incluso algunas, al menos en apariencia, opuestas— la respuesta corporal sea la misma: llorar. Naturalmente, al decir que la respuesta corporal sea la misma, no queremos sugerir que todos los llantos sean iguales, sino más bien subrayar que dentro de la misma voz «llanto» cabe una multiplicidad de vivencias con rasgos sumamente disímiles y ocasionadas por una gran cantidad de motivos igualmente dispares. ¿No es sorprendente, por ejemplo, que nos echemos a llorar por las experiencias más penosas de pérdida de igual modo que lo hacemos ante un acontecimiento que nos llena de dicha? Podemos llorar tanto por un arrebato de furia como por el embeleso provocado por la admiración de una obra de arte cuya belleza nos parece sobrecogedora. En fin, esa riqueza en la multiplicidad de motivos del llanto lo hace, sin duda, un fenómeno difícil de investigar de manera unitaria.

La complicación crece cuando reparamos, además, en las múltiples formas del fenómeno, en los muy diferentes modos en que se puede llorar. Hay llantos en los que el rostro permanece casi inalterado, las lágrimas apenas se asoman a los ojos y la respiración se modifica sólo ligeramente; son llantos en los que la persona parece en dominio de los movimientos de su cuerpo, de la profusión de las lágrimas que deja salir —del parpadeo que las hace brotar—, de sus manos que se elevan lentamente, sin escándalo, ya para limpiar la nariz congestionada, ya para cubrir la boca que acaso suelta un discreto suspiro, ya para secar los ojos anegados. Y no por ser moderados, está claro, dejan de ser llantos auténticos —tanto o más incluso que llantos más arrebatados—.

En cambio, hay otros llantos cuya violencia es similar a un estallido, en los que la agitación del cuerpo entero puede incluso provocar un desvanecimiento de la postura. En ellos las lágrimas suelen brotar copiosamente y la respiración no sólo se modifica, sino que

se entrecorta, se interrumpe con sollozos vehementes, quejas y hasta arcadas; el cuerpo de quien así llora es presa de estertores que a menudo le impiden a la persona moverse articuladamente, aunque sea para llevarse las manos al rostro en un gesto que no sea interrumpido por los espasmos, quedando entre las pocas posibilidades aquella de hacerse un ovillo hasta que los temblores pasen.

En suma, tanto las múltiples formas del llanto como el amplio abanico de sus motivos representan un primer problema a considerar cuando lo que se quiere es decir de manera directa qué es ese fenómeno en su unidad; el llanto de un niño que demanda algo o que responde a un puro dolor corporal es muy diferente al que brota en una persona mayor ante la noticia penosa de una pérdida irremediable, o al que surge de felicidad por el acontecimiento que se presenta como definitivo en la vida de alguien, o al que aparece de manera violenta como fruto de la rabia, o a las lágrimas lentas que se derraman en la experiencia contemplativa o, en fin, a las que se quieren ocultar porque son producidas por el miedo, los celos, la envidia o la vergüenza. A cada una de esas experiencias, no obstante, la llamamos simplemente «llanto». Y la diferencia entre ellas —como hemos señalado— no sólo puede pautarse con arreglo a los motivos que lo desencadenan, sino también a partir del modo específico de llorar: por la intensidad mayor o menor de los movimientos corporales externos o internos, por la fuerza de la mímica que acompaña al proceso entero, y por el carácter temporal con que discurre en el plano de la vivencia —la celeridad o la lentitud en el flujo del acontecimiento—.

Por otro lado, según se verá, esa intensidad del cuerpo y de los ademanes, por peregrino que parezca, no se corresponde necesariamente con la intensidad de los motivos que lo producen: alguien puede llorar de forma impetuosa por un acontecimiento de poca importancia —por una tristeza leve, o ante cierto pasaje enternecedor en una película, o incluso por el mero contagio o empatía que siente por un mal que no es el suyo—, pero no llorar ante una situación verdaderamente trágica que experimenta en su propia vida —o llorar de manera más serena siendo la vivencia más vehemente—. La conocida anécdota que recupera Montaigne en su ensayo sobre la tristeza llama la atención sobre este problema que habremos de abordar en momentos posteriores de esta investigación:

Se cuenta que el rey de Egipto Psaménito, vencido y capturado por el rey de Persia Cambises, al ver pasar a su hija prisionera, vestida como una criada, a la que enviaban a por agua, se mantuvo firme sin decir palabra, con los ojos fijos en el suelo, mientras todos sus amigos gemían y sollozaban en torno suyo. Poco después, vio también conducir a su hijo a la muerte y permaneció en la misma actitud. Pero añaden que, cuando reparó en uno de sus amigos, al que conducían entre los prisioneros, empezó a golpearse la cabeza y a dar signos de dolor extremo [...] Así nos ocurre en plena alarma por una noticia muy desgraciada: nos sentimos atrapados, transidos y como incapaces de movimiento alguno.¹⁶

EL LLANTO COMO FENÓMENO UNITARIO

Pues bien, además de los citados estudios de Schwarz y Plessner no resulta fácil encontrar algún otro que, a pesar de las dificultades arriba expresadas —de su gran variedad de motivos y formas—, haya considerado al llanto como un fenómeno unitario o total, es decir, que haya acentuado los aspectos comunes que presentan todas esas formas o tipos particulares de llanto que hay y que son suscitados por las circunstancias más disímiles. Tanto en Schwarz como en Plessner late la inquietud por saber qué tienen en común esas experiencias para ser llamadas, todas ellas, «llanto»; sus respectivas investigaciones muestran una riqueza descriptiva y analítica tal que ensombrece a otros estudios que intentaron dilucidar ciertos aspectos o parcelas del fenómeno desde perspectivas en las que la unidad estructural del llanto no era el meollo, sino el supuesto. Ambos autores, pues, con sus sendos estudios, llevaron el problema a un nivel de reflexión filosófica mucho más profundo que, justamente por no obviar el problema de la unidad del llanto, arrojaron luz sobre aspectos fundamentales de la realidad humana. Al parecer, la renuncia de otros autores a preguntarse por la esencia del llanto radica en la aparente facilidad que reviste el fenómeno —por ser un acto tan conocido y anclado incluso a una multiplicidad de vivencias habituales— aunque, mirado con atención, éste no la tenga en absoluto.

¹⁶ Michel de Montaigne, *Ensayos*, Acantilado, Barcelona, 2009, pp. 14-16. Más adelante, en esta misma investigación, se ganará claridad sobre este problema particular. Ver *infra*, p. 61 y pp. 116-118.

En muy pocas ocasiones, además, el llanto ha sido abordado de forma exclusiva. Frecuentemente se le ha estudiado junto con la risa, o bien como derivación o ejemplo de los fenómenos expresivos en general. También hay investigaciones que, aun en ocasiones presentándose como «filosofías» del llanto, desplazan la pregunta por la estructura del fenómeno para privilegiar la reflexión sobre los motivos que mueven a alguien a llorar¹⁷ o incluso sobre las causas —ya sean fisiológicas, anatómicas o evolutivas— que hacen posible el llanto.¹⁸

Mucho de lo que se ha escrito, pues, en relación con el llanto no ha pretendido averiguar la naturaleza propia del fenómeno —es decir, no ha hecho del fenómeno mismo el problema sobre el cual dirigir la mirada— sino a veces simplemente compararlo con otros de atributos similares o, a lo sumo, caracterizarlo o catalogarlo a partir de diferentes criterios, siendo el más común el de las motivaciones que lo desencadenan, las razones y circunstancias por las cuales alguien llora. Son cometidos de valor incuestionable, aunque, como se verá, con límites claros en su alcance: que el llanto se estudie en conjunto con otros fenómenos afines —como la risa, la sonrisa, el grito, el ruborizarse—, o como mero resultado o respuesta del proceso afectivo o psíquico que lo desencadena —la tristeza o la felicidad, el hecho trágico o la situación plena— suele distraer el foco del análisis dejando en un segundo o tercer plano al llanto mismo. Y la desatención ante lo que él tiene que decirnos «desde sí mismo» ha ocasionado que se resbale sobre zonas en las que el propio fenómeno nos insta a sumergirnos.

BREVE CONSIDERACIÓN CRÍTICA A ENFOQUES Y ESTUDIOS PRECEDENTES

En general pueden destacarse con claridad tres perspectivas que suelen adoptar los estudios que se han realizado en torno al llanto: probablemente la perspectiva más habitual sea la de admitir que lo que constituye fundamentalmente al llanto es el hecho de derramar lágrimas; pero también ha sido muy común, por otro lado, asumir que el llanto es un fenómeno

¹⁷ Tal es el caso, por ejemplo, del ya referido estudio de Alfred Stern (ver *supra*, p. 14, nota 15) y de los célebres ensayos reunidos en el libro *La risa* de Henri Bergson en los que, más por la responsabilidad del editor —quien en 1900 compiló y tituló los trabajos que componen el libro— que del propio autor, parecen anunciar una teoría general de la risa, cuando el propio Bergson enfatiza claramente que su propósito es abordar solamente la risa provocada por lo cómico. Ver Henri Bergson, *La risa*, Sarpe, Madrid, 1985.

¹⁸ La mayor parte de la literatura científica que referiremos en este apartado —desde Darwin hasta la oftalmología contemporánea— se mueven en ese afán por explicar las causas del llanto, no obstante su deseo, a veces explícito, de definirlo en términos unitarios.

contrario a la risa —y, como puede constatarse con facilidad, los pocos estudios rigurosos que existen en torno al primero han ido casi siempre aparejados con el análisis de la segunda—; finalmente, una tercera perspectiva consiste más bien en favorecer una actitud metodológica específica: que la investigación del llanto haya de desprenderse necesariamente de una teoría general de la expresión humana.

Sería excesivo decir que se trata propiamente de «errores» en cada caso, pero es cierto que, en esos respectivos puntos de vista que hemos agrupado en tres grandes núcleos —en las plataformas desde donde observan y construyen su comprensión del llanto—, se deslizan algunos supuestos que merece la pena tener presentes ya que, a nuestro juicio, menguan la potencial riqueza de sus empeños. No sería posible, desde luego, realizar un análisis exhaustivo de la literatura disponible, pero la atención por separado a cada uno de estos tres núcleos nos permitirá, en primer lugar, apreciar los riesgos que implica partir de alguno de ellos cuando lo que queremos es comprender lo que es el llanto en sí mismo; podremos, en segundo lugar, seguir desarrollando con mayor rigor el carácter problemático del llanto en tanto que fenómeno unitario y decantar las preguntas que perfilen nuestra investigación hacia el rumbo al que queremos llevarla; y, en tercer lugar, nos servirá también para explicitar el modo en que habremos de abordarlo ulteriormente.

Dicho esto, las páginas siguientes fungirán simultáneamente como crítica de estudios precedentes, como una problematización más aguda del ámbito de interés y, finalmente, como búsqueda del modo en que llevaremos a cabo la indagación en los capítulos posteriores.

SOBRE LA PREPONDERANCIA DE LAS LÁGRIMAS

En la primera de las perspectivas a que aludíamos en los párrafos anteriores se dibuja de manera franca un supuesto que no conviene —por lo menos de entrada— dar por válido: el de considerar que el llanto consiste primordialmente en derramar lágrimas. Aunque parezca innegable que las lágrimas juegan un papel sobresaliente en el acto cabal de llorar, también es claro que en ese acto se congregan muchas más notas que la mera emisión lacrimal; de modo que no resulta justo reducir la complejidad de la experiencia total del llanto tan solo a esa secreción.

El lenguaje coloquial, en este caso, puede resultar particularmente ilustrativo; en los inicios de este proceso de investigación algunas personas cercanas solían preguntar por las expectativas de nuestro estudio de las lágrimas. Tuvimos que aclarar que el foco de este trabajo no eran las lágrimas, sino el llanto. Parecería una precisión innecesaria, pero el matiz al que apunta no lo es: no es lo mismo hacer un estudio de «las lágrimas» —que estaría más cercano a disciplinas como la química, la medicina, o incluso, dentro de las humanidades, a reflexiones de carácter estético por la inclinación histórica a representar el fenómeno justamente de tal manera— que hacer un estudio «del llanto» —más propio de la filosofía o de la psicología—. Se podría decir que se trata sólo de un desliz lingüístico o de un recurso metafórico para aludir al acto entero, pero creemos que la reducción de la vivencia del llanto al momento de expulsión de lágrimas no es sólo una habitual sinécdoque que restringe nominalmente la experiencia cabal en un concepto más sintético o de mayor uso sino, en el fondo, un revelador descuido respecto de ámbitos de gran importancia presentes en un acontecimiento lleno de riqueza. Parece que la imagen de «las lágrimas» —a nivel de representación visual, histórica, estética— es tan fuerte que resta importancia a otros aspectos que, de igual manera, participan esencialmente en el curso vital que experimenta la persona que llora.

Por inverosímil que parezca, esa reducción puede observarse no sólo en el lenguaje cotidiano, sino en estudios formales que se han hecho en torno al llanto. Eso ha ocasionado, en no pocos casos, que los problemas que pudieron plantearse no hayan merecido la atención del fenómeno en sí —del momento y la vivencia propia del llanto— sino que, precisamente por obviar que el llanto consiste en verter lágrimas, hayan atendido más bien a sus motivos, variaciones u otros ámbitos que se alejan de la pregunta más básica y primordial: la pregunta directa por su «qué» propio y constitutivo. De manera que partir de este supuesto podría devenir en dos posibles caminos de indagación, ninguno de los cuales resultaría suficiente para responder a la pregunta rectora que hemos asumido: por un lado, estudios sobre las lágrimas; y, por el otro, estudios que, sin hacer del llanto problema —considerando que éste consiste en la mera secreción lacrimal— se ocuparían, más bien, de asuntos periféricos o marginales relacionados con él.

Prefiguremos ambos caminos —aunque sea de manera breve— con el propósito de delinear sus posibles trayectorias y, con ello, hacer notar la distancia respecto de nuestro estudio.

§

La dacriología, reciente subcampo de la medicina dedicado al estudio de la secreción lacrimal —y apenas fundada en los años ochenta del siglo pasado por el médico español Juan Murube del Castillo— ha realizado valiosas aportaciones que, como el sentido de su disciplina demanda, contribuyen sobre todo al tratamiento de patologías oculares relacionadas con las glándulas y conductos lacrimales. Es interesante advertir, sin embargo, que desde su mismo campo se han abierto problemas y perspectivas que trascienden el ámbito de la medicina. Las contribuciones apuntan, desde luego, a la anatomía, la fisiología, la antropología médica y otras disciplinas afines, pero no es inusual encontrar en su literatura problemas que más bien invitan a investigaciones de carácter psicológico e incluso filosófico.¹⁹

Esos afanes se desprenden, sobre todo, del reconocimiento de una tipología lacrimal que, si bien se conoce desde finales del siglo XIX,²⁰ no deja de sugerir, particularmente después de la obra de Darwin, investigaciones que demandan —allende la medicina o las teorías de la evolución— otros instrumentos de análisis que se dirijan a la realidad humana considerando el marco más amplio de su comportamiento.

Dicha tipología identifica principalmente tres tipos de lágrimas: las basales, que mantienen la superficie del ojo lubricada; las reflejas, que surgen a manera de protección

¹⁹ Llama la atención, por ejemplo, la reciente tesis doctoral en que —al parecer por primera ocasión— se acuña el término «dacriopsicología»: ver Elena Jarrín Hernández, *Dacriopsicología: estudio sobre el origen y la clasificación del llanto emocional*, Departamento de Ciencias Morfológicas y Cirugía, Facultad de Medicina, Universidad de Alcalá, 2011.

²⁰ E incluso desde antes, aunque con nomenclaturas distintas; la primera descripción de las glándulas lacrimales la encontramos en Galeno, en el siglo II de nuestra era. Desde entonces hasta el Renacimiento estuvo vigente la controversia de si el origen de las lágrimas era el cerebro o el corazón. No fue sino hasta el siglo XVIII que —gracias al instrumental propio de la anatomía humana, cuyo origen puede datarse en 1543 con el *De humani corporis fabrica* de Vesalio— se considera la posibilidad de que no toda la secreción lagrimal proviniera de una glándula. Y ya a mediados del XIX se establece la existencia de glándulas accesorias —las glándulas de Krause— y, con ello, la certeza de diferentes tipos de lágrima. Para una noticia histórica general se puede consultar: Ximena Palacios-Espinosa, María Catalina Sánchez-Martínez, Leonardo Palacios-Sánchez y Juan Camilo Zuluaga-González, “Breve historia de las lágrimas y el llanto” en *Revista médica Iatreia*, Universidad de Antioquia, Medellín, N° 34, enero 2021, pp. 266-274. <https://revistas.udea.edu.co/index.php/iatreia/article/view/343148>

cuando algo irrita el medio ocular; y las psíquicas, que brotan en determinados momentos de la vida emocional de los seres humanos.²¹ La diferencia entre ellas no sólo obedece a su composición química —sector que todavía está lleno de problemas tanto por el constante solapamiento que existe entre unos tipos de lágrimas y otros, como por las variantes que hay al interior de cada clase—, sino por ciertas características fundadas en la anatomía y fisiología humanas. De modo que, al participar conductos y glándulas diversas en su secreción —así como vías neuronales distintas— pueden establecerse diferencias específicas entre los tipos señalados: el flujo habitual de las lágrimas basales en una persona sana suele ser constante y bilateral, aunque con ciertas oscilaciones circadianas y circunstanciales, mientras que la profusión de las lágrimas reflejas depende de la intensidad del estímulo físico que las desencadena pudiendo ser homolaterales o bilaterales, según sea afectado un solo ojo o ambos. Las lágrimas emocionales, por su parte, comparten con las reflejas la característica de derramarse, y con las basales la característica de ser bilaterales y simétricas; sin embargo —según reconocen las investigaciones más recientes en el campo de la dacriología— es poco lo que se conoce de estas últimas:

El llanto basal y el reflejo [sic]²² han sido ampliamente estudiados y conocemos los estímulos que los generan, las vías neuronales que los vehiculan y las glándulas que producen la secreción. Sin embargo, el llanto emocional nos plantea aún muchas incógnitas. Llorar es al mismo tiempo uno de los comportamientos humanos más cotidianos y de los más misteriosos.²³

Más aún, tanto de las lágrimas basales como de las reflejas sabemos que son lágrimas que compartimos con una amplia variedad de animales no humanos; y tanto su filogénesis como su ontogénesis están ya trazadas con cierta precisión.²⁴ Pero quizá lo que más incita a médicos

²¹ Ver Juan Murube del Castillo, *Dacriología básica*, Asociación Española de Oftalmología, Madrid, 1981.

²² El enunciado mismo revela el descuido: en algunos tramos de la investigación que aquí citamos se alude a «secreciones» basales o reflejas, pero en otros momentos se nombran más bien —con evidente imprecisión— como «llantos» basales o reflejos. Ese tratamiento de «secreción» y «llanto» como si fueran sinónimos o equivalentes evidencia el supuesto que en este apartado queremos resaltar.

²³ Elena Jarrín Hernández, *Dacriopsicología: estudio sobre el origen...*, p. 20.

²⁴ El *philum* de las basales se remonta a los primeros vertebrados que abandonaron el medio acuático, desarrollando una película lacrimal que mantenía húmeda la superficie ocular; su ontogenia, en el caso humano, es incluso intrauterina, siendo el único tipo de lágrima presente en el nacimiento y en los primeros días de vida.

y oftalmólogos cercanos a la dacriología a intentar investigaciones más apegadas a la psicología no es tanto la complejidad de la anatomofisiología de las lágrimas emocionales, ni la laguna de desconocimiento filogenético y ontogenético en que se encuentran, sino la incomodidad de no poder precisar su «función» específica estando ellas, además, entre el acervo de las exclusivas humanas.

Puede advertirse, con ello, que la principal preocupación de los estudios sobre el llanto derivados del enfoque de la dacriología no radica en averiguar lo que es el llanto en tanto que fenómeno que acontece en la vida de los humanos, sino en clarificar aspectos de su emergencia en el flujo de la evolución y, en ese sentido, estar en condiciones de establecer su función. La siguiente cita pone de manifiesto tal enfoque:

Ciertos rasgos de la anatomía y fisiología facial se han cincelado tanto para derramar lágrimas como para el desarrollo de las expresiones fónicas y faciales que acompañan al llanto, ¿con qué propósito? Dado que cada comportamiento innato tiene su explicación en términos de adaptación, el llanto emocional debe desempeñar alguna función importante en los humanos. ¿Qué ventaja evolutiva supone esto para nuestra especie?²⁵

No conviene, para los fines de nuestra investigación, detenernos en las evidentes controversias que admiten los estudios de esta naturaleza: por ejemplo, que el llanto sea un comportamiento innato, o que deba cumplir con una función adaptativa —que, en la mayoría de los casos, se presume que es la «función comunicativa», con la especificidad distintiva de la solicitud de ayuda—. Pero sí es importante resaltar que, en estricto sentido, no son estudios que se dirigen a la comprensión del llanto en sí; de hecho, el llanto está ya previamente resuelto: “es una secreción lagrimal provocada por un estímulo cerebral de origen psicógeno ligado a estados de ánimo”.²⁶ Frente a esas perspectivas, nosotros refrendamos la importancia

En cuanto a las lágrimas reflejas, su filogenia se sitúa igualmente en el origen de los anfibios; y su ontogenia —aunque con grandes variaciones individuales— suele establecerse en las primeras semanas de vida. Elena Jarrín Hernández, *Dacriopsicología: estudio sobre el origen...*, pp. 21-34. Y Charles Darwin, *La expresión de las emociones*, Laetoli, Pamplona, 2014, pp. 150 y 151.

²⁵ Elena Jarrín Hernández, *Dacriopsicología: estudio sobre el origen...*, p. 20.

²⁶ *Ibidem*, p. 34.

de nuestra pregunta que, en su aparente simplicidad, abre un ámbito de problemas apenas tratados.

§

El segundo camino que podríamos prefigurar obedece no tanto a una preocupación dirigida exclusivamente a las lágrimas, cuanto a una desatención al llanto en sí mismo quizá por obviar —de nuevo— que el fenómeno consista fundamentalmente en la profusión de aquellas. De tal convicción —de que el llanto sea meramente una secreción lacrimal— se explica que, en muchas ocasiones, se hayan tomado como centrales preguntas que de manera franca esquivan el núcleo, dirigiendo su foco a ámbitos problemáticos que, con todo y su innegable riqueza, presuponen ya una comprensión del llanto en sí. Las preguntas que típicamente se desprenden son, por ejemplo: ¿por qué lloramos?; ¿cuáles son las causas, razones y motivos que hacen posible ese particular acontecimiento en el cual el ser humano vierte lágrimas?; ¿qué expresan las lágrimas?

En tales modos de interrogar podemos advertir que no es el llanto el que está propiamente en cuestión, sino más bien el estímulo o la realidad que lo desencadena —la tristeza, el dolor, la alegría, el cansancio, la ira, el arrepentimiento, el placer, la humillación, etc.—, o bien, las condiciones que lo hacen posible —es decir, aspectos de la conformación de un ser capaz de semejante movimiento y proceso—. De tales preguntas, además, suelen derivarse otras que de igual modo eluden la esencial: ¿de qué depende la intensidad y profusión de las lágrimas o, en cambio, su debilidad, escasez o ausencia?; ¿cuál es su composición química?; ¿en qué se distinguen las lágrimas de felicidad, de duelo, de contemplación, de frustración, de ira?; ¿por qué se ha convertido en tópico decir que en nuestra cultura lloran más las mujeres que los hombres, los niños que los adultos, los viejos que los jóvenes?; ¿existe alguna relación entre la facilidad o dificultad para llorar y las edades del ser humano?; ¿cuándo se puede decir, y bajo qué criterios, que es patológica la frecuencia o infrecuencia con que se presenta el llanto?²⁷ Basta leerlas con atención para notar que ninguna de ellas apunta de forma directa a qué es el llanto en sí mismo. De ahí que emprender una investigación a partir de cualquiera de estas preguntas conduciría a un lugar distinto del

²⁷ Se puede ver, por ejemplo, la serie de preguntas con que se presenta el estudio de Tom Lutz, *El llanto. Historia cultural de las lágrimas*, Taurus, México, 2001, p. 15.

que pretendemos alcanzar cuando deseamos una «filosofía del llanto» que se dirija a la comprensión de lo que dicho fenómeno es.

Ciertamente la mayoría de esas investigaciones procederían, sobre todo, de campos distintos a la filosofía —como la psicología, la antropología social, la historia cultural, la antropología médica, entre otros—, pero aquí no queremos desarrollar una reflexión disciplinar, sino más bien reafirmar la inquietud honesta que nos ocupa y que se expresa en el sentido de nuestra pregunta de investigación. Resulta claro que tal inquietud no es propiedad de la filosofía; de hecho, abordajes de otros campos aportan elementos invaluable que nos acercan al saber que aspiramos. Y, además, por otro lado, también hay aproximaciones filosóficas que no asumen esa pregunta —la del «qué» propio del llanto— como central.

Este último es el caso, por ejemplo, de Alfred Stern y su libro *Filosofía de la risa y el llanto* —uno de los que mejor refleja el enfoque que cuestionamos en este apartado—. El filósofo francés deja en claro la perspectiva de su estudio al decir, desde los capítulos iniciales, que lo que precisamente intenta en su obra, es “la creación de una filosofía de la risa y el llanto”; sin embargo, también evidencia el sesgo de su indagación al añadir a la frase: “basada en una teoría de los valores.”²⁸ La honestidad con que expresa tal punto de partida no obsta para que cuestionemos los alcances de la perspectiva y orientación que formula en el enunciado complementario; en efecto, a lo largo de su investigación, tanto la risa como el llanto parecen ser a veces pretextos o meros ejemplos de los que se sirve el autor para validar una interesante teoría axiológica —que fue la que le ocupó mayor parte de su esfuerzo intelectual—²⁹ para sólo posteriormente, y desde ella, caracterizar así el llanto:

El instintivo juicio de valor que responde a los valores amenazados o perdidos, es el acto de llorar.

De manera general creemos posible afirmar:

Reímos de los valores degradados, pero lloramos de los valores amenazados, perdidos o, también, los valores irrealizados o irrealizables.

²⁸ Alfred Stern, *Filosofía de la risa y el llanto*, p. 20.

²⁹ Ver Alfred Stern, *La filosofía de la historia y el problema de los valores*, Eudeba, Buenos Aires, 1963. Y Alfred Stern, *La filosofía de los valores. Panorama de las tendencias actuales en Alemania*, Centro de Estudio Filosóficos de la Universidad Nacional Autónoma de México/Editorial Minerva, México, 1944.

Si toda risa ante lo cómico es la expresión instintiva de un juicio de valor negativo concerniente a una degradación de valores, todo llanto es la expresión instintiva de un juicio de valor positivo sobre valores amenazados, perdidos, irrealizados o irrealizables.

Todo llanto se refiere a valores positivamente apreciados.

He aquí algunas tesis fundamentales de nuestra teoría axiológica de la risa y el llanto.³⁰

Llegar a ello sólo es posible si se parte de una inquietud —legítima en toda forma— dirigida, en el fondo, a las causas y razones que provocan que el ser humano vierta lágrimas. Desde ahí, el foco del problema no es el llanto, sino que el planteamiento está orientado hacia las motivaciones que lo originan —motivaciones, en este caso particular, que no pueden escapar de la esfera de la axiología humana—. Dicho con otras palabras, Stern resuelve el llanto como «aquello que surge» instintivamente como respuesta a valores perdidos, amenazados, irrealizados o irrealizables. No conviene aquí demorarnos en hacer notar el error que supone hacer del llanto un proceso instintivo —pues resulta insostenible deducir que todos lloramos por los mismos motivos, con la misma intensidad y de la misma manera, y que todo está resuelto ya por un automatismo de nuestra biología—,³¹ pero sí llamar la atención sobre las conclusiones más acabadas que se pueden obtener según sea el cauce y sentido de las preguntas que se ofrecen —preguntas que, como en toda auténtica investigación, van cargando ya una promesa y un camino—.

Porque notemos así que, incluso ante un relativo acuerdo con la tesis central de Stern —en el sentido de que realmente resulta difícil aceptar que el llanto emerja ante situaciones de indiferencia; o, dicho desde el otro lado, aceptando que siempre se llora por

³⁰ Alfred Stern, *Filosofía de la risa y el llanto*, p. 65. Las itálicas son del propio Stern.

³¹ A propósito de la ausencia de instintos en la realidad humana se puede consultar una bibliografía extensa. El problema de la acción humana no queda por completo al margen de este estudio, pero se entiende que no podamos entrar de lleno en ella. Por citar algunos ejemplos de los que, a mi juicio, presentan argumentaciones más elaboradas: Xavier Zubiri, *Sobre el hombre*, Alianza, Madrid, 1998 [Sobre todo en la primera parte, en que distingue el enfrentamiento animal con las cosas y el enfrentamiento humano con las cosas (pp. 9-41)]. Arnold Gehlen, *El hombre. Su naturaleza y su lugar en el mundo*, Sígueme, Salamanca, 1980 [obra de 1940 en la que Gehlen describe al ser humano como el “animal no fijado”, o el animal “de instintos poco firmes”. Ver sobre todo el apartado 48 (pp. 385-391) en el que presenta un rechazo a la doctrina de los impulsos]. Y también se ha explorado ampliamente desde la antropología social, por ejemplo, en David Le Breton, quien en numerosos escritos insiste en que el ser humano es una realidad prematura, abierta y disponible: David Le Breton, *Las pasiones ordinarias: antropología de las emociones*, Nueva visión, Buenos Aires, 1999.

algo y que cada llanto entraña una afectación vital que le pertenece de suyo, ya la reconozcamos como emotiva, estimativa o intelectual— tal abordaje no terminaría por clarificar qué es aquello que surge ante la pérdida, amenaza e irrealización de valores. Se puede deducir que surgirían lágrimas —en tanto que expresión instintiva, siguiendo a Stern— pero la respuesta sería por demás exigua, y es poco lo que nos dice del llanto mismo.

Añadamos a lo anterior que, ante las situaciones adversas que afectan a esos «valores positivos» señalados por Stern, las respuestas pueden ser múltiples y no solamente echarse a llorar. La risa misma —esa risa que solemos adjetivar en ocasiones como «nerviosa»— puede emanar de la amenaza, de la desgracia, o de la pérdida de algo considerado como valioso; igualmente, una sonrisa trágica puede responder también a situaciones en que ciertos valores se ven de pronto amenazados o incluso perdidos —como en la bella imagen de Valle-Inclán en *Mi hermana Antonia*: “y él murmuró con una sonrisa: «¡Estoy desesperado!»³²—. ¿Quién no ha visto, en fin, que, en situaciones de desesperación, de amenaza o de pérdida de bienes fuertemente apreciados por una persona, su respuesta no sea llorar sino, por ejemplo, ruborizarse, palidecer, gritar, vociferar, enmudecer, quedarse pasmado, inmóvil, incluso sonreír, reír, o adoptar cualquier otra toma de postura ante tal acontecimiento indeseado?

Sólo se logran, pues, conclusiones similares si previamente se da por resuelto el llanto mismo —es decir, si se considera que el llanto no es de suyo el problema susceptible de tratarse filosóficamente— y, con ello, se asume como foco aquello que lo hace posible, ya como «motivo» —por qué lloramos, qué provoca el llanto, qué nos mueve a llorar—, ya como «causa» —por qué es posible tal acto de desorganización corporal—. Desde similares puntos de partida las aportaciones suelen ser periféricas, en el sentido de que no revelan mucho sobre aspectos tan fundamentales como la consistencia misma del emerger del llanto en la vivencia personal, íntima, directa de los seres humanos.

Con todo, podemos claramente reconocer en varias de esas perspectivas ámbitos que resultan de gran valor para nosotros, en tanto que están al servicio de la búsqueda que se perfila en la pregunta eje de qué es el llanto. Por indicar dos de esos ámbitos: Stern logra una interesante clasificación de los tipos de llanto atendiendo a los valores que él mismo enuncia; aludiremos a esa clasificación en el capítulo tercero de esta investigación, aunque, como se

³² Ramón del Valle-Inclán, *Obras completas de don Ramón del Valle-Inclán*, Plenitud, Madrid, 1954, p. 1272.

verá, será en el marco de un ejercicio de tipificación que contribuya a examinar las notas comunes a todos los llantos, considerando su basta multiplicidad. Por otro lado, según hemos sugerido ya en párrafos anteriores, nos toparemos con el problema del entrelazamiento del llanto y su motivo; nuestro enfoque no será el de la axiología, pero sí estará en nuestras consideraciones el carácter intencional del llanto, es decir, la referencia al mundo que tal acto supone, acompañado de contenidos de conciencia de gran diversidad.

§

En suma, puesto que el llanto no solamente consiste en expulsar lágrimas y tampoco cualquier derramar lágrimas es propiamente llanto, encontramos más provechoso cuestionarnos directamente acerca de los aspectos que hacen que el llanto sea lo que es. El llanto no se agota en los ojos y las lágrimas. No son sólo los ojos los que lloran —y ni siquiera sólo el cuerpo—. Llorar un ser humano en una situación concreta que se le presenta en el mundo de la vida. Y son muchos los fenómenos que entran en juego en esa vivencia que denominamos llanto, no sólo las lágrimas: hay alteraciones respiratorias que devienen ya en sollozos o suspiros; el corazón late de manera distinta a la habitual; puede haber quejas, gemidos, balbuceos, ayes; el rostro enrojece; los músculos se contraen y distienden a intervalos desiguales; se pierde el dominio del cuerpo. No sería, pues, en absoluto inoportuno preguntarnos si puede haber llanto sin lágrimas, o bien, si las lágrimas son tan esenciales al llanto como lo pueden ser los sollozos, los suspiros, las quejas, el ruborizarse del rostro, o la pérdida de postura.

¿Cuál es la participación de las diversas partes del cuerpo cuando se llora? ¿Qué es lo que hace que esa forma de derramar lágrimas sea llamada llanto? ¿Qué hace, en definitiva, que el llanto sea llanto? Estas preguntas van de la mano del «qué» propio y constitutivo del llanto y no nos distraen en atributos accesorios. En adelante esas inquietudes estarán presentes en la investigación.

SOBRE LA CONTRAPOSICIÓN ENTRE RISA Y LLANTO

Por otro lado, se han hecho otros estudios que, sin dar por sentado que el fenómeno del llanto se agote en el brotar de las lágrimas —pero tampoco abordando la pregunta directa por su

constitución o unidad estructural—, parten del supuesto según el cual el llanto sería el movimiento contrario de la risa.

Algo que salta a la vista de inmediato es la disparidad que hay en cuanto al número de estudios que se han dedicado a uno y otro fenómeno cuando ellos mismos pueden ser desde diversos ángulos tan cercanos. Casi no es necesario decir que a lo largo de la historia mucho es lo que se ha estudiado la risa y muy poco el llanto. En el citado libro de Alfred Stern el autor llama la atención sobre la curiosidad que supone que personas tan “proverbialmente serias que son los filósofos” se hayan sentido más atraídos por la risa que por el llanto.³³ Y ya lo advertía también Helmuth Plessner —desde el primer párrafo de la introducción de su libro— aportando, además, una explicación a esa desigualdad que merece ser citada en extenso:

Sobre la risa se ha escrito mucho; sobre el llanto, poco. El tema «risa y llanto» es una excepción. Esta asimétrica repartición de intereses en una relación evidentemente simétrica de fenómenos tiene tradicionales razones. No ha sido la risa, ni tampoco el llanto, lo que ha estado en discusión, sino su motivo; no la forma de expresión en su extrañeza junto a otras formas de expresión del lenguaje, de los gestos y ademanes, sino su ocasión [...] Quien conozca la historia de la psicología y de la estética comprenderá mejor la asimétrica repartición de intereses, la preferencia por la risa, el olvido del llanto. Ambas ciencias desde que existen, es decir, desde que desarrollaron una conciencia de la situación de sus problemas (apenas pasa del siglo XVIII tal conciencia), han trabajado, preguntado y contestado dentro del ámbito del concepto de representación. A este modelo de alma, como cámara oscura y de proyección, se ajusta la risa —unida a representaciones— más fácilmente que el llanto, ligado a sentimientos.³⁴

Pero no nos interesa tanto indagar en la razón por la que se ha privilegiado más el estudio de un fenómeno que del otro, cuanto mostrar la insuficiencia que supone tomar como punto de

³³ Alfred Stern, *Filosofía de la risa y el llanto*, p. 19.

³⁴ Helmuth Plessner, *La risa y el llanto...*, p. 33.

partida incuestionable su oposición. De cualquier manera, usualmente ambos fenómenos han sido tratados como opuestos y este hecho hunde sus raíces en la historia del pensamiento occidental. La siguiente cita del médico renacentista Laurent Joubert, escrita en su conocido *Tratado de la risa* de 1579, muestra con claridad tal convicción:

Los filósofos afirman que los contrarios habitan en un mismo sujeto. Nadie niega que la risa sea contraria al llanto, quiero decir el llorar y no la simple efusión de lágrimas, que también puede darse por la risa o por alguna enfermedad de los ojos, sino también toda esa alteración que se ve en quienes están apesadumbrados cuando lloran. [...] El llanto expresa un movimiento contrario a la risa, pues nace de una emoción distinta del corazón.³⁵

§

Los niveles de profundidad a que se puede tener acceso a partir de la contraposición o analogía risa-llanto son muy variados. Un grado muy superficial de este tipo de estudios está dado por aquellos que, sin interesarse por un saber esencial ni de la risa ni del llanto, los han rebajado a meras respuestas automáticas que el ser humano tiene ante ciertas situaciones que se le presentan, para luego hacer de ellos representaciones banales e insuficientes de experiencias vitales que están llenas de riqueza y complejidad. De ahí que se tome casi como máxima que ante lo cómico se ría y ante lo trágico se llore. Se necesita una mirada muy poco penetrante para bifurcar de tal manera ambos fenómenos expresivos y convertir su contraposición en un lugar común que, por lo demás, no ha servido más que para presentar —cuando por algo se requiere— una simetría contrastada.³⁶

Otros escritos han elevado el nivel de la discusión al plano de la moral. La contraposición entre risa y llanto en la tradición del pensamiento occidental se remonta a Demócrito y Heráclito como figuras arquetípicas en la historia de la filosofía. Hay que

³⁵ Laurent Joubert, *Tratado de la risa*, Asociación Española de Neuropsiquiatría, Madrid, 2002, p. 132.

³⁶ Véase Jean Starobinski, “Habla Demócrito. La utopía melancólica de Robert Burton” que es el prefacio de la versión española de la obra de Robert Burton, *Anatomía de la melancolía I*, Asociación Española de Neuropsiquiatría, Madrid, 2003, pp. 11-29.

recordar el *topos* que hacía de la risa de Demócrito la contraparte del llanto de Heráclito, como se ve en este pasaje del *Gargantúa y Pantagruel* de Rabelais:

Empezó a reír maese Janoto, a cual más y mejor, tanto que las lágrimas le acudían a los ojos por la impetuosa agitación de la sustancia del cerebro, a lo cual tales humedades lacrimales le fueron exprimidas y llevadas cerca de los nervios ópticos. En ellos estaban así representados Demócrito heraclitizando y Heráclito democritizando.³⁷

Demócrito, ilustre y reconocido estudioso de la naturaleza y la anatomía, fue juzgado de loco por los abderitanos —sus conciudadanos—, quienes pidieron el auxilio de Hipócrates para que lo curara.³⁸ El encuentro entre ambos fue narrado por el mismo Hipócrates en su *Epístola a Damageto*.³⁹ Aunque se duda de la autenticidad de la carta, el documento posee un valor incuestionable no sólo por la sentencia que hace Demócrito de los verdaderamente locos: la colectividad (“parece que el mundo entero está enfermo sin saberlo”),⁴⁰ sino porque marca la pauta de dos morales —también antitéticas— a partir de ambos movimientos expresivos: ¿se debe reír o llorar ante las desgracias de los hombres? La risa de Demócrito va acompañada de indignación: “... me río del hombre, lleno de sinrazón, e incapaz de actuar

³⁷ François Rabelais, *De la inestimable vida del gran Gargantúa padre de Pantagruel*, Origen, México, 1984, p. 62. (Es el tercer libro de la serie de cinco novelas de Gargantúa y Pantagruel, editado en 1546).

³⁸ Demócrito fue muy querido por los habitantes de Abdera, ciudad de la cual fue gobernador. Años después se retiró de sus funciones públicas para dedicarse por completo al estudio. Paseaba errante por lugares salvajes en la periferia de la ciudad, muy mal vestido. Diseccionaba animales para estudiar los líquidos corporales. Los abderitanos se lamentaban mucho por la condición de Demócrito pero, al acercársele, lo único que hacía él era reír.

³⁹ Un fragmento de la carta está incluido en Laurent Joubert, *Tratado de la risa*, bajo el título “Sobre la risa de Demócrito”. La epístola en la versión original francesa (*Traité du ris*, 1579) lleva el nombre de “La causa moral de la risa del excelente y muy renombrado Demócrito, explicada y revelada por el divino Hipócrates en sus *Epístolas*”.

⁴⁰ Laurent Joubert, *Tratado de la risa*, p. 182. Son muy numerosos los estudios políticos renacentistas que surgen a partir de este tipo de afirmaciones para curar la melancolía del mundo. La preocupación que la melancolía causaba a la política no se debía sólo a que el problema se convertía cada vez más en una amenaza al orden público, sino a que el mundo mismo estaba literalmente enfermo. Al respecto se pueden ver los estudios de Starobinski, sobre la “Historia del tratamiento de la melancolía” en Jean Starobinski, *La tinta de la melancolía*, Fondo de Cultura Económica, México, 2016, pp. 17-127. Y también Roger Bartra, *Cultura y melancolía. Las enfermedades del alma en la España del Siglo de Oro*, Anagrama, Barcelona, 2001, pp. 9-24 y 107-112.

con rectitud”.⁴¹ El llanto de Heráclito invita a apiadarse del prójimo creando una moral de la compasión.⁴²

Debemos notar, sin embargo, que, aunque este plano supere la mera representación figurada de la risa y el llanto, aún es insuficiente para nuestros fines, ya que nada aporta al conocimiento de la esencia de ninguno de los dos fenómenos. Tanto risa como llanto están de nuevo resueltos y lo más que se puede decir de uno y otro recae en un «deber ser» ante la situación del mundo.

§

Con un grado más agudo de observación, notando la increíble similitud que risa y llanto tienen tanto en el rostro como en la agitación del cuerpo entero, están los estudios de quienes advirtieron que ni risa ni llanto pueden agotarse en «lo que nos hace» reír o llorar —lo cómico, lo trágico, lo bueno o lo malo—, sino que dirigieron su mirada al cuerpo humano para ver las partes que eran afectadas por ambos movimientos y establecer así una real diferencia entre ellos. Dentro de las características que comparten risa y llanto las más evidentes, aunque no las únicas, se hacen patentes en la superficie del cuerpo. En especial el rostro adopta prácticamente la misma tensión y el mismo rubor; los movimientos de la boca son muy similares en ambos casos, así como la tendencia a cerrar los ojos. La siguiente observación de Leonardo da Vinci lo evidencia:

El que ríe no se diferencia del que llora, ni en los ojos ni en la boca, ni en las mejillas, sino sólo en lo rígido de las cejas que se abaten en el que llora y se levantan en el que ríe. A esto se añade que el que llora destroza con las manos el vestido y otros varios accidentes, según las varias causas del llanto; porque unos lloran de ira, otros de miedo, otros de ternura y alegría, algunos de celos y sospechas, otros de dolor y sentimiento y otros de compasión y pesar por la pérdida de amigos y parientes. Entre éstos, unos parecen desesperados, otros no tanto, unos

⁴¹ Laurent Joubert, *Tratado de la risa*, p. 182.

⁴² Diversos personajes se han autoproclamado de uno u otro bando. Así, Erasmo, Robert Burton (quien se presentó en su *Anatomía de la melancolía* como *Democritus Junior*) y Montaigne están del lado de Demócrito; Fénelon y Diderot con Heráclito (ver el prefacio de Starobinski a la obra citada de Robert Burton, pp. 19-20).

derraman lágrimas, otros gritan, algunos levantan el rostro al cielo y dejan caer las manos cruzadas y otros manifestando temor, levantan los hombros, y así a este tenor según las causas mencionadas. El que derrama lágrimas, levanta el entrecejo y une las cejas, arrugando aquella parte y los extremos de la boca se bajan; pero en el que ríe están levantados y las cejas abiertas y despejadas.⁴³

Y no solamente en los tratados de la pintura se pueden leer este tipo de consideraciones en que se comparan descriptivamente ambos fenómenos según las afecciones corporales. La atención que se le ha dado al llanto desde el parentesco somático que tiene con la risa ha sido una constante también en los estudios fisiognómicos y en los fisiológicos, y, en general, en las diferentes teorías de la expresión anteriores al siglo XX, ya sean de corte psicológico o derivadas de la teoría de la evolución que tanto abundaron.⁴⁴

Se puede leer —por citar un par de ejemplos— en el libro de mímica y fisiognómica, de 1860, del médico berlinés Theodor Piderit, lo siguiente:

En la risa habitual se abre la boca a lo ancho; en la risa fuerte aparecen simultáneamente arrugas verticales en la frente y en la risa violenta aparece también la expresión de amargura. Si además se añade el rasgo que se origina cuando las aletas de la nariz se retraen hacia adentro, la cara muestra entonces la expresión del lloro.⁴⁵

Y en el caso de Darwin podemos apreciar también observaciones muy similares:

La elevación del labio arrastra la parte superior de las mejillas, y produce en cada una de ellas un surco acentuadísimo, el surco naso

⁴³ Leonardo da Vinci, *Tratado de la pintura*, Gaceta, México, 1985, p. 138.

⁴⁴ Para una noticia general de la disciplina fisiognómica en clave histórica véase Julio Caro Baroja, *Historia de la fisiognómica. El rostro y el carácter*, Istmo, Madrid, 1988. En cuanto a los estudios fisiológicos, son clásicos los trabajos de Duchenne y Gratiolet de mediados del siglo XIX. Duchenne presentó un método para estudiar el dinamismo de los músculos de la cara basado en impulsos eléctricos, cuando la constante era todavía la disección (se puede consultar, al respecto, el riguroso trabajo —y la sobresaliente bibliografía organizada cronológicamente: del siglo XVII al XX— de François Delaporte, *Anatomía de las pasiones*, Uninorte, Barranquilla, Colombia, 2007. También resultan esclarecedores tanto el prólogo de Jesús Mosterín como la introducción de Xavier Bellés a la reciente reedición de Charles Darwin, *La expresión de las emociones*).

⁴⁵ Citado por Karl Bühler, *Teoría de la expresión*, Alianza, Madrid, 1980, p. 107.

labial, que, partiendo de junto al ala de la nariz, se prolonga hasta más abajo de la comisura. Este surco es un rasgo característico de la fisonomía del niño que llora. Uno casi igual se dibuja en el acto de la risa o de la sonrisa.⁴⁶

Si algo no se les puede reprochar a los estudios de Piderit, Duchenne, Gratiolet, Bell, Darwin y a los de tantos otros autores que realizaron este tipo de investigaciones médicas en las que se ve claramente el afán por «leer la superficie del cuerpo» en llanto y en risa sin dejarse llevar por la tentación de inclinarse sólo hacia los motivos que producen esos movimientos, es la meticulosidad y precisión de sus observaciones. Sin embargo, hay que reparar en que, aunque sus aportaciones son importantes para la estética, la fisiognomía o la medicina, no son suficientes para un estudio radical del fenómeno como el que aquí deseamos emprender.

Ciertamente el llanto y la risa son accesibles a la percepción externa que tenemos de ellos y, por lo mismo, son gestos que se pueden medir en el rostro para, por ejemplo, contrastar las diferencias y similitudes que tienen. Pero sería un error pensar que el fenómeno se resuelve por completo en la faz. Si sólo atendiéramos a esos aspectos legibles en la superficie quedarían fuera de este estudio dilatadas regiones del llanto que no son susceptibles de lectura externa. Si partimos solamente de los datos que nos regala la vista podemos dejarnos impresionar por el parentesco entre ambos fenómenos, pero ¿son en realidad tan próximos la risa y el llanto como para, a partir de su semejanza, deducir leyes que atiendan a la esencia de ambos por contraposición?

Nos parece que «ver» el llanto y la risa es una perspectiva de aproximación muy diferente a la de «reírse» o «llorar». Esto no significa que consideremos prescindible el problema del aspecto físico del llanto. Nuestra crítica se dirige más bien a los métodos clásicos de «aislamiento» propios de la fisiología, según los cuales los dinamismos gestuales se podían comprender en su totalidad al descubrir las relaciones musculares del rostro. Las descripciones de esta índole sirven sin duda a este estudio, pero no representan ni el punto de partida —como quedará más claro al final de esta problematización—, ni mucho menos el núcleo.

⁴⁶ Charles Darwin, *La expresión de las emociones en el hombre y en los animales. Tomo III*, Sociedad de Ediciones Mundiales, Buenos Aires, 1967, p. 10.

En un sentido similar, aunque mucho menos comunes, hay otros estudios que describen con fineza la risa y el llanto, pero tomando «el interior del cuerpo» como campo privilegiado de sus observaciones. Joubert, por citar un ejemplo, aportó desde el ámbito médico reflexiones inestimables en torno a la similitud de las afecciones internas en ambos fenómenos. Aunque empieza su estudio por las causas de la risa, pronto se dirige a las partes del cuerpo que resultan más afectadas por ella y realiza una especie de disección que recorre el diafragma, el corazón, el pecho, la voz, el cerebro y termina por salir también a la superficie:

[...] el rostro se altera, la boca se ensancha, los ojos destellan y lloran, las mejillas enrojecen, [...] las venas del cuello se hinchan, los brazos tiemblan, las piernas se agitan, el vientre se contrae y siente mucho dolor, se tose, se suda, se mea, se caga a fuerza de risa y, algunas veces, se llega incluso hasta el desvanecimiento.⁴⁷

Aunque el propósito principal de Joubert es aportar un saber médico de la risa, contribuye también de manera significativa al del llanto. Los toma como contrarios —según vimos en la cita que abre este apartado— pero no de forma tan ingenua. Se plantea cuestiones mucho más profundas y dignas de reflexión que la mera polarización a la que aludíamos en párrafos anteriores: así, por ejemplo, se pregunta si sólo los humanos lloran del mismo modo en que sólo ellos pueden reír; del porqué los melancólicos lloran y ríen; sobre los momentos de profunda alegría en que se llora y los sufrimientos ante los cuales se ríe; y del porqué ciertos fenómenos —como el beber vino— pueden provocar en algunos lágrimas y en otros risas. Es cierto que al hablar de «exclusividad humana» Joubert se coloca en un punto mucho más cercano a la esencia del llanto, pero lo único que hace es estudiar verdaderamente la risa para luego, desde ahí, concluir asuntos sobre el llanto, sin mirarlo. No dice, por ejemplo, qué aspectos del llanto lo hacen un fenómeno único y propio de los humanos. No se demora en explicitar la estructura interna del acto de llorar. Lo hace con la risa y, fiel a su postura inicial de los contrarios, sentencia:

⁴⁷ Laurent Joubert, *Tratado de la risa*, p. 49.

Si el poder de la risa es propio del hombre, ¿por qué no hemos de decir que también el llanto le es particular? [...] Al igual que la risa, el llanto es característico de los hombres.⁴⁸

Sin duda este tipo de estudios de carácter comparativo —tanto los que describen la superficie del cuerpo como los que penetran al interior— son muy interesantes y arrojan luz sobre diferentes caras del proceso, pero el riesgo que presentan es el de dejarse llevar por la comodidad que supone permanecer en el prejuicio inicial —según el cual, como hemos venido diciendo, la risa y el llanto serían contrarios— y caer en la tentación de atribuirle a un fenómeno las características contrarias del otro, aún sin haberlo definido. El hecho de interpretar el llanto como opuesto o contrario a la risa, aunado a la preferencia que a lo largo de la historia del pensamiento occidental se le ha dado a esta última, ha generado que en no pocas ocasiones el llanto soporte una definición más bien «derivada» de las certezas que se han conquistado de aquélla.

Por ejemplo, para Alfred Stern —según vimos en el apartado anterior— la risa consiste en una respuesta automática a la degradación de valores negativos; de ahí que él mismo definiera el llanto como respuesta instintiva a la pérdida de valores positivos.⁴⁹ Páginas antes de esa definición, ya trazaba su cometido:

Apenas hayamos establecido nuestra teoría de la risa, deduciremos inmediatamente la del llanto y lo trágico, como su antítesis, y consagraremos a este asunto toda la pasión de nuestro espíritu y nuestro corazón.⁵⁰

Esas traslaciones en las que lo que se sabe de la risa se traduce al llanto son muy recurrentes. También lo podemos ver en Descartes, por señalar un caso más: en los artículos 124 y 125 de *Las pasiones del alma* analiza la risa y la razón por la cual no acompaña a las alegrías más profundas; y en el artículo 128, dedicado al origen de las lágrimas, dice:

⁴⁸ *Idem*, pp. 133, 134.

⁴⁹ Alfred Stern, *Filosofía de la risa y el llanto*, p. 65.

⁵⁰ *Ibidem*, p. 30.

Del mismo modo que la risa no es producida nunca por las más grandes alegrías, tampoco las lágrimas proceden de una extremada tristeza, sino solamente de la tristeza moderada que va acompañada o seguida de algún sentimiento de amor, o también de alegría.⁵¹

Si bien es cierto que risa y llanto mantienen un parentesco entre sí —e incluso con otros movimientos corporales o expresivos como la sonrisa, el ruborizarse o el palidecer, etcétera— consideramos que postular de entrada dicho parecido —y más aún su supuesta oposición— no hace más que entorpecer un estudio que se propone realizar un acercamiento filosófico al llanto que pretende acercarse y clarificar su esencia. La oposición entre ambos fenómenos no está del todo clara; sin una investigación rigurosa de cada uno de ellos no podremos seguirle atribuyendo a uno las características contrarias del otro. Si resulta que risa y llanto son opuestos, eso se sabrá después de atenderlos por separado a ambos.

§

Un comentario aparte, pero a este mismo respecto, merece Darwin —por la influencia de su obra en los estudios de la expresión de finales del siglo XIX e inicios del XX—. En su libro *La expresión de las emociones en el hombre y en los animales*, de 1872, establece de entrada los tres principios que sustentan su investigación entera en torno a la expresividad: el principio de la asociación de las costumbres útiles, el principio de la antítesis y el principio de los actos debidos a la constitución del sistema nervioso.⁵² En el primero de ellos afirma que la expresión de las emociones obedece a una «utilidad» concreta para el ser humano y los animales. Ortega y Gasset dedica un apartado de su ensayo “Sobre la expresión fenómeno cósmico” a cuestionar justamente ese utilitarismo biológico presente no sólo en la teoría de Darwin, y pone de ejemplo expresiones no útiles como la risa y el llanto:

El organismo posee un triple repertorio de movimientos externos: el movimiento reflejo, el voluntario y el emotivo. Los dos primeros son útiles; el tercero, que es involuntario, parece, al mismo tiempo, inútil.

⁵¹ René Descartes, *Reglas para la dirección del espíritu | Investigación de la verdad por la luz natural | Discurso del método | Las pasiones del alma | Tratado del hombre*, Gredos, Madrid, 2011, p. 206.

⁵² Charles Darwin, *La expresión de las emociones... Tomo I*, pp. 7-15.

De ahí que haya constituido un gran problema para la teoría de Darwin y, en general, para toda la biología utilista. Que los ojos se cierren cuando se acerca a ellos rápidamente un objeto, que la mano avance cuando es menester apresar algo, son fenómenos que el principio de utilidad puede explicar. Pero que el hombre, preso de una pena, contraiga su faz y llore, o, en una hora jocunda, dilate las mejillas, dé convexidad al surco nasolabial, y eleve las comisuras de la boca; en suma: que ría, es cosa cuya utilidad no se comprende bien.⁵³

Es difícil pensar que Darwin no reparara en la dificultad de ajustar a su propio principio de utilidad gestos como el llanto o la risa. Pero fue justamente la aparente oposición-afinidad entre ambas expresiones lo que tomó como ejemplo para elaborar su segundo principio —el de la antítesis—. Al observar en la risa y el llanto movimientos musculares de mecánica opuesta Darwin supuso que una clase de gestos se había formado por simple contraposición a otros en que se expresa un sentimiento contrario:

Ciertos estados de espíritu traen consigo determinados actos habituales, que son útiles, conforme lo establece nuestro primer principio. Luego, cuando se produce un estado de espíritu directamente inverso, se es fuerte e involuntariamente impulsado a cumplir movimientos absolutamente opuestos, por inútiles que sean, por otra parte. En ciertos casos, estos movimientos son muy expresivos.⁵⁴

Todo el talento y la fina observación que despliega Darwin en su registro descriptivo de afecciones corporales —risa y llanto incluidos— se echa en falta cuando incorpora a su estudio reflexiones sobre los «estados espirituales». Según esta cita la risa y el llanto no solamente son contrarios, sino que su oposición obedece a la relación «inversa» entre la tristeza y la alegría. Dos son las críticas más francas que se pueden hacer a esta postura: una

⁵³ José Ortega y Gasset, “Sobre la expresión, fenómeno cósmico” en *Obras Completas. Tomo II*, p. 684. Pero aún es fácil encontrar referencias a la utilidad del llanto en estudios contemporáneos al de Darwin, como es el caso del de Piderit, que se refiere al llanto como una “válvula de seguridad”. En el estudio de Schwarz se ve también ese afán de encontrarle cierta utilidad al llanto: “La función del llanto, aflojar las tensiones internas, alejar la sobrepresión vital, debe considerarse como su función fisiológica fundamental” (Balduin Schwartz [sic], *La psicología del llanto*, p. 36).

⁵⁴ Charles Darwin, *La expresión de las emociones... Tomo I*, p. 9.

tiene que ver con la supuesta oposición entre la alegría y la tristeza, ya que, aun suponiendo que efectivamente la risa y el llanto sean contrarios —algo que de todas maneras no suscribimos—, ¿cómo se puede concluir a partir de los movimientos musculares propios de ambos gestos que dos sentimientos como la alegría y la tristeza también lo son? Parecería que Darwin no sólo no repara en que precisamente se puede llorar de alegría o reír ante una tragedia, sino que además se olvida de la cantidad de matices presentes en la vida emocional humana. ¿Son de verdad contrarias la tristeza y la alegría? Es una cuestión que ya no puede resolverse desde un estudio de la expresión y que excede por mucho a los tres principios fundamentales de su trabajo.

Y la otra crítica tiene que ver más bien con el método. Es claro que el modo de proceder de Darwin revela la forma en que se hacía la investigación biológica desde el siglo XVIII hasta finales del XIX: un apego tal a los principios, que los estudios resultaban violentados por el afán de ajustar —casi podríamos decir someter— las observaciones realizadas a los postulados fijados de antemano y prácticamente inamovibles. Pero esta segunda crítica que hacemos a Darwin nos mete de lleno a un punto en específico del cual nos ocuparemos con más detenimiento después, cuando abordemos el tercero de los núcleos o perspectivas que sirven como hilo conductor en esta problematización.

§

Por la naturaleza de este apartado no nos demoraremos más en explorar otros ejemplos de estudios que se realizaron desde la supuesta oposición risa-llanto. Basta por ahora con hacer notar, por un lado, lo paralizante que puede ser para un estudio filosófico del llanto el derivar su comprensión de las certezas que tengamos de la risa y, por el otro, la importancia de conquistar un punto de vista más adecuado a las exigencias que el mismo problema plantea: la búsqueda de un camino en este estudio que, si bien pueda comparar el llanto con otros fenómenos afines, dicho ejercicio esté al servicio de la pregunta que hemos tomado como rectora para esta investigación. Porque lo que más llama la atención es que, no obstante la similitud que tienen tanto en la geometría corporal como en las afecciones internas, si se apela a la propia experiencia de reír y llorar, difícilmente se podrían confundir ambos fenómenos. Es fácil de constatar en nuestras vivencias, ciertamente, que en algunos casos la risa —hecha ya carcajada— devenga en llanto, o bien, que el llanto termine con risas. Hay

tránsitos muy claros entre ambos acontecimientos. Vistos «desde fuera» —es decir, como espectadores que ven a alguien más padecer dichos actos—, la risa y el llanto podrían confundirnos y no saber si una persona ríe o llora. Pero no así desde la vivencia. Parece de nuevo que la manera correcta de emprender de forma radical el estudio del llanto será recurriendo exclusivamente a su vivencia.

EL LLANTO COMO FENÓMENO DE EXPRESIÓN

Pero más allá del sólo derramar lágrimas y de la contraposición no cuestionada con la risa, el supuesto más importante que subyace en toda controversia del llanto es que éste sea «solamente» —o por lo menos «fundamentalmente»— un fenómeno expresivo. Y de ahí se ha seguido que por necesidad el estudio del llanto deba partir de una teoría general de la expresión, de modo que el hecho de pretender que el llanto se resuelva por completo en dicha esfera lo ha colocado en una especie de subclase en el estudio de los fenómenos gestuales y mímicos y, por lo tanto, lo ha hecho susceptible de caer en las prenociones que descansan debajo de esas investigaciones.

Ahora bien, al ser efectivamente el llanto un fenómeno expresivo, no parecería, en primera instancia problemático arrancar de esa certeza para su estudio. Habría que hacer notar, sin embargo, que dentro de la abundancia de fenómenos relativos al cuerpo humano, los movimientos expresivos merecen hoy una atención filosófica renovada. Si bien es cierto que han sido considerados por el afán teórico desde la antigüedad, dos de las personalidades que con mayor penetración estudiaron al ser humano y su carácter expresivo en el siglo XX coincidieron en subrayar el rezago en que se encontraba la teoría de la expresión hace algunos años. Helmuth Plessner, en 1941, en la introducción a su estudio de la risa y el llanto, apuntó:

El peor enemigo de las ciencias es la comodidad, que se justifica con una tradición o con una doctrina supuestamente definitiva. Durante siglos la alternativa paralelismo-interacción —en la doctrina sobre la relación del espíritu con el cuerpo— paralizó el análisis de la expresión.⁵⁵

⁵⁵ Helmuth Plessner, *La risa y el llanto...*, p. 39.

Y en 1950, en la nota preliminar a la edición española de la *Teoría de la expresión* de Karl Bühler, Ortega y Gasset escribió que el afán del filósofo y lingüista alemán era una “hazaña científica que bordea con la audacia”:

En el caso de la expresión [...] su estudio no ha llegado a madurez teórica. En este libro verá el lector, con doble sorpresa, cómo se comenzó a investigar el hecho de la expresión al mismo tiempo que todos los otros grandes problemas —es decir, allá en Grecia—, pero que la historia posterior de esa investigación carece de continuidad y es como espasmódica. El estudio de la expresión se halla, en efecto, enormemente retrasado.⁵⁶

El propio Ortega ya había revisado el fenómeno de la expresión con notable agudeza en 1925.⁵⁷ La edición alemana de Bühler es de 1933.⁵⁸ El estudio de la risa y el llanto de Plessner, como hemos indicado ya, es de 1941. A ellos se puede sumar el trabajo de Eduardo Nicol de 1957⁵⁹ y lo recogido en los cursos de 1965 de José Gaos⁶⁰ a propósito de la expresión mímica. Y no hay muchos más esfuerzos por renovar —desde la filosofía— ese ámbito tan rico que parecía empantanado en las investigaciones fisiológicas y médicas de Duchenne, Piderit y Darwin, a pesar del ligero despertar que supuso la emergencia de los estudios caracterológicos de Klages a principios del siglo XX⁶¹ y la psicofísica de la expresión en psicólogos como Wilhelm Wundt y William James.⁶²

Por razones fáciles de comprender no podemos entrar en el problema total del rezago de los estudios de la expresión, pero por ahora nos basta con hacer notar que en la

⁵⁶ José Ortega y Gasset, *Obras completas. Tomo VI*, Revista de Occidente/Taurus, Madrid, 2010, pp. 599 y 600. A propósito de la historia de los estudios de la expresión ver Julio Caro Baroja, *La cara, espejo del alma. Historia de la fisiognómica*, Círculo de lectores, Barcelona, 1987; y el estudio introductorio de Miguel Ángel González Manjarrés a la obra de Giovan Battista Della Porta, *Fisiognomía I*, Asociación Española de Neuropsiquiatría, Madrid, 2007.

⁵⁷ José Ortega y Gasset, “Sobre la expresión, fenómeno cósmico” en *Obras Completas. Tomo II*, pp. 680-695.

⁵⁸ Karl Bühler, *Teoría de la expresión*.

⁵⁹ Eduardo Nicol, *Metafísica de la expresión*, Fondo de Cultura Económica, México, 1957.

⁶⁰ José Gaos, *Del hombre*, pp. 26-53.

⁶¹ Ludwig Klages, *Los fundamentos de la caracterología*, Paidós, Buenos Aires, 1953.

⁶² Guillermo Wundt, *Compendio de psicología*, La España Moderna, Madrid, 1896. Consultar, sobre todo de la página 229 a la 247; William James, *Compendio de psicología*, Daniel Jorro, Editor, Madrid, 1916 (especialmente su análisis de las emociones que va de la página 423 a la 442).

historia de los tratamientos de la expresividad humana se han cometido errores que hoy exigen ser aclarados y superados.

Por lo pronto notemos que el matiz de los cuestionamientos que están en la base de una investigación es muy importante: no es lo mismo preguntarse «qué tipo de expresión es el llanto» —y mucho menos, «qué es lo que expresa el llanto»—, que dirigir francamente un estudio cuya interrogante capital sea «qué es el llanto». Ese matiz no fue advertido inicialmente por Schwarz, por ejemplo. Su estudio contiene —como hemos dicho y seguiremos reconociendo— una riqueza invaluable, pero veamos cómo desde las primeras líneas se perfila hacia los fenómenos de expresión:

El carácter expresivo es el primero que nos salta a la vista en el llanto; por él vamos a empezar, pues, nuestra investigación. Para entender con la mayor claridad este carácter, necesitamos echar una mirada a algunos momentos esenciales de los fenómenos de la expresión humana en general.⁶³

Y entonces, alejándose de lo que el fenómeno mismo revela, se apura a preguntar qué es lo que con exactitud se entiende por expresión humana para luego, en segundo término, definir «qué tipo de expresión es el llanto». Se observa de nuevo que la pregunta no se dirige hacia el fenómeno en sí, sino que está mediada por una concepción ya existente de la esfera expresiva —y que, además, en el caso de Schwarz, alude a la problemática correlación del alma con el cuerpo—.

Esas faltas, sin embargo, no son el obstáculo principal para iniciar un estudio del llanto «como fenómeno de expresión» —ya que bien podríamos seguir la pista de las teorías de Ortega y Gasset, o de José Gaos—. El problema es más bien que precisamente los hallazgos de las nuevas teorías de la expresión abren zonas mucho más inmediatas y fundamentales que invitan a llevar el estudio por otros rumbos distintos a los de la deducción del llanto a partir de la generalidad expresiva.

El estudio del llanto «desde» su carácter expresivo sería acertado sólo si se da por supuesto que la única manera en que se presenta el fenómeno es aquella en que se puede

⁶³ Balduin Schwartz [sic], *Psicología del llanto*, p. 11.

captar mediante la percepción externa, es decir, a través de los sentidos. Si un hombre en llanto se nos aproxima, los datos que nos saltan de inmediato son aquellos que su cuerpo nos hace visibles: sus lágrimas, el enrojecimiento de su rostro, la agitación de su cuerpo. De ahí no se sigue, sin embargo, que ésa sea la única manera en que se presenta el fenómeno del llanto. Si yo soy el hombre que se echa a llorar, el fenómeno adquiere otros matices que no son —o al menos no de la misma manera— accesibles a mis sentidos. Las lágrimas en el hombre que se aproxima las aprehendemos al verlas brotar. Incluso, en el caso de estar cerca del hombre, podemos tocarlas, por ejemplo, si intentamos secarlas con nuestras manos. Pero si yo soy el que llora, las lágrimas en mi rostro se hacen presentes a mi percepción de manera muy distinta; están como en un segundo plano de importancia en el acontecimiento total del llanto, ya que tienen mucha más fuerza de presencia las sensaciones interiores de tensión, contracción, abatimiento, resolución, etcétera.

Las lágrimas que de un modo primario constituyen la pena no son sólo las que vemos correr por las mejillas si nos miramos en un espejo, sino las que se sienten enturbiando la visión, haciendo difícil la respiración, etc.⁶⁴

Esta aclaración nos coloca ya de manera franca en el que será nuestro punto de partida en la indagación del llanto. En la tradición fenomenológica es clásica la distinción que, a propósito de la comprensión del cuerpo humano, se hace entre *Körper* —entendido como cuerpo geométrico, como cualidad de las cosas que se extienden en el espacio— y *Leib* —entendido como cuerpo en tanto que vivido—. El ser corporal humano mantiene esa doble posibilidad de intelección: el cuerpo es un cuerpo que se extiende en el espacio y que es susceptible de medirse y de captarse mediante la percepción externa como cualquier otra realidad corporal (*Körper*); pero al mismo tiempo el cuerpo es el escenario o telón de fondo constante donde la vida acontece (*Leib*). A este respecto Ortega decía:

Las palabras que significan acciones corporales tienen siempre doble significación, según las refiramos a nosotros o al prójimo. «Andar»

⁶⁴ Fernando Montero, *Retorno a la fenomenología*, Anthropos, Barcelona, 1987, p. 420.

significa dos hechos muy distintos en «yo ando» y en «él anda». El andar de «él» es un fenómeno que percibo con los ojos verificándose en el espacio exterior: consiste en una serie de posiciones sucesivas de unas piernas sobre la tierra. En el «yo ando», tal vez acuda la imagen visual de nuestros propios pies moviéndose; pero sobre ella, como más directamente aludido en aquella expresión, encontramos un fenómeno invisible y extraño al espacio exterior: el esfuerzo para movernos, las sensaciones musculares de tensión y resistencia. La diferencia no puede ser mayor. Diríase que en el «yo ando» nos referimos al andar visto por dentro de lo que él es, y en el «él anda», al andar visto por fuera, en su resultado exterior.⁶⁵

Es necesario, pues, notar la gran diferencia que hay entre «ponerse en situación» del ser humano que llora, frente a sólo «verlo llorar». Se caería en un error al pensar que el llanto se agota en la esfera expresiva. Es cierto que el fenómeno le pertenece, pero no por eso se debe pensar que ahí se resuelva por completo, y mucho menos que ése sea el punto de partida de un estudio riguroso. El llanto es, desde luego, una expresión; pero no es «sólo» expresión; es también —primero y más fundamentalmente— un «acontecimiento». Buytendijk afirmaba, en su bella fenomenología del dolor, que el “llanto no es ninguna acción ni tampoco un movimiento de expresión, sino un acto personal, un ‘acto de entrega interior’, como ha demostrado Plessner”.⁶⁶

Entremos entonces al ámbito que se abre después de esta problematización y veamos qué podemos comprender del llanto al observarlo «desde dentro».

⁶⁵ José Ortega y Gasset, “Vitalidad, alma, espíritu” en *Obras Completas. Tomo II*, pp. 570 y 571.

⁶⁶ Frederik J. J. Buytendijk, *El dolor. Fenomenología - Psicología - Metafísica*, Revista de Occidente, Madrid, 1958, p. 197.

CAPÍTULO SEGUNDO

LA VIVENCIA DEL LLANTO

Como pudo observarse en la problematización anterior, la pregunta que se anunció como eje central en esta investigación —aquella de qué es el llanto— se ha ido focalizando en esta otra, más precisa: qué es el llanto en tanto que vivencia. Moveremos entonces la atención hacia la genuina experiencia que se tiene en el acto de llorar —a la trama que se vive desde el cuerpo propio— y nos alejaremos del mero registro exterior que puede hacer quien ve a alguien que llora. Un acercamiento al llanto como «acontecimiento» que sucede en la vida de los seres humanos nos permitirá asistir con mayor franqueza a la donación originaria del fenómeno y recuperar detenidamente lo que dicha vivencia tenga que decirnos desde sí misma.

Sin duda este tipo de planteamiento se inclina a considerar el llanto de manera fenomenológica. No obstante, dejaremos de lado cualquier adscripción o severidad metodológica que cierre las puertas a otro tipo de tratamientos capaces de enriquecer nuestro ámbito de estudio. No entraremos, pues, en aclaraciones en torno a añejas controversias de método. Basta con decir que ya desde la primera década del siglo pasado —es decir, desde los primeros años del ejercicio filosófico denominado fenomenología— se tenía clara certeza de que ese nombre aludía más bien a cierta «actitud», a cierto «enfoque» frente a los problemas que se abren a la mirada radical y no tanto a una línea de pensamiento o a una escuela. Las siguientes palabras de Max Scheler —al tiempo en que dejan transparentar su entusiasmo— muestran esa conciencia temprana de quienes formaban parte de los primeros círculos de fenomenólogos reunidos en torno a la figura de Edmund Husserl:

«Fenomenología» no es ni el nombre de una ciencia nueva ni un término sustitutivo para la filosofía, sino el nombre de una actitud del intuir espiritual en el que se logra intuir o vivir algo que sin dicha actitud permanecería oculto. Ese algo es, a saber, un reino de «hechos» de índole peculiar. Digo «*actitud*»; no método. [...] Lo primero que una filosofía fundada en la fenomenología debe poseer como carácter fundamental es el *trato vivo* más vívido, intenso e *inmediato con el*

mundo mismo, es decir, con las cosas precisamente en cuestión. O sea, un trato con las cosas, tal como se dan de modo completamente inmediato en el vivir —en el acto de vivir— y como están «ahí», en ese acto y sólo en él, «ellas mismas». Sediento del ser en el vivir, el filósofo fenomenólogo intentará por todas partes beber en las «fuentes» mismas en las que se presenta el contenido del mundo. Al mismo tiempo, su mirada reflexiva se detiene sólo en el punto de contacto del vivir y del mundo como objeto. [...] El rayo de la reflexión tratará de alcanzar sólo lo que, y en esa medida, está «ahí» en ese contacto máximamente vívido y cercano.⁶⁷

En ese sentido, adoptar la «actitud» fenomenológica supone el anhelo por retener un aspecto del cúmulo de las vivencias para sumergirnos en la riqueza de su modo directo de aparecer, dejando que sea el problema mismo —el llanto, en nuestro caso— el que exija el camino y el punto de vista adecuado cuando lo que queremos es penetrar en su fondo. Por lo demás, las aclaraciones sobre el modo de emprender este estudio estarán en su mayor parte incorporadas en el flujo mismo del texto, como se ha visto ya desde el tono en que realizamos la problematización.

Con todo, aún conviene aquí expresar brevemente que esta forma de aproximación que iniciaremos abrevia principalmente del admirable *corpus* que durante la década de 1910 a 1920 desplegara el grupo de fenomenólogos realistas en torno a la vida emocional. De esos años datan agudos análisis fenomenológicos sobre el resentimiento, el pudor, la vergüenza, la simpatía, el arrepentimiento, la empatía, el amor, el odio, entre muchos otros.⁶⁸

⁶⁷ Max Scheler, *La esencia de la filosofía y la condición moral del conocer filosófico (con otros escritos sobre el método fenomenológico)*, Encuentro, Madrid, 2011, pp. 68-70. Ver sobre todo el apartado “La actitud fenomenológica” (pp. 68- 76) dentro del ensayo “Fenomenología y teoría del conocimiento”, escrito en 1913. Tanto las itálicas como las comillas son aspectos que resalta el propio Scheler.

⁶⁸ Max Scheer, *El resentimiento en la moral*, Caparrós Editores, Madrid, 1993 [1912]. Max Scheler, *Sobre el pudor y el sentimiento de vergüenza*, Sígueme, Salamanca, 2004 [1913]. Max Scheler, *Arrepentimiento y nuevo nacimiento*, Ediciones Encuentro, Madrid, 2007 [1916]. Edith Stein, *Sobre el problema de la empatía*, Trotta, Madrid, 2004 [1917]. Max Scheler, *Esencia y formas de la simpatía*, Sígueme, Salamanca, 2005 [1923, aunque se trata de una ampliación de un estudio de 1913]. Para una consideración general de la fenomenología realista de las emociones —no solo en Scheler y en Stein, sino también en Adolf Reinach, Moritz Geiger, Else Voigtländer, entre otros—, remito a los invaluable estudios de Ingrid Vendrell Ferran. Particularmente esclarecedores son sus introducciones a los libros citados de Max Scheler sobre el pudor, la vergüenza y la simpatía, así como su introducción al libro de Aurel Kolnai, *Asco, soberbia, odio. Fenomenología de los sentimientos hostiles*, Encuentro, Madrid, 2013.

Ciertamente la abundancia de esos penetrantes análisis descriptivos, hoy ya clásicos, estaba alentada por el proyecto común —inseparable de los trabajos iniciales de Edmund Husserl, Alexander Pfänder y del propio Max Scheler— de una ética que reconocía como crucial la relación entre los «actos afectivos» y la facultad estimativa del ser humano.⁶⁹ Sobra decir que, a más de un siglo de aquellos empeños, y considerando el actual resurgir del ámbito de las emociones —el «giro emocional» de las ciencias sociales y las humanidades⁷⁰ vinculado, sobre todo, con la reflexión política en su vertiente amplia que integra a disciplinas como la arquitectura, el urbanismo, la geografía humana, la psicología social y los estudios de género—, la vigencia de ese temprano afán del también llamado «realismo fenomenológico» es innegable.

Sin embargo, e incluso al margen del programa ético señalado, esas aproximaciones fenomenológicas poseen un enorme valor al menos en dos sentidos más; en primer lugar, por los alcances que tienen al momento de aclarar la estructura y articulación interna de los sentimientos o emociones que estudian y, en segundo lugar —y este es el punto que más quisiéramos destacar en esta sección concreta de nuestro estudio—, por el «modo» particular en que realizan tales análisis: un modo congruente con la actitud referida de detener la mirada en la donación originaria del fenómeno para destacar descriptivamente sus componentes y notas esenciales:

⁶⁹ El estudio más conocido de ese proyecto ético y que con mayor fuerza dejó marca en las décadas posteriores fue *El formalismo en la ética y la ética material de los valores*, de Max Scheler, publicado en 1913 (versión española: Max Scheler, *Ética, Nuevo ensayo de fundamentación de un personalismo ético*, Caparrós, Madrid, 2001). Pero igualmente importante es la tesis doctoral de Dietrich von Hildebrand, dirigida por el propio Husserl y defendida en 1912: *Los portadores de lo moral dentro de la acción* y publicada en 1916 con su título definitivo que reproduce la siguiente versión española: Dietrich von Hildebrand, *La idea de la acción moral*, Encuentro, Madrid, 2014. Más adelante volveremos a referir esta obra por el extraordinario trabajo en precisar el concepto de «toma de posición», fundamental para la fenomenología del llanto de Balduin Schwarz. Por razones fáciles de comprender no nos es posible adentrarnos en los detalles de ese fecundo momento de la filosofía, pero sí quisiéramos añadir que tanto las investigaciones de Scheler como las de von Hildebrand no serían posibles sin los trabajos tempranos de Pfänder en torno a la voluntad (1900) y a la motivación (1911) [ambos accesibles en castellano en: Alexander Pfänder, *Fenomenología de la voluntad. Motivos y motivación*, Avarigani, Guadalajara, España, 2011] y, desde luego, sin la estela fundacional de Franz Brentano quien, desde finales del XIX, y en contraste con las llamadas «teorías del sentir» de Wundt, por un lado, y de William James, por otro, sentó las bases de una comprensión de las emociones como actos intencionales de la conciencia dirigidos a valores: Franz Brentano, *Psicología desde el punto de vista empírico*, Sígueme, Salamanca, 2020 [1874].

⁷⁰ Por referir una de las obras más influyentes de este sector, ver Sara Ahmed, *La política cultural de las emociones*, UNAM, México 2015.

Los primeros fenomenólogos, también conocidos como fenomenólogos realistas, compartían una misma actitud ante los problemas filosóficos y se veían animados por un mismo proyecto de carácter ético. La actitud fenomenológica o el método —considerando esta palabra en un sentido amplio— es conocido como «reducción eidética» y consiste en analizar un fenómeno de la experiencia, identificando sus características esenciales frente a fenómenos similares, describiéndolos y estudiándolos hasta llegar a captar los elementos constitutivos del mismo.⁷¹

Esa manera de «hacer filosofía» en modo alguno se acota a la década referida. Aquellos años iniciales suponen no sólo —y como suele ser aceptado comúnmente— un momento propio de la fenomenología realizada por quienes compartían las tesis de la primera edición de las *Investigaciones lógicas* de Husserl,⁷² sino también el surgimiento y arraigo de la actitud filosófica que ya hemos enfatizado: la de asistir con atención y demorarse descriptivamente en el aspecto manifiesto de las cosas tal como nos son dadas —es decir, en tanto que «datos»— en el mundo de la vida. Y es eso segundo lo que destacamos por su afinidad con la vocación y deseo de nuestro trabajo sobre el llanto.

La posición que adoptamos en esta investigación le debe mucho —en particular— a dos escritos emblemáticos, cada uno en su campo, de dos maneras distintas de hacer filosofía considerando la presencia inmediata del fenómeno que se somete a investigación. Uno de ellos —mucho más cercano a éste por tratarse del estudio de un acto anclado tanto en la esfera corporal como afectiva de la vida humana— es el dedicado a la caricia que realizó José Gaos en 1944.⁷³ El otro es *El forastero. Ensayo de psicología social*, de Alfred Schutz,

⁷¹ La cita es de Íngrid Vendrell Ferran, tomada de su texto “Aurel Kolnai: fenomenología de los sentimientos hostiles” que es el estudio introductorio del libro de Aurel Kolnai, *Asco, soberbia, odio. Fenomenología de los sentimientos hostiles* ya referido, p. 9.

⁷² “Practicada genialmente por pensadores de la estatura de Alexander Pfänder, Max Scheler, Adolf Reinach, Edith Stein, Hedwig Conrad-Martius o Dietrich von Hildebrand”, como escribió Juan Miguel Palacios en el texto introductorio al libro de Balduin Schwarz, *Del agradecimiento*, Encuentro, Madrid, 2004 [1968]. Nosotros añadiríamos también a Aron Gurwitsch quien, junto con Alfred Schutz —ambos discípulos de Husserl—, impulsaron la fenomenología en América, dejando una escuela cuyo principal enfoque es la fecunda convergencia entre la fenomenología y otras disciplinas.

⁷³ José Gaos, *2 exclusivas del hombre: la mano y el tiempo*, Universidad de Nuevo León, Monterrey, 1945. Serie de cinco conferencias que a finales de 1944 dictó Gaos en la Universidad de Nuevo León.

que fue leído en la New School for Social Research a finales de ese mismo año.⁷⁴ En ambos escritos, de evidente carácter fenomenológico, se logra una profundización en el problema estudiado que efectivamente parte de la descripción de la vivencia, pero que no se deja acotar por la supuestamente posible pureza de la aprehensión descriptiva ejemplar sin teorías preconcebidas. Ambos filósofos, además, logran esquivar en esos ensayos la tentación común de «escribir sobre» fenomenología para mejor —y más honestamente— «practicarla», en la línea, esto último, de la repetida y oportuna invitación de Aron Gurwitsch y, junto con él, de su discípulo Lester Embree.⁷⁵

Más cercano en tiempo, el original ensayo que en 2007 publicara Agustín Serrano de Haro, *La precisión del cuerpo. Análisis filosófico de la puntería*, también sirve como ejemplo de —en sus propias palabras— una “inspección cuidadosa de la experiencia humana, por entre la desmesura de la realidad y a la contra de la desatención de los hombres”.⁷⁶ La línea que va de José Gaos a Agustín Serrano de Haro —dentro de los estudios filosóficos ya más precisamente sobre el cuerpo en perspectiva fenomenológica en nuestra lengua— no sería apreciable sin reparar en el proyecto que desde el primer cuarto del siglo XX vislumbrara José Ortega y Gasset con el propósito de trazar una topografía de la intimidad humana que tomara en cuenta el análisis descriptivo del cuerpo vivido —o «intracuerpo», como lo mentara el propio Ortega a la sazón—. ⁷⁷ Merece la pena recordar aquí uno de los pasajes fundacionales —ya clásico— de este esfuerzo:

⁷⁴ En Alfred Schutz, *Estudios sobre teoría social. Escritos II*, Amorrortu, Buenos Aires/Madrid, 2003, pp. 95-107.

⁷⁵ Para el enfoque que aquí asumimos, es iluminadora la actitud que adoptan ambos filósofos. En el primer párrafo de su trabajo más importante, Gurwitsch registra: “Al escribir este libro, me propuse llevar a cabo una obra de fenomenología y no un estudio en torno a tal disciplina. Mi propósito fue, por consiguiente, presentar ciertos problemas fenomenológicos y no hacer un informe o dar una visión panorámica de la fenomenología. Para ello he adoptado el punto de vista del fenomenólogo inmerso en su quehacer y no el del observador que desde fuera examina un cierto método” (ver Aron Gurwitsch, *El campo de la conciencia. Un análisis fenomenológico*, Alianza, Madrid, 1979, p. 11). Por su parte, Embree también inicia una de sus obras más significativas señalando que “Buena parte de la investigación que hoy en día se denomina fenomenológica es en realidad «erudición» practicada sobre textos que han elaborado fenomenólogos genuinos”. Lester Embree, *Análisis reflexivo. Una primera introducción a la investigación fenomenológica*, Jitanjáfora, Morelia, 2003, p. 33.

⁷⁶ Agustín Serrano de Haro, *La precisión del cuerpo. Análisis filosófico de la puntería*, Trotta, Madrid, 2007, p. 9.

⁷⁷ La categoría de «intracuerpo» fue acuñada por Ortega en mayo de 1925 cuando dictó la conferencia “Vitalidad, alma, espíritu” (contenida en José Ortega y Gasset, *Obras completas. Tomo II*, pp. 566-592). El concepto no tuvo gran eco, y en la literatura fenomenológica en castellano suele emplearse más comúnmente la expresión «cuerpo vivido».

Si caminamos desde la figura exterior humana hacia adentro, no es propiamente el hombre íntimo la primera estación que encontramos. Porque es el cuerpo del hombre el único objeto del universo del cual tenemos un doble conocimiento, formado por noticias de un orden completamente diverso. Lo conocemos, en efecto, por fuera, como el árbol, el cisne y la estrella; pero, además, cada cual percibe su cuerpo desde dentro, tiene de él un aspecto o vista interior [...]. ¿No merecería la pena de analizar, de describir con alguna minucia, cómo es para cada cual su cuerpo, visto desde dentro, cuál es el paisaje interno que le ofrece?⁷⁸

§

Pues bien, justamente en este estudio nos resulta imprescindible colocarnos en la perspectiva íntegra del hombre que llora y se mira a sí mismo, y transitar por los diferentes parajes del «intracuerpo» en llanto. No hace falta decir que una vivencia como la que aquí pretendemos analizar se filtra por distintas parcelas de la intimidad. Asociado comúnmente con las situaciones más profundas e importantes de la vida, el llanto se hilvana con estratos muy diversos de la realidad personal; no sólo tiene que ver con el cuerpo o con los sentimientos —de ahí la insuficiencia de abordajes que sean meramente fisiológicos o psicológicos, tal como se entendían ambas disciplinas en el siglo XIX—, sino con la totalidad de la relación del ser humano con el mundo y consigo mismo.

Para iniciar ese recorrido es necesario ponerse verdaderamente en situación de una persona que llora e intentar recoger descriptivamente las notas que están presentes en esa experiencia. Dado que la intención de este estudio apunta —como se ha señalado desde la

⁷⁸ José Ortega y Gasset, “Vitalidad, alma, espíritu” pp. 570 y 571. Siguiendo esa línea abierta por Ortega de la descripción fenomenológica del cuerpo vivo merece especial atención un libro recientemente presentado por Agustín Serrano de Haro (*Cuerpo vivido*, Encuentro, Madrid, 2010.) y que incluye la conferencia de Ortega como origen de esa tarea intelectual en nuestra lengua. Serrano de Haro, en la presentación, anota que “El notable ensayo orteguiano posee más bien un claro valor programático en relación con una tarea intelectual que entonces era pionera y que hoy conserva indudable relevancia y apasionante interés [...] puede muy bien considerarse por ello como el primer acercamiento conscientemente fenomenológico en nuestra lengua a la problemática del cuerpo vivido” (pp. 7 y 8). En ese mismo libro se agregan, además del trabajo del gran maestro madrileño, el estudio de la caricia de José Gaos —al que ya nos hemos referido—, el ensayo “La presencia del cuerpo” de Joaquín Xirau, un análisis sobre “El rostro y su anulación” de Leopoldo-Eulogio Palacios y una fenomenología del dolor y la atención del propio Serrano de Haro.

problematización— a lo que es el llanto como fenómeno unitario, buscaremos los componentes fijos indispensables que aparecen en todo acto de llorar. Para ello, cualquier ejemplar de llanto que lo sea de forma inconcusa servirá para entrar en el dominio del fenómeno entero. En esta primera vuelta descriptiva tomaremos como llanto prototípico el que se presenta como resultado de una vivencia emocional o afectiva —en concreto tendremos en mente, como modélico, el llanto de un hombre por la muerte de un ser querido—. Otros tipos de llanto —como el que surge ante un puro dolor corporal, o el del niño que pide o exige aquello que no puede aún pronunciar, así como los llantos que sobrevienen por un agotamiento o un esfuerzo excesivos, o los llantos que responden a un placer físico— quedarán para una consideración posterior; los llantos fingidos, actuados o exagerados, quedan fuera de esta investigación ya que, como es evidente, presuponen al llanto veraz.

Tomaremos en cuenta, además, como sujeto que vive la experiencia del llanto afectivo, a una persona adulta. En algunos casos se ha tomado el llanto infantil como modelo para la observación y el estudio del fenómeno en general;⁷⁹ también se han hecho intentos por comprender el llanto desde su génesis evolutiva —comparándolo, por ejemplo, con los gemidos o gritos que emiten los póngidos superiores—. Sin duda esas perspectivas aclaran ciertos aspectos del proceso y no carecen de interés, pero en ambas posiciones subyace el supuesto de que las formas iniciales revelarían la riqueza y complejidad del llanto en su totalidad. Notemos, sin embargo, que la pregunta por el origen del llanto —ya sea en un enfoque ontogenético o filogenético— es sólo posible porque el llanto mismo se nos ha presentado «ya antes» como problema en el mundo de la vida. En tal sentido estamos de acuerdo con Plessner cuando afirma que

es una ilusión creer que las formas germinales y las primeras fases son más instructivas que las formas plenamente desarrolladas de la madurez [...]. Reír y llorar son en realidad conceptos sacados del comportamiento humano. Tienen que ser aclarados en su esfera

⁷⁹ Es el caso de Darwin, por ejemplo, quien desde el inicio del capítulo en el que aborda el “Sufrimiento de cuerpo y espíritu”, aclara que hablará casi exclusivamente del llanto y los gritos del niño en particular. Incluso algunos pasajes relativamente extensos parten de las observaciones que hacía de sus propios hijos. Ver Charles Darwin, *La expresión de las emociones...*, Tomo III, pp. 7-19.

general de aplicación antes de que puedan servir para denominar comportamientos extrahumanos o de los primeros años del hombre.⁸⁰

Al identificar cada uno de los elementos presentes en un llanto afectivo será posible bosquejar un primer mapa de la estructura interna del fenómeno. Consideramos que cualquier persona que evoque con claridad un llanto ocasionado por un sentimiento —ya sea la tristeza, la felicidad, el miedo, la ira, la vergüenza, o cualquier otra modalidad dentro de la riqueza de la esfera emotiva humana que pueda devenir en llanto— estará en condiciones de reconocer la estructura provisional de la vivencia que en este apartado se exprese.

CONSIDERACIÓN DESCRIPTIVA

No parece necesario justificar que la mayoría de las personas asociarían de inmediato el llanto con el brotar de las lágrimas. Así sucede, de hecho, en gran parte de ellos; es común que las lágrimas estén presentes en amplios tramos de toda la secuencia de vivencias que se congregan en la acción que llamamos «llorar» —desde la aparición y captación intelectual y consciente del motivo hasta, por decirlo con Julio Cortázar, el acto de sonarse de manera enérgica con el que, en términos simbólicos, termina la acción—. ⁸¹ Corresponde a ellas, sin duda, un lugar destacado en el proceso, aunque tal vez no esencial. Porque es notable que, al considerar el fenómeno de manera más detenida, demorándonos en la vivencia corporal que tenemos al llorar, las lágrimas quizá no jueguen el papel preponderante en contraste con otro tipo de elementos que constituyen el acontecimiento completo. En muchos llantos el cuerpo entero soporta una serie de sacudidas que tienen mucho mayor relieve y presencia atencional que el acudir de las lágrimas a los ojos. Pero incluso en los llantos tranquilos —en los que no hay agitaciones fuertes ni espasmos— podemos observar cómo el brotar de las lágrimas no es sino la culminación de un trayecto que empieza en el pecho o en la garganta, y que las sensaciones presentes en el tórax y en el aparato respiratorio y fonador se destacan más, a nivel de sensación interna, que la misma presencia de las lágrimas en los ojos.

⁸⁰ Helmuth Plessner, *La risa y el llanto...*, p. 41.

⁸¹ “Pues el llanto se acaba en el momento en que uno se suena enérgicamente”, escribió Cortázar en sus “Instrucciones para llorar” (Julio Cortázar, *Historias de cronopios y de famas*, Edhasa, Buenos Aires, 1968, p. 14.)

Cualquiera que recuerde vívidamente una experiencia de querer contener un llanto que se viene de manera irremediable sabrá que particularmente la garganta es un lugar privilegiado en el proceso. Sea cual sea el motivo que nos impida en algunos casos «soltarnos» libremente a la inercia a que nos urge el cuerpo —acaso la vergüenza que nos lleva a querer detener, o cuando menos ocultar que dentro de nosotros ya se ha desatado un dinamismo muy notorio—, por lo general el primer esfuerzo por interrumpir el llanto no tiene que ver con los ojos y con las lágrimas, sino con la respiración. Es común que ante ese tipo de situaciones digamos que se nos hace «un nudo en la garganta». El que quiere cortar el llanto entra, en primer lugar, en disputa con su respiración: en algunas ocasiones trata de respirar de manera más profunda y pronunciada como para domar una agitación interior que no reconoce como normal; pero en otras más bien acelera el tiempo entre inhalaciones y exhalaciones para ver si logra restituir el equilibrio en que estaba. Si pasa saliva, el gesto no fluye de manera tan fácil. Si intenta hablar, su voz tiembla, se entrecorta, o tal vez incluso se ahogue o quede suprimida. Comúnmente también trata de impedir cualquier tipo de contacto con otra persona, a sabiendas de que un abrazo, una palmada o hasta una mirada de reconocimiento —un mero «contacto visual», como es frecuente decir— desencadenarán lo que se quiere aprisionar. Y sólo un último recurso en el afán de ocultar el llanto suele ser el de mantener los ojos muy abiertos, sin parpadear. Pero en cualquier caso es fácil advertir que el llanto ya está «en movimiento» antes de que las lágrimas surjan. Incluso hay una singular expresión de dominio popular según la cual alguien puede «llorar por dentro», aludiendo justamente a la certeza de que se puede llorar sin verter lágrimas.⁸²

Rompiendo, pues, con la tentación de afirmar que la nota fundamental del llanto son las lágrimas que se derraman, penetremos en la vivencia y asistamos con más detalle a otros aspectos presentes en el acto entero.

⁸² Encontramos en Saramago una interesante alusión a este llanto: “aprendieron con la dura experiencia a tragarse las lágrimas, por eso decimos, tan pronto lloran como ríen, y no es verdad, en general están llorando por dentro [...] que ese es el llanto que no tiene remedio, aquel fuego continuo que quema las lágrimas antes de que ellas puedan brotar y rodar por las mejillas”. José Saramago, *El evangelio según Jesucristo*, Alfaguara, México, 2011, p. 168.

Por otro lado, también encontramos reveladora la recurrente imagen poética de la que se sirve Antonio Gamoneda a lo largo de todo su *Libro del frío*, en la que asemeja el llanto con un animal que transita a sus anchas dentro suyo —o dentro nuestro—. Son muy numerosos los versos que aluden a ese animal. Ver Antonio Gamoneda, “Libro del frío” en *Esta luz. Poesía reunida (1947-2004)*, Galaxia Gutenberg/Círculo de lectores, Barcelona, 2010, pp. 303-407.

§

Cuando lloramos podemos advertir una variedad de componentes, momentos y fases que, aunque converjan y se solapen dentro de esa «unidad de acción» que es el llorar, son discernibles entre sí. Al prestarles atención, es posible notar su distinción específica y dibujar su unidad formal. En ese «acto unitario» del llanto participan en conjunto —e incluso, en diversos tramos, de manera simultánea— una serie de vivencias que confluyen en un intervalo de duración: desde el momento en el que, por seguir con el ejemplo aludido, la palabra del portador de una noticia funesta —aquella que anuncia la muerte de un ser querido— es recibida y, junto con la captación y el franco «caer en cuenta» de la noticia comienza una particular agitación interior, hasta el punto en el cual se ha despejado por completo esa agitación que, si la miramos bien, no sólo fue «suscitada» por la noticia sino más precisamente como «forjada» y «modelada» por y desde ella. En ese lapso es patente que son muchos los elementos que entran en juego. Empecemos por reparar en uno de ellos, que es particularmente notorio en los llantos que llamamos afectivos.

En la vivencia de todo llanto afectivo se tiene una sensación interna de «erupción», de «emergencia» —en el sentido de algo que emerge de lo íntimo, de lo céntrico de la persona—. Suele decirse en el lenguaje cotidiano que alguien «rompe» o «estalla» en llanto. Nosotros, por lo pronto, no utilizaremos palabras como «romper», «estallar», «explotar» o similares porque, aun cuando todo llanto implica cierta ruptura —el traspaso de un límite, como veremos—, dichas palabras nos remitirían de entrada sólo a algunos tipos de llanto de carácter más violento u ostentoso. Consideramos, en cambio, que términos como «erupción» o «emergencia» pueden contener también a los llantos tipificables como tranquilos; aún en la contemplación sobrecogedora que deviene en llanto lento —por ejemplo, ante la escucha de una pieza musical que nos conmueve— hay una «erupción», un «brotar» de algo que, si bien no siempre es comparable con un estallido, sí se experimenta como la emergencia de algún dinamismo interior que tiende a la salida.

No se trata, pues, en cualquiera de los llantos, de una mera «explosión» en el sentido de liberar sin más las lágrimas hacia fuera. De la misma manera que en geología se dice que la erupción de algo —por ejemplo de un volcán, o de una solfatara— no es sólo el estallido que arroja el material por alguna grieta o abertura de la tierra, sino el proceso entero de presión, condensación y elevación que culmina con la emisión de algún elemento líquido,

gaseoso o sólido hacia el exterior, así también hay en el llanto momentos llenos de matices previos al desbordamiento de las lágrimas. Y más aún: la liberación que se experimenta en el llanto —como todos podemos advertir al recordar las vivencias que hemos tenido— no es sólo de lágrimas; es también una liberación de una índole muy particular que habremos de caracterizar más adelante.

Centremos en principio la atención en la vivencia de ese «momento eruptivo» y penetremos en él para distinguir los diferentes elementos y fases que lo componen, para acceder a la manera en que se estructuran sus notas y, en fin, para aproximarnos descriptiva y analíticamente a esa profusión y tratar de comprender en qué consiste la erupción, el emerger que observamos, por lo pronto, en los tipos de llanto emocionales.

Atenderemos, entonces, en las siguientes líneas, a la índole propia del llanto como erupción. Veremos que son tres rasgos, al menos, los que la conforman, y que pueden constatarse claramente en la vivencia: la elevación, el reconocimiento de un límite y el desbordamiento. Detengámonos en cada uno de ellos.

La elevación

Tomemos de nuevo por caso el llanto de un hombre que se entera del fallecimiento de un ser querido y se ve invadido por una tristeza muy honda. En ocasiones, sobre todo si la noticia llega de manera imprevista, es común que la respuesta no sea llorar, sino permanecer atónito —como pasmado o en suspenso—. ⁸³ Pero digamos ahora que tal acontecimiento no le ha llegado «de golpe», sino que era ya algo esperado o cuando menos previsto, y llora. He aquí que, en los momentos iniciales —e incluso de manera simultánea al aviso que recibe y que quizá ya intuía— se presenta una modificación en su estado vital: es una afectación que, en principio, tiene como rasgo distintivo el ser un movimiento de «elevación» —un «crecimiento»— en una peculiar atmósfera íntima.

En tal situación los modos de llorar pueden ser muy diversos, dependiendo no sólo del temperamento de la persona, sino de la etapa biográfica e incluso del contexto en que se

⁸³ Esa posibilidad de respuesta nos ocupará en un momento posterior, ya que revela la importancia de la «captación intelectual» y consciente de la situación como integrante del acto. En cierta manera ya estaba anunciada en el primer capítulo de esta investigación, al recordar el conocido ensayo de Montaigne en torno a la tristeza (ver *supra*, pp. 22 y 23, nota 16).

encuentra. Ante el anuncio esperado de una pérdida que aflige —no sólo la muerte de alguien amado, sino también, por ejemplo, la ruptura de una relación u otros acontecimientos similares— se pueden desencadenar de igual manera llantos de carácter violento o llantos de carácter tranquilo. No sorprendería, en efecto, que una persona, ante la noticia funesta, prorrumpiera en un llanto ostentoso, como tampoco causaría asombro verla abandonarse a un llanto más sereno o sobrio.⁸⁴

Es cierto que en los llantos que surgen de manera tranquila se pueden advertir mejor las fases que se dan en todo el proceso, mientras que los violentos, en cambio, apenas nos dejan notar ese matiz de «elevación» en el desarrollo del curso eruptivo que es el que aquí deseamos subrayar. Pero esto no significa, sin embargo, que los detalles y fragmentos de esa «fase» en que va creciendo gradualmente la agitación del tono vital en nuestro foro íntimo sea exclusivo de los llantos tranquilos y que no esté presente en la experiencia de los llantos vehementes —como si estos últimos se saltaran tal curso—. Incluso, desde la perspectiva del intracuerpo, la intensidad de los llantos puede definirse con arreglo a la vivencia temporal de la elevación misma; es justamente la rapidez de la elevación —y no sólo la notoriedad mayor en la mímica, como tendríamos que apuntar si atendiéramos al llanto viéndolo «desde afuera»— lo que nos permite distinguir su ímpetu. Si nos representamos un llanto violento —o si retenemos en el recuerdo de manera nítida la figura de alguno— no sólo notaremos que hay una especie de «erupción» que viene de adentro, sino que, además, esa erupción tiene como requisito previo la modificación de la base vital de la persona de manera rápida, abrupta, elevándose —ahora sí como estallido—. La velocidad, pues, de la elevación y del proceso eruptivo completo del llanto —con su doble posibilidad de lentitud o rapidez— determina que éste sea suave o vehemente. Difícilmente nos encontraremos con llantos violentos cuya erupción sea lenta, o con llantos tranquilos cuya elevación sea rápida. Pero en ambos tipos —y en las numerosas gamas intermedias— se distingue la elevación señalada.

Otro dato tomado de la vivencia y que permite postular esta primera fase de elevación en la esfera interior como ingrediente constitutivo del acto eruptivo es el hecho de

⁸⁴ Precisamente un sentimiento como la tristeza puede vivirse de esos dos modos, a diferencia de otras emociones: no cabría esperar, por ejemplo, llantos violentos de ternura o de contemplación, como tampoco llantos tranquilos de cólera. Esa correspondencia entre la naturaleza del sentimiento y del llanto quedará más clara en un momento posterior del análisis.

que el llanto no comienza en el rostro de la persona que lo experimenta; si bien es cierto que el acto se logra plenamente arriba —ya deja caer lágrimas, se cubre con una mano la boca y solloza—, esas manifestaciones de la faz, lejos de ser acontecimientos cerrados en sí mismos, surgen precisamente como fraguadas por la elevación interna que fue detonada por la noticia de la muerte del ser querido.

Aunque formando parte de una misma estructura —de un mismo acto unitario: el de llorar—, la elevación interior viene unida a una trama de sensaciones corporales muy claras y comúnmente anteriores a las lágrimas: particularmente la respiración se descompone, los músculos se tensan y las palpitaciones se aceleran. Notemos cómo estos acontecimientos están también como penetrados por esa «elevación» que inicia con la captación e intelección de la noticia: por lo general la respiración se acelera —es decir, «crece» en ritmo—, el tono muscular también «crece» en tensión y el corazón se precipita a un ritmo que «crece» en celeridad. Ya dedicaremos una reflexión aparte a esos fenómenos que acompañan a la erupción del llanto —a los llamados fenómenos concomitantes—, pero por lo pronto hacemos anuncio de la elevación como requisito, como condición de posibilidad, como germen del «momento eruptivo».

El reconocimiento de un límite

Una segunda fase de la erupción la encontramos en el reconocimiento de un límite sumamente particular. Es justamente a partir de ese límite que se puede hablar con propiedad de que alguien «contenga» el llanto o «se abandone» a él. En ese sentido, podemos considerarlo también —junto con la elevación— como condición del acto de llorar.

Volvamos al hombre que recibe la noticia de la pérdida del ser querido. Hemos visto que en su estado vital se presenta una modificación cuyo rasgo distintivo inicial es la «elevación» o «crecimiento» del tono emocional en su foro íntimo. Ahora advirtamos que, a la par de esa sensación corporal de elevación, se experimenta como un irse «llenando» o «cargando» ese mismo clima interior que crece. Tal sensación interna supone, a su vez, el reconocimiento del límite al que aquí referimos. No se trata, pues, en el llanto que aquí tenemos presente, de una pura e ilimitada elevación de la base o del tono vital, ya que ello no implicaría la posibilidad de erupción. Para que haya erupción se requiere de un borde, de

una frontera. No puede haber una erupción plena sin un ámbito que sea susceptible de ocuparse cabalmente, de llenarse; un recinto con sus paredes que resulte insuficiente en espacio para aquello a lo cual contiene y crece y que en algún momento llegará a franquearse, a transgredirse. En esta segunda fase del «momento eruptivo» notamos, pues, no solamente el «crecimiento» de la atmósfera interior, sino también una especial «saturación» de ella.

Como es evidente, ese límite no tiene una locación corporal específica; no se trata de un «lugar» determinado del cuerpo, de una «zona», de una «línea» o de un órgano a partir del cual la elevación se convierte ya en llanto o se queda sólo en conato o en intento. Pero, así como la fase de elevación se estructura a sensaciones corporales tales como la agitación de la respiración y el crecimiento tanto en la tensión de los músculos como en el ritmo de las palpitaciones, también en este momento podríamos señalar ámbitos o parcelas que notifican el reconocimiento del límite. Es común, por ejemplo, decir que a alguien se le arrasaron los ojos de lágrimas; es decir, que las lágrimas llenaron los ojos y se quedaron en el borde, «al ras». Pero el límite al que aquí nos referimos no sólo tiene que ver con los ojos, sino que antes se encuentra ligado a una vivencia, en principio corporal, como de resistencia —de detenerse en el umbral, antes de soltarse o derramarse interiormente—. Si hemos de buscar un referente corporal específico, en todo caso el límite aquí aludido más bien estaría anudado a la contención de la respiración —a la garganta que se anuda— y a la boca, que suele tensarse antes de soltar bocanadas, sobre todo cuando el traspaso del límite se da de manera abrupta.

Dado que la atmósfera que se carga implica —como hemos anotado ya desde el apartado de la elevación— una tensión creciente en la vivencia propia del cuerpo, este límite tiene que ver también con otras sensaciones: la de lo soportable y lo insoportable. El irse llenando de la atmósfera interior puede llegar a cierto punto a partir del cual «ya no se pueda más». Éste es un punto crucial sobre el que habremos de volver después —quizá trascendiendo la perspectiva del intracuerpo que hemos asumido para esta primera consideración descriptiva—: el breve, aunque decisivo papel que juega la voluntad en el acto de llorar.

Las dos actitudes más comunes que se pueden tomar ante esta frontera son: o cruzarla sin miramientos y, sin más, «echarse a llorar»; o contener la elevación —detenerse en el muelle y, con ello, interrumpir o cuando menos domeñar el acto pleno de llorar—. Pero

es posible apuntar también una tercera y peculiar actitud,⁸⁵ aquella en la que el límite se cruza —siendo así, en estricto sentido, la sensación que nos regala la vivencia del cuerpo—, pero la persona, por cualquier razón, clausura en mayor o en menor medida la manifestación exterior: sería el «llorar por dentro», al que ya hemos aludido algunas páginas arriba. Quien así actúa, llora, aunque finja no hacerlo: trata de suspender las manifestaciones externas, pero en su interior no sólo ha reconocido el límite de la elevación, sino que lo ha pasado. No hablamos aquí, entonces, de un «llanto fingido», sino propiamente de un «llanto logrado» en el que más bien la persona lo que simula es no estar llorando; ahí el proceso se ha desatado —ya se está llorando— y, aunque en ese movimiento se logren contener las lágrimas, tal gesto no es suficiente para decir que el llanto también se contuvo.

El desbordamiento

Y finalmente, como colofón del proceso eruptivo hasta aquí descrito, se encuentra la fase del «desbordamiento» que hemos de considerar también como condición del acto cabal de llorar. Ese desbordamiento solamente es posible a partir de las sensaciones crecientes de tensión en la atmósfera íntima y del reconocimiento del límite. El desbordamiento consiste en un «ir más allá» del linde o frontera, en un «traspasarlo» o «romperlo». Un crecer sin más —sin fin— de la densidad interior no devendría en la descarga con que culmina y se logra en plenitud el «momento eruptivo» que encontramos en todo llanto emocional.

En el caso que ha servido de ejemplo, el hombre que recibe la noticia de la muerte del ser querido ya no sólo siente la elevación de la atmósfera íntima y su progresiva saturación hasta reconocer un particular límite en ella, sino que «se echa» a llorar, «se arroja» al llanto, o, a veces —sin remedio, sin desearlo, y solamente «capitulando» ante la fuerza creciente que lo invade— es «arrastrado» más allá de tal lindero. Y hay, pues, en ese llanto —como en todos los que devienen por una emoción— un gesto interior —a veces querido, pero no

⁸⁵ Encontramos, sobre esta particular actitud, una alusión clarificadora en Darwin quien, aún examinando el llanto —como lo hemos señalado en repetidas ocasiones— desde la observación exterior, advierte la imposibilidad de domar el movimiento muscular que se activa en todo llanto: “Yo mismo he sentido y observado en otras personas adultas que cuando se reprimen las lágrimas con trabajo, por ejemplo en la lectura de un relato conmovedor, es casi imposible impedir que los diversos músculos que tan enérgicamente obran en el niño durante sus accesos de gritos, se estremezcan o tiemblen ligeramente”. Charles Darwin, *La expresión de las emociones... Tomo III*, p. 13.

siempre— de «soltar las amarras», de cruzar el borde, de abrir los diques y «abandonarse» a una inercia en la que la persona «cede» —en mayor o menor medida— el control de su cuerpo, dejando que una especie de automatismo o de fuerza —ya ligeramente dominada, ya mayoritariamente desbocada— irrumpa en él y tome las riendas.

Ese traspaso del límite admite cualidades muy diversas que de hecho ya pueden atisbarse en las observaciones de los dos párrafos previos. Los modos de cruzar el límite pueden determinar «tipos» particulares de llanto atendiendo a la suavidad o aspereza de este tránsito en que se define el acto de llorar: habrá llantos en los que el límite se pasa como quien abre una puerta y camina con serenidad al otro lado; habrá otros en que el traspaso del límite se dé más bien como una transgresión o ruptura, llena de obstáculos y barreras interiores; y, finalmente, otros se vivirán como un auténtico «rapto» en el que la persona es «arrastrada» sin remedio. En los primeros, la vivencia sería «suelta», de un «manar» sin coerción, en ancha corriente. En los otros dos tipos, en cambio, el paso del límite se caracteriza —desde las etapas de elevación y reconocimiento— por la tensión, la traba, el atasco, el nudo, mismos que darían lugar a que el acontecimiento corporal sea acaso catastrófico y en ocasiones lleno de espasmos y sacudidas.

Por tanto, desde la perspectiva del intracuerpo, es necesario que el foro interno de la persona sea vivido como claustro, pero cuyos muros y esquinas sean susceptibles ya de cruzarse, ya de franquearse: que se puedan suavemente abrir o bruscamente romper. Un claustro cuyas fronteras —valga la paradoja— tengan cierta porosidad y admitan el cruce. De ahí, pues, el hecho de que en el lenguaje común se diga de alguien tanto que «rompe en llanto», como que «se echa a llorar»: en efecto, hay un límite que se traspasa, de manera que las sensaciones como el «cargarse» o «llenarse» carecen de sentido sin una especie de contenedor que tenga, barreras, bordes, obstrucciones, límites.

Así como se anuncian arriba las notas corporales que pueden asociarse tanto a las fases de elevación como a las del reconocimiento del límite, aquí hay que decir que toda esa tensión que se eleva y que se aproxima a un punto de insoportabilidad, «se desata». En el cuerpo se experimenta una especie de «aflojarse» el interior, de «rendirse». Y por eso suele haber, también, un alivio posterior al acto. Este fenómeno específico ha de ocupar reflexiones posteriores ya que, si bien es propiamente vivido desde el cuerpo, nos invita también a pensarlo desde otras perspectivas distintas —por ejemplo, desde la perspectiva de las

cualidades y de la estructura y articulación interna de los sentimientos, afectos o emociones que motivan el llanto—.

Finalmente, otro dato de la vivencia corporal: el desbordamiento aquí aludido está ligado también —cuando las hay— a la profusión de las lágrimas. Ciertamente es posible que las lágrimas del hombre que hemos tomado como ejemplo no broten y que, sin embargo, él tenga la sensación entera de la descarga de la atmósfera interior. Pero, por lo general, el desbordamiento interior coincide con el desbordamiento de las lágrimas.

Hasta aquí resumimos, entonces, que la vivencia de la erupción interna tiene por lo menos tres etapas: la carga de la atmósfera interior, el reconocimiento de un límite y el desbordamiento o traspaso de dicho límite, su ruptura. Después de este primer acercamiento descriptivo podemos afirmar que el llanto se experimenta —se vive plenamente— como una elevación de la atmósfera interior que pasa un límite.

§

Al fijar la atención en un llanto específico —tomando como principal referencia aquél que brota de la tristeza sentida por una pérdida irreparable— ha sido posible distinguir que la vivencia empieza por una elevación de la base vital que va llenando la atmósfera interior de la persona y que ésta, al llorar, cruza un límite venciendo a esa fuerza creciente desencadenada por la noticia. Tenemos, así, un primer acercamiento a la estructura del llanto atendiendo a la descripción de su carácter eruptivo.

Hay que señalar, sin embargo, que aun considerando el proceso hasta aquí descrito como presumiblemente «propio» del acto de llorar —en el sentido de que, al parecer, todos los llantos poseen ese carácter de elevación, límite y traspaso—, no parece que sea «exclusivo» de él, ya que no cualquier elevarse de la atmósfera interior, llegar al límite y franquearlo sería ya llanto. En efecto, hay muchos otros acontecimientos de la vida afectiva que tienen como constitutivas las sensaciones y fases del proceso eruptivo pero que devienen en algo distinto. Por ejemplo, en un gesto de furia que se resuelve en golpe, se experimenta también la sensación de erupción: la elevación de la atmósfera interior —la ira creciente—, el reconocimiento del límite —tal vez incluso en la garganta, aunque más frecuentemente en la mandíbula— y la transgresión del borde: la descarga en un golpe o en un grito y la restitución del estado anterior y hasta la sensación de alivio posterior que también es común

en la mayoría de los llantos. En esta observación de Darwin sobre el gesto iracundo se puede advertir la similitud de la vivencia:

Volvamos ahora a los característicos síntomas de la ira o la rabia. Bajo esa poderosa emoción, el corazón se acelera considerablemente o puede resultar muy alterado. La cara enrojece o se vuelve de un color púrpura al no poder retornar la sangre, o a veces adquiere una palidez mortal. La respiración es trabajosa, el pecho jadea y las aletas de la nariz palpitan, todo el cuerpo tiembla a menudo, la voz cambia. Los dientes rechinan o se mantienen apretados, y el sistema muscular suele estar estimulado hasta un nivel violento, casi frenético. Sin embargo, los gestos de un hombre en este estado difieren normalmente de los esfuerzos inútiles y contorsiones de alguien sometido al sufrimiento de un dolor extremo, ya que representan más o menos nítidamente el acto de golpear o pelear con un enemigo.⁸⁶

Con ello basta para decir que el mero «momento eruptivo» no es suficiente para clarificar lo particular de nuestro fenómeno. Ciertamente esta observación emparenta el llanto junto con otros actos como el reír, sonrojarse, palidecer, sudar, vomitar —siempre que el vómito, el rubor, la palidez o el sudor respondan a un tono afectivo, a la manera en la que un ser humano se ve afectado en su curso vital por el contacto con una realidad con cierta fuerza de imposición— y otros tantos que también muestran el proceso hasta aquí descrito.

Tropezamos entonces con un ámbito de problemas sumamente complejo. En el caso de la ira, es notable que dicha emoción también puede devenir en llanto. Es común ver, por ejemplo, en un pleito entre niños, que alguno o ambos lloren de enojo —es sólo uno de los muchos acontecimientos en los que ello puede observarse—. La ira, pues, puede descargarse en golpe, en grito, en llanto, etc. En cualquiera de esos casos, la resolución física cumple una misma «función» —si se nos permite hablar en esos términos—: la descarga de la tensión interna.⁸⁷ Pasa igual con el resto de los sentimientos: alguien vomita por miedo o

⁸⁶ Charles Darwin, *La expresión de las emociones*, pp. 85 y 86.

⁸⁷ Así lo considera Schwarz en su estudio, cuando dice: “La misión del llanto, aflojar las tensiones internas, alejar la sobrepresión vital, debe considerarse como su función fisiológica fundamental, por mucho que esta función pueda modificarse en las diferentes especies de llanto” (Balduin Schwartz [sic], *Psicología del llanto*, p. 36). Y agrega en una nota al pie que “También Kant señala en su Antropología esta función básica, cuando

tristeza, pero por miedo y tristeza también se puede llorar. Otro se ruboriza de vergüenza; vergüenza que también puede provocar el llanto.

Pero notemos que en la ira creciente que deviene en golpe o en grito, la tensión se acumula sobre todo en los puños, en el cuello o la mandíbula; de ahí precisamente que el golpe o el grito aflojen la tensión. Y así, en otros muchos acontecimientos de la vida afectiva podemos advertir un proceso eruptivo en el cuerpo, pero encontramos que en el llanto se resuelve de manera distinta. Por ello la búsqueda ahora parecería inclinarse hacia la indagación de la estructura interna del acto de llorar; es decir, con qué se articula el proceso de la emergencia y resolución.

Al parecer la respuesta apuntará a nuevas perspectivas que no sean precisamente la del intracuerpo —y que trataremos detenidamente en el tercer capítulo de esta investigación—, pero sigamos por esta línea antes de adentrarnos en otros ámbitos a los que ya nos está invitando nuestro estudio.

§

Lágrimas. En el acto total de llorar la erupción aparece generalmente ligada —por lo menos en algunos tramos de su curso, pero a veces incluso en su totalidad— a las lágrimas. En ocasiones, de manera casi simultánea a la elevación con que inicia el «proceso eruptivo» que hemos descrito, las lágrimas acuden a los ojos y los anegan. En otros casos el proceso es más lento y, en ese sentido, es patente la riqueza de matices previos al surgir de las lágrimas; al empezar a sentirse ellas arriba, «ya antes» se ha ido fraguando la elevación —más despejada— e incluso el avistamiento del límite —aún sin secreción— pero concibiendo desde sí ese ya posterior y franco «irse llenando» de los ojos.

Las lágrimas tienen maneras muy distintas de aparecer, de presentarse en la vivencia. Nos referimos —como hemos sido enfáticos en esta perspectiva del intracuerpo— a las lágrimas que siente en la vivencia de su propio cuerpo la persona que llora: las lágrimas en el «yo lloro». En ocasiones, por ejemplo, se llenan los ojos y las lágrimas no salen de ahí, permanecen en un equilibrio precario en el que, quien llora, mantiene los ojos abiertos y no los quiere cerrar, ya que las lágrimas se vinculan al parpadeo, del cual depende su emergencia

dice: «El llanto, una serie de aspiraciones convulsivas con sollozos, es, cuando va unido a las lágrimas, un medio de mitigar el dolor... una precaución de la naturaleza en favor de la salud»”.

y su posible profusión. Pero lo común —sin ser del todo indispensable, como hemos reiterado— es que las lágrimas broten. Ellas pueden resbalar rápida o lentamente. Cuando quien llora se siente en cierta posesión del acto —una posesión siempre parcial puesto que todo llanto implica el abandono que hemos descrito en el desbordamiento—, puede decidir incluso gracias al parpadeo señalado la cantidad de lágrimas que deja salir. Por el contrario, hay llantos en cuyo vehemente aparecer las lágrimas corren sin coerción por las mejillas, por la boca, o por el cuello.

En las ocasiones en que la erupción es muy rápida se puede sentir la presencia de las lágrimas en los ojos de manera prácticamente simultánea a la noticia que la desata. En esos casos no es inusual una sensación muy particular a partir de la cual los ojos «pican» o incluso «arden».⁸⁸ La sensación de emergencia o elevación interior está, pues —y a diferencia de otros actos emocionales de carácter eruptivo—, generalmente preñada de lágrimas.

Hay que señalar, sin embargo, que la «erupción» es primera en tiempo y también en estatuto o jerarquía de importancia respecto de las lágrimas en el acontecimiento total del llanto. Hablamos de la doble primacía de la sensación interna de erupción sobre las lágrimas porque, por un lado, en el ámbito temporal, cuando los ojos están llenos ya se ha desatado «antes» la dinámica interior del llanto; y, por el otro, porque alguien puede —como ya hemos insistido— estar llorando, pero detener las lágrimas en los ojos —«atajarlo», por decirlo de alguna manera, o dejarlo en la periferia—. Y habrá quien, haciendo un esfuerzo por no parpadear, se contenga, «aguante» las lágrimas arriba. Con todo, afirmamos que el llanto pleno se da en la estructura de la erupción interior con las lágrimas —junto con otros elementos, como veremos—; y peregrinamente se puede hablar de llantos en los que no se derraman las lágrimas —ya sea por vergüenza, por ejemplo, o por una afección física en las glándulas o por cualquier otra causa—.

Respiración. La erupción aparece estructurada no solamente a las lágrimas, sino también a la modificación de la respiración. La respiración puede hacerse más detenida o impulsarse.

⁸⁸ Además de que puede constatarse en la experiencia, hemos encontrado alusiones a esa sensación tanto en el libro de Joubert —que habla de “chispas en los ojos”— (Laurent Joubert, *Tratado de la risa*, p. 80) como en una novela de Barrera Tyszka: “Siente también el ardor de unas lágrimas empezando a juntarse bajo sus párpados.” (Alberto Barrera Tyszka, *La enfermedad*, Anagrama, Barcelona, 2006, p. 165).

En los llantos lentos se puede experimentar un pequeño colapso en la respiración, como si el espacio que la contiene fuera insuficiente y entonces se tuviera que hacer más profunda. En los llantos de carácter más vehemente la respiración hace crisis y se desorganiza por completo. Esta liga con la respiración hace que justamente la erupción tenga un referente corporal más cuya localización física —por aludir de algún modo al *locus* de la sensación interna, aunque nunca sea un punto fijo— podría darse en algún lugar entre el estómago, los pulmones, la garganta y la boca, ya que, como hemos explicado antes, se puede decir que «crece», que «se eleva».

El primer llanto del hombre al nacer es cuando entrándole el aire en el pecho y limitándole, parece como que le dice: ¡tienes que respirarme para poder vivir!⁸⁹

En el llanto, la liga entre la erupción y la respiración, sin embargo, se da de una manera muy singular porque a su vez está enredada con la emergencia de las lágrimas descritas en párrafos arriba. No se trata de elementos inconexos, sino que forman una estructura, un auténtico acto unificado. Ese nudo en el que los diferentes momentos del proceso eruptivo están acompañados de lágrimas es el que posibilita también una serie de «fracturas» en el proceso «normal» de la respiración —un movimiento que consiste fundamentalmente en contracciones y relajaciones de la caja torácica y de los músculos mayormente implicados en ella—. ⁹⁰ Ese juego de contracciones y relajaciones que suelen ser rítmicas es el que se ve interrumpido, de muy diversas maneras en el llanto. Aunque no falten ejemplos —por tratarse, quizá, del aspecto más llamativo en la vivencia de nuestro fenómeno—, sirva una cita que explícitamente alude a ello:

Siente que, de pronto, su cuerpo empieza a respirar de otra forma, con otros sonidos y otros movimientos. Como si estuviera adentro otra criatura, desarmada, dando traspiés; como si estuviera pariendo un derrumbe. ⁹¹

⁸⁹ Miguel de Unamuno, *Del sentimiento trágico de la vida*, Sarpe, Madrid, 1984, p. 221.

⁹⁰ Ver Wilhelm Wundt, *Elementos de fisiología humana*, Librería de J. J. Menéndez, Madrid, 1882, p. 330.

⁹¹ Alberto Barrera Tyszka, *La enfermedad*, p. 12.

Esas modificaciones en la respiración se articulan, pues, en la unidad del acto, con el movimiento de erupción y descarga, tanto como con las lágrimas. Entre tales variaciones respiratorias están, por ejemplo, los suspiros —en los que se toma mucho aire de manera prolongada y luego se suelta— y los sollozos que son tan comunes en algunos llantos. En cualquiera de los casos, es muy claro el hecho de que la descomposición respiratoria altera también significativamente el conjunto de los elementos que integran el aparato fonador, al grado de impedir la palabra articulada.

En la respiración cabe un acto voluntario sumamente peculiar: la respiración que contiene el llanto y la respiración que lo expulsa. Por ejemplo, puede haber respiraciones que salgan como a empujones, empujando reciamente para sacar, para soltar amarras —esos son los resuellos—. El suspiro muchas veces está del lado de la contención, como un gesto de no querer embarcarse y liberarse del muelle que lo sostiene. Acaso por eso la palabra suspiro también tenga como significado el “espacio de tiempo brevísimo”,⁹² por pasar de un estado a otro sin apenas notarlo —sin quererlo, más bien—. La tercera opción, además de los empujones —resoplos, resuellos— y los suspiros, es la de sollozar. El sollozo es una respiración entrecortada. Cabe destacar que ese carácter de estar entrecortada la respiración —en el caso de los sollozos— coincide con el juego de tensión y resolución que se ha descrito como propio del «momento eruptivo», lo cual nos pone sobre la pista de un ámbito de gran interés sobre el que tendremos ocasión de detenernos en el capítulo tercero de nuestro estudio: la coincidencia entre los movimientos corporales de la respiración y de los músculos —su tensión y resolución— con la estructura vivencial de los afectos o emociones suscitantes: crece la tristeza, crece la tensión, crece el ritmo respiratorio, crece el ritmo cardíaco y, después de la desorganización corporal que todo ello trae consigo, al pasar el límite, se distiende la respiración, los músculos, las pulsaciones, la tristeza.

Palpitaciones. Además de la liga con las lágrimas y la respiración, en todo el proceso eruptivo del llanto se modifican las palpitaciones. Es evidente que, cuando la respiración se acelera, también las palpitaciones aumentan la velocidad. Pero son, sin embargo, dos

⁹² Diccionario de la lengua española, Real Academia Española, “Suspiro”, en *Diccionario de la lengua española* (23.^a ed.), 2014, <https://dle.rae.es/suspiro> Consultado 12/III/2024.

acontecimientos diferentes en la vivencia; mientras que el percutir del corazón permite sobre todo advertir la sensación de tensión, como en los instrumentos musicales —pensemos en el tambor y las cuerdas—, la modificación de la respiración permite notar la sensación de la atmósfera creciente, como en las lluvias. No deja de asombrar, sin embargo, la similitud y cercanía entre los movimientos básicos de la respiración y de las palpitaciones: el corazón padece también, en su funcionamiento normal, contracciones y distenciones rítmicas —los movimientos conocidos como sístole y diástole—, ritmo que, al igual que con la respiración, se ve como roto o interrumpido al llorar. Tanto respiración como palpitaciones están, pues, compuestos de «contracciones», «relajaciones» y «ritmo»; y ambos movimientos vitales, al irrumpir el llanto, colapsan en mayor o menor medida.

Rostro. Esa densidad creciente deviene en el rostro de una manera muy singular. La boca por lo general está abierta y tensa. La metáfora de la cuerda nos da también la correspondencia física de los músculos tensos de diferentes partes del cuerpo y particularmente de la cara. Los músculos, como hemos insistido a partir de la recuperación de Ortega, no son los que «vemos» en el rostro de quien llora, los que se pueden medir como lo hacían los fisonomistas: el entrecejo levantado, las cejas unidas en la parte superior, el rictus de la boca, etcétera. Esas imágenes pueden llegar si nos figuramos nuestro propio rostro en el momento del llanto, o si nos vemos en el espejo, pero los músculos que aparecen en el registro de la vivencia —en el «yo lloro»— son los del esfuerzo, la resistencia y, en fin, la tensión. En el momento previo al derramar de las lágrimas, justo en el límite de la descarga, están tensos; sobre todo la boca y las cejas, que permanecen rígidas, contraídas, y que desde afuera dan la impresión de que la cara se encoge, se contrae y que va hacia el centro:

Los diversos músculos del rostro que han sido fuertemente contraídos, estiran un poco más las facciones, y el labio superior es ligeramente levantado, mientras que las comisuras bajan algo más.⁹³

En cualquier caso, hay en el rostro una congestión que no sólo consiste en la presencia de las lágrimas en los ojos. El rostro funge para el que vive el llanto como una especie de realización

⁹³ Charles Darwin, *La expresión de las emociones...* Tomo III. pp. 12 y 13.

o presencia total de la experiencia que tiene. No es casual que muchos llantos vayan acompañados de un ademán que consiste en llevarse las manos a la cara y cubrirla. En otros casos se lleva una sola mano a la boca, que también es un lugar privilegiado. En cuestiones materiales, hay en la cara babas y mocos. Todo ese subir de la densidad interior llega al rostro que padece una serie de convulsiones y se congestiona. Debido a las palpitaciones se enrojece —aunque yo no pueda ver mi cara roja, se siente en la temperatura, en el calor—. Las modificaciones de la respiración hacen que por igual se modifiquen boca y nariz. En ellas se hace más evidente; se logra, de hecho, el sollozo, suspiro o resuello, y hacen del rostro uno de los lugares privilegiados del llanto.

Queda de este modo completada una primera delimitación descriptiva del llanto. Si bien en esta primera aproximación hemos trazado un posible contorno en donde se juega, con propiedad, nuestro fenómeno, faltan todavía amplios tramos por dilucidar, mismos que exploraremos en el capítulo siguiente.

CAPÍTULO TERCERO

ESENCIA Y FORMAS DEL LLANTO

Hemos desarrollado un primer mapa de la estructura interna del acto de llorar. Atendimos descriptivamente la vivencia de un llanto afectivo y subrayamos los elementos que a partir de la mirada inicial nos parecieron requisitos básicos del proceso.

Pero es preciso recordar que una de las inquietudes centrales que late en el fondo de esta investigación —como ha quedado claro desde las primeras líneas— es la de saber qué es el llanto en tanto que fenómeno unitario. Por eso ahora, al haber terminado una primera consideración descriptiva, queda aún abierta la pregunta de si en ese ámbito que hemos trazado provisionalmente a partir del llanto de pena —el llanto de un hombre que recibe la noticia en cierto modo esperada de la muerte de un ser querido— se ven representados todos los tipos de llanto que hay. ¿Puede agruparse en ese mismo dominio toda la diversidad de formas que presenta nuestro fenómeno? Y, paralelamente, ¿es dicho ámbito exclusivo de la acción que llamamos llorar? De manera más precisa podemos enunciar la pregunta que surge ahora como hilo natural de nuestra indagación: ¿es lo constitutivo esencial del llanto —de cualquier llanto— el ser un acontecimiento eruptivo que se experimenta como una elevación y desbordamiento interiores estructurados con sensaciones corporales tales como la desorganización en la respiración, la frecuente presencia de lágrimas en los ojos y un juego de presión y resolución del cuerpo que, junto con la tensión creciente del rostro, lleva a que el aparato de la fonación quede como impedido para la palabra articulada?

Para poder responder a esa pregunta parecería que lo indicado sería evocar ahora diferentes tipos de llanto y reconocer si la vivencia de cada uno de ellos mantiene una estructura común —si comparte una misma «forma genérica»— con el que hemos descrito en el apartado anterior.

Notemos sin embargo que, al ser la pregunta por la esencia del llanto el eje sobre el cual va girando la investigación entera —y, por lo mismo, constituyendo su propósito central—, la descripción realizada en el capítulo anterior abre nuevos ámbitos que, en aras de atender correctamente a nuestra pregunta, ahora exigen ser considerados. De modo que nuestra indagación no sería suficiente si solamente se focalizara, en este momento, en corroborar si todo el abanico de llantos posibles cabe en el dominio que hasta ahora hemos

delimitado —y que no es más que una parcela a la cual hemos tenido acceso desde el punto de vista de la recuperación de la vivencia del cuerpo propio en el momento de llorar—, sino que dicho intento está al servicio de una motivación más amplia: la de registrar en detalle preciso —en el mayor detalle posible— la complejidad y amplitud del fenómeno que nos ocupa, con miras a enunciar, finalmente, cuál es su esencia. En ese sentido, no sólo buscamos ahora organizar —a la manera de una catalogación— ciertas notas o características que tentativamente se presenten en todo llanto y explicitar el modo en que se articulan entre sí a diferencia de cualquier fenómeno que pueda estar emparentado con él, sino que en paralelo —y más radicalmente— habremos de recoger dicha esencia para explorarla en su plena amplitud de sentido.

Al recabar algunas notas que se nos han presentado como indispensables y al esclarecer el modo en que se estructuran entre sí, avanzamos en el intento por precisar la esencia del llanto y, con ello, nos aproximamos al cumplimiento de nuestra aspiración principal. Pero conviene hacer notar que la pregunta medular no está despegada de otras inquietudes más amplias; no está volando en solitario, sino que está adherida al —y de hecho surge del— intento general por comprender más a fondo la realidad humana, el tipo de seres que somos, portadores de un gesto tan biológicamente peculiar. Y por otro lado, también corresponde subrayar que hasta ahora sólo hemos adoptado un enfoque —el que de entrada resultaba más fiel a la donación originaria del fenómeno— que nos ha permitido acceder al llanto desde una sola de sus caras; en efecto, las notas, rasgos y matices con que contamos del fenómeno sólo nos han sido presentes al ponernos en situación de un hombre que llora y registrar la afectación que sufre «su cuerpo» en tanto que vivido en tal disposición, pero ¿es el cuerpo vivido el único lugar, la única dimensión o esfera en que se manifiesta el acto entero de llorar?

En este capítulo de nuestra investigación asistimos, pues, no sólo al reto de fijar la posible frontera en la que se congreguen todos los llantos —y que hasta ahora hemos definido desde su «momento eruptivo», anudado con la respiración descompuesta, las lágrimas y la tensión y resolución corporal—, sino que también asumimos la tarea de averiguar los aspectos que aún no hemos tomado en cuenta para someterlos de igual modo a inspección minuciosa. Porque si bien a partir de la primera consideración descriptiva hemos logrado la ordenación de aquellos datos fenoménicos básicos, es claro que aún quedan amplios rasgos

por dilucidar; que las notas que han brotado de esa primera vuelta descriptiva son todavía insuficientes como para dar por cerrado un solo contorno que nos permita validar como definitivos los linderos dentro de los cuales acontece nuestro fenómeno. De manera que al hilo del afán descriptivo y comparativo que pretende circunscribir el territorio propio y exclusivo del llanto, nos concierne también el intento por recabar los datos que no hemos considerado aun y, más todavía, la búsqueda de la situación —la perspectiva— que nos coloque frente a esas otras caras del fenómeno hasta ahora desatendidas, así como la actitud o enfoque que debemos adoptar para mirarlas.

Ahora bien, tanto el trazo del perímetro propio y exclusivo del llanto, como el escudriñamiento de los aspectos restantes, aun siendo tareas muy próximas, podrían perfilar los pasos siguientes de nuestra investigación por dos vías diferentes si las tomáramos en cuenta por separado: lo primero nos llevaría a una clasificación con fines de cotejo; lo segundo a abrir el hilo de nuestras descripciones. Por ello cabe detenernos aquí para hacer una aclaración metodológica que precise no sólo la importancia de cada una de esas vías individualmente —y explicitar un poco más los dos núcleos o focos a que apuntan—, sino también el modo en que podrían entrelazarse. Nuestra pretensión es que las nuevas aproximaciones descriptivas que hagamos del fenómeno arrojen luz sobre ambas faenas, es decir, que no sólo nos ayuden a corroborar si las notas de la elevación, el reconocimiento del límite y el desbordamiento son esenciales al llanto al cotejar diferentes tipos y formas de llorar con el de tristeza que tomamos como modelo en el capítulo anterior, sino que al mismo tiempo nos coloque en otra zona del fenómeno que nos permita focalizar la mirada en aspectos que no hemos estimado todavía. Aclaremos esta idea al numerar las dos preguntas que anudaremos a lo largo del capítulo y que servirán de norte en su realización:

I. La primera pregunta que enunciarnos en este apartado tiene que ver, por un lado, con la búsqueda de las notas «propias» del acto de llorar y, por el otro, con el de las «exclusivas». Al preguntarnos si cualquier llanto cabe en el perímetro que definimos después de recuperar descriptivamente la vivencia del que surge por la pérdida de un ser querido, lo que hacemos es señalar la importancia de encontrar los atributos presentes en «todos» los tipos de llanto. Esas «notas propias» pueden entenderse también como los «requisitos» o las «características indispensables» del acto, so pena de no ser considerado propiamente llanto al prescindir de alguna de ellas. Y también, en paralelo, se busca que por lo menos en su

modo de estructurarse, esa articulación específica de notas esté presente «sólo» en los llantos, que sea «exclusiva» de ellos. El foco, pues, de lo que hemos expresado aquí como una primera inquietud, está puesto en la conquista de los atributos esenciales del llanto, en el plinto que está en la base de «todos» los llantos y «sólo» en ellos. Pues bien, esa es la dirección que tomaremos en este capítulo, pero lo haremos considerando algunos de los problemas que se focalizan o concentran en la segunda inquietud.

2. La segunda inquietud apunta no sólo a la indagación de las características propias y exclusivas del llanto, sino también al reconocimiento de la «amplitud» o «extensión» del fenómeno, así como a la profundidad y sentido de sus notas. Cuando nos referimos a la «amplitud» queremos decir que no puede presumirse acabado un estudio que pretende observar el llanto desde uno solo de sus flancos. Nosotros hasta ahora hemos resaltado ciertas notas que nos fueron accesibles al mirarlo desde el intracuerpo. Queremos corroborar —como lo hemos dicho en el párrafo anterior— si esas notas son esenciales, pero también tenemos que preguntarnos si con los datos arrojados por esa mirada dirigida al cuerpo vivido desde adentro en el llanto de tristeza está ya concluido el pleno contenido de nuestro fenómeno, como para someterlo a cotejo. Nos parece que no. Que de hecho en el interior de la estructura que hemos diseñado se perfilan problemas que señalan a otras facetas y que no pueden entenderse atendiendo solamente a ese sector que hemos mirado. Los elementos y etapas del acto de llorar que hemos desarrollado hasta ahora —la elevación, el límite, el desbordamiento de la atmósfera íntima y su estructura con la respiración descompuesta o colapsada, la celeridad en las palpitaciones, las lágrimas, la tensión muscular y su resolución— no son aspectos cerrados en sí mismos, sino que más allá del ámbito del cuerpo vivido que hasta ahora hemos considerado como umbral de acceso para nuestro estudio, nos remiten a otro campo fenoménico que exige un punto de vista diferente. Nos referimos, por lo menos, a la consideración de las esferas afectiva, intelectual y volitiva de los seres humanos. Estas esferas entran plenamente en juego en el llanto; cuando un hombre llora no es sólo la sensación interna de su cuerpo la que se eleva y se derrama. Notemos, por ejemplo, que en el llanto que describimos en el capítulo anterior apenas y tomamos en cuenta la tristeza misma. La mencionamos, es cierto, como el motivo que detonó el llanto, pero tan pronto dijimos que el hombre recibía la noticia de la muerte de un ser querido, nos volcamos por completo a la sensación interna del cuerpo —a la elevación de lo que hemos llamado la

«atmósfera interior»— y dimos la espalda al modo preciso en que el hombre asume una «toma de posición» frente a tal acontecimiento.⁹⁴ Esa «toma de posición» —como veremos más adelante— en modo alguno puede reducirse sólo a las sensaciones propias del «momento eruptivo» en el intracuerpo, aunque las incluya. Dicho de manera más clara: la tristeza ante la muerte del ser querido implica —y, tal vez, en cierto modo o en alguna medida «sea»— la elevación y el traspaso de un límite interior, pero esa tristeza no es «sólo» esa elevación y ese colmo o derrame. Las sensaciones internas pueden leerse también, por ejemplo, como el momento de «respuesta» de un acto más amplio, un acto en el que las cualidades propias del objeto intencional —la muerte de la persona querida, en este caso— mueven a alguien a una quiebra de su continuidad vital y, en definitiva, a llorar.

Por otro lado —y todavía en el marco de la segunda inquietud que hemos expresado— tenemos que reconocer que en la primera vuelta descriptiva nos salieron al paso algunos aspectos que penetran en el ámbito de arduos problemas filosóficos y que nos invitan —y nos vemos tentados— a suspender el hilo de la descripción para emprender su análisis. La actitud fenomenológica que hemos asumido no se satisface con sólo describir los acontecimientos tal cual aparecen en el mundo de la vida, sino que también le es propio el prolongar dicho esfuerzo descriptivo a la luz de los problemas que hayan brotado de la mirada inicial. Los aspectos que han llamado nuestra atención ponen de manifiesto, entre otras cosas, que la pregunta esencial que nos atañe —expresada aquí como primera inquietud— no puede responderse solamente desde la consignación de las notas que han sido admitidas hasta ahora como posibles requisitos de nuestro fenómeno —en caso, claro, de erigirlos como tales al cotejarlos con llantos de diversa índole—, sino que esas mismas notas condensan núcleos problemáticos de extraordinaria relevancia. De manera que, aunado a nuestro esfuerzo descriptivo inicial que pretendía perfilar un primer territorio de la estructura de las notas que componen el llanto tal y como se nos revela en la vivencia, nos vemos ahora atraídos a ampliar dicho afán descriptivo a la luz de tales polémicas pertinentes. Aclaremos un poco más de qué se trata.

Por ejemplo, si penetramos más en el tipo de erupción que se presenta en el llanto y no sólo resaltamos, como lo hemos hecho hasta ahora, las fases de su carácter eruptivo,

⁹⁴ Sobre la categoría de «toma de posición», ver Dietrich von Hildebrand, *La idea de la acción moral*, pp. 23-100.

sino que nos preguntamos con mayor precisión qué es justamente lo que emerge, qué es lo que hace erupción, qué es aquello que se eleva, crece y puede llegar a un límite de insostenible en el hombre que llora, veremos que nos encontramos ante un sector sumamente complejo de la realidad humana y que la respuesta a tal pregunta nos exige —de igual manera— desplazar el foco de nuestro análisis a otro ámbito que aclare, aunque sea en cierta medida, la índole de tal elevación. Y del mismo modo cabría detenernos en el momento que hasta ahora hemos denominado «límite». Más aún, no solamente nos parece oportuno preguntarnos por la «elevación» propia del llanto y el carácter de eso que se eleva, sino por el tipo de «recinto» o de «foro interno» que es susceptible de vivirse como lleno, henchido, próximo a excederse y, de hecho, urgido a desbordarse, a derramarse. ¿En qué consisten ese peculiar «interior» que se vive como colmado —que puede dilatarse y menguar— y ese «límite» —ya estando el foro interno harto y estragado— que se reconoce en el llanto? Pues bien, a ese tipo de preguntas nos referimos cuando apuntamos la intención de no sólo buscar las notas esenciales del llanto, sino también pensar en la profundidad y sentido de estas.

Queda ahora clara la razón por la que nos demoramos en esta precisión metodológica. Trataremos a continuación de anudar las dos inquietudes generales que hemos expresado en estas líneas. Presentaremos entonces una tipificación del llanto, pero diciendo con claridad que dicha tipificación no consiste en un mero tener a la vista —a la manera de un mapa clasificatorio— la riqueza de formas que presenta nuestro fenómeno sino que, por un lado, está al servicio de la búsqueda de las características propias y exclusivas del acto de llorar y, por el otro, funge como oportunidad para ensayar nuevas consideraciones descriptivas cuyo foco esté puesto en los problemas expresados en la segunda inquietud, es decir, en la apertura de los ámbitos —por lo menos afectivo, intelectual y volitivo— hasta ahora desatendidos.

EL PROCESO DE TIPIFICACIÓN

En la problematización realizada en el capítulo primero de esta investigación deslizamos una crítica a los abordajes que se centraban en hacer una «clasificación» de los diferentes tipos de llanto. Esa crítica inicial iba dirigida en principio a ciertos estudios que, aun presentándose como «filosofías» del llanto, no atendían de manera directa la pregunta por su esencia, sino

que, desplazando el foco de su esfuerzo a los motivos que lo provocan, pretendían dar por resuelta su problematicidad y complejidad con tan sólo catalogarlo. Nosotros tomamos esa tarea sólo como segunda y acaso complementaria. Subrayamos que no es lo mismo presentar una clasificación del llanto al haberlo definido a partir de los motivos que lo desencadenan —como reprochamos en el caso de la interesante *Filosofía de la risa y del llanto* de Alfred Stern⁹⁵—, que desplegar las distintas formas en que se logra, después de haber tomado en cuenta el modo vivencial en que aparecen los diferentes elementos que constituyen un acto específico de llorar —en nuestro caso, el de la tristeza de un hombre por la muerte de un ser querido—. Este esfuerzo segundo es el que emprenderemos en este apartado. Está en el ámbito de lo que en la fenomenología realista suele reconocerse como el proceso de «tipificación».

La palabra tipificar puede prestarse a equívocos por su cercanía con el ejercicio de «delimitación», también característico de la actitud fenomenológica que hemos asumido para aproximarnos al llanto. Incluso hemos encontrado que algunos autores hablan indistintamente de una u otra acción cuando intentan trazar la frontera en la que se juega el fenómeno que estudian. Pero, no obstante su semejanza, para nosotros se trata de dos actividades analíticas diferentes y creemos pertinente —antes de emprender nuestra tipificación— dilucidar brevemente tal distinción.⁹⁶

La delimitación consiste en situar con cierta precisión un fenómeno dentro de alguna alineación más amplia de vivencias parecidas o próximas a él, con el fin de señalar su especificidad distintiva. Dicha acción se puede presentar en diferentes momentos de una investigación de carácter fenomenológico ya que constituye un movimiento fundamental para la reducción eidética.⁹⁷ En el presente estudio ya realizamos un primer gesto de delimitación cuando, después de recabar las notas del curso eruptivo, nos parecía que la

⁹⁵ Ver *supra*, pp. 31-34.

⁹⁶ Ejercicios modélicos de «tipificación» pueden encontrarse —dentro de la fenomenología contemporánea— en la obra de Agustín Serrano de Haro. Por referir un artículo que nos parece en ese sentido ejemplar (y más aún por la cercanía con nuestro abordaje), véase: Agustín Serrano de Haro “Elementos para una ordenación fenomenológica de las experiencias aflictivas”, *Anuario Filosófico de la Universidad de Navarra*, Universidad de Navarra, Pamplona, vol. 45, Nº 1, marzo de 2015, pp. 121-144. A ese trabajo puede sumarse el excepcional libro ya citado del mismo autor: Agustín Serrano de Haro, *La precisión del cuerpo...*, pp. 15-22. Encontramos, por otro lado, que los ejercicios de «delimitación» que desarrolla Aurel Kolnai en su fenomenología del asco muestran el beneficio que tal gesto metodológico tiene para la precisión de un fenómeno estudiado con el rigor y el detenimiento propios de la fenomenología: Aurel Kolnai, *Asco, soberbia, odio*, pp. 34-40.

⁹⁷ Ver *supra*, p. 54, nota 71.

elevación de la atmósfera interior, el reconocimiento del límite y el desbordamiento estaban de igual manera presentes en otros acontecimientos y no solamente en el llanto.⁹⁸ Fue entonces cuando nos preguntamos precisamente por la diferencia específica entre el modo eruptivo propio del llanto y el modo eruptivo de actos similares —particularmente el puñetazo de rabia o el grito iracundo—. Ese proceso de delimitación fue el que nos permitió en aquel momento postular que las distintas etapas de la erupción estaban estructuradas a otros datos corporales tales como las lágrimas o el colapso respiratorio expresado en suspiros, sollozos o resuellos.

En cambio, por «tipificar» nos referimos al despliegue —dentro de la misma especie— de los diferentes tipos o géneros de llanto —de las formas primordiales, marginales o atípicas en que se da—. Desde la problematización de nuestro estudio hemos subrayado la complejidad del llanto en términos no sólo de su multiformidad —la gama que va de los llantos más silenciosos y discretos a los llantos más dramáticos y convulsivos— sino también de su multicausalidad —el hecho de que tengamos «un» modo de expresión que puede manifestarse en acontecimientos tan diferentes como la felicidad, el enojo, la contemplación o el dolor—. Pues bien, la tipificación trata de poner de manifiesto la variedad de formas que presenta el acto de llorar y, en ese sentido, prepara el terreno para uno de los esfuerzos que aquí nos concierne: el de indagar en lo que, no obstante dicha variedad, tengan en común.

Notemos que tanto la delimitación como la tipificación forman parte de un mismo afán —que colaboran ambas en la búsqueda de la esencia de un fenómeno—, pero que obedecen a dos modos de observación distintos. El afán compartido es conquistar los linderos del territorio en donde se juega el llanto. La distinción radica en el enfoque que se asume para tal faena. En la delimitación se intenta buscar lo «exclusivo» del llanto al compararlo con sus cercanos —como podrían ser la risa, la sonrisa, el golpe de furia sobre la mesa, el grito de emoción o de dolor, el ruborizarse de vergüenza, o incluso ciertos fenómenos que aun teniendo una función biológica definida aparecen también ligados en momentos especiales a la vida emocional de la persona como pueden ser el vómito, la sudoración, la micción o cualquier otro tipo de evacuación que surge por la intensidad de ciertas vivencias afectivas—. En la tipificación, en cambio, el foco está puesto en lo «propio» del llanto, en la comunidad presente entre los diversos tipos de llanto —o incluso en las formas de llorar o en

⁹⁸ Ver *supra*, pp. 67-74.

los grados de intensidad— por distintos que parezcan entre sí: ¿qué tienen en común llantos tan aparentemente dispares como el de dolor, el de alegría, el de tristeza, el de felicidad, el de conmoción, el de arrepentimiento, o el de placer? O, atendiendo a las intensidades, ¿qué es lo que hace que a experiencias tan distintas como el «llorar por dentro» —que ya hemos abordado en algún pasaje— o un llanto intenso formen parte de una misma especie de fenómeno? Así, mientras ambos procesos metodológicos pretenden circunscribir la parcela del llanto, uno traza el perímetro «desde afuera» —al atender a sus cercanos— y otro «desde adentro» —al contemplar su multiplicidad—.

Emprendemos aquí entonces una tipificación. La haremos, como ha quedado claro en estas notas metodológicas, con un doble interés —valga la insistencia—: en primer lugar nos importa desplegar un abanico en el que no sólo se registren, sino que se organicen los diferentes tipos de llanto; pero a ese propósito se suma nuestro afán por examinar, dentro del mapa que despleguemos, llantos que sean propios de otros estratos, para que su ulterior descripción nos permita cotejar su estructura con la ya referida del llanto de tristeza de un adulto. Como es evidente, no podemos desarrollar un catálogo exhaustivo con todas las clases y formas de llantos, sino que habremos de limitarnos a los tipos principales —acaso los que en su seno sean ejemplares de modos o formas menos comunes—. Aclaremos entonces que la presente tipificación será insatisfactoria en tanto que «inventario» de llantos, pero suficiente para los fines de esta investigación.

ELECCIÓN DEL CRITERIO PARA LA TIPIFICACIÓN

Desde las primeras páginas del capítulo anterior dijimos que tomaríamos como ejemplo prototípico de la primera vuelta descriptiva algún llanto afectivo y que dejaríamos para una consideración posterior los llantos que no fueran producidos por emociones o sentimientos. Tomamos como eje dentro de los llantos afectivos de esa primera descripción el llanto de tristeza de un hombre adulto por la pérdida de un ser querido.⁹⁹ La elección de un solo llanto en aquel punto de la investigación obedecía a la exigencia con que precisamos el modo en que acometeríamos el estudio; si la problematización consistió, entre otras cosas, en mostrar el error —o cuando menos la insuficiencia— que supone tomar como punto de partida para

⁹⁹ Ver *supra*, p. 57.

el estudio del llanto su realidad como fenómeno de expresión, resulta claro que entonces no podíamos trabajar en abstracto con «los» llantos, sino que teníamos que enfocarnos concretamente en «uno» que lo fuera de forma innegable —siendo éste un ejemplar percibido, recordado o imaginado, según recomienda José Gaos como primer gran regla del método fenomenológico¹⁰⁰—.

Pero notemos ahora que la selección del llanto de tristeza implicaba también, en la manera en que lo anunciamos, una distinción que ya diseñaba un primer tanteo intuitivo de clasificación según el cual estarían, por un lado, los llantos como respuesta a situaciones corporales y, por el otro, los llantos que se vinculan con los sentimientos.

Resulta claro que la tarea de ordenación clasificatoria de un fenómeno no se ajusta a un único cuadro estricto e inamovible de formas, niveles, grados, tipos y subtipos, sino que puede obedecer a una gran multiplicidad de criterios que, incluso, pueden llevar a una colección tan descabellada como la referida por Borges —en su lúcida reflexión sobre el idioma analítico de John Wilkins— respecto de los animales en su *Otras inquisiciones*.¹⁰¹ Sería inexacto pensar que para cada fenómeno hay una sola tipificación. Y eso hace que precisamente una de las tareas iniciales que encontramos en este punto sobre la mesa de trabajo sea la selección del criterio que ordene la manifiesta diversidad de llantos y que convenientemente esté al servicio de las preguntas de nuestro estudio.

Además de los tipos de llanto que intuitivamente deslizamos en el capítulo anterior y que toman como criterio de distinción no sólo los motivos —corporales o anímicos— que lo desencadenan, sino la participación de las diferentes esferas que constituyen la realidad humana en el acto total del llorar —un ser psicofísico en este caso, susceptible de vivencias intencionales cuyo momento prioritario sea corporal, a diferencia de otras en las que la persona «habite» principalmente en la esfera afectiva—, se nos ofrecen por lo menos dos modos más de clasificación: uno sería el que toma como criterio la intensidad con que se

¹⁰⁰ José Gaos, *Del hombre*, p. 26.

¹⁰¹ “Esas ambigüedades, redundancias y deficiencias recuerdan las que el doctor Franz Kuhn atribuye a cierta enciclopedia china que se titula *Emporio celestial de conocimientos benévolos*. En sus remotas páginas está escrito que los animales se dividen en (a) pertenecientes al Emperador, (b) embalsamados, (c) amaestrados, (d) lechones, (e) sirenas, (f) fabulosos, (g) perros sueltos, (h) incluidos en esta clasificación, (i) que se agitan como locos, (j) innumerables, (k) dibujados con un pincel finísimo de pelo de camello, (l) etcétera, (m) que acaban de romper el jarrón, (n) que de lejos parecen moscas.”. Jorge Luis Borges, *Otras inquisiciones*, Emecé, Buenos Aires, 1986, p. 134.

viven los llantos y otro el que pauta los llantos de acuerdo a los procesos de valoración que los motivan o provocan.

En el primero de ellos apuraríamos un mapa general como el siguiente: en un extremo de la tipificación estarían los llantos más serenos —aquellos que se experimentan con más quietud, dominio o lentitud— y en el otro los llantos más vehementes —los vividos de manera impetuosa, arrebatada o incluso violenta—. Y tendríamos que trazar una escala intermedia fijada, por ejemplo, con arreglo a la fuerza con que se experimentan los diferentes elementos que entran en juego en el llanto —la desorganización mayor o menor en el ritmo respiratorio, la fuerza de la tensión muscular y la rapidez de su resolución, la profusión de lágrimas, etcétera—.

El segundo modo de tipificación alternativo al que deslizamos intuitivamente en el capítulo anterior es el que encontramos en el libro ya citado de Alfred Stern, influido a su vez —clara y explícitamente— por el estudio de *La risa* de Henri Bergson, al que añade una teoría axiológica que, por interesante que resulte, lo distancia de nuestro abordaje. No obstante, la ordenación de llantos que logra Stern podría resultar de utilidad en los términos que aquí hemos apuntado. Agruparíamos la diversidad de llantos en cuatro tipos fundamentales: los que surgen como respuesta a valores perdidos —como los de duelo, tristeza, aflicción o nostalgia—, a valores que son amenazados —llantos de miedo, celos, angustia o inquietud—, a valores irrealizados —que brotarían, por ejemplo, de la frustración, el fracaso, o acontecimientos similares—, o a valores irrealizables —como el que surge por la desesperación o la impotencia—. ¹⁰²

Sin menoscabo de la utilidad que en momentos posteriores de la investigación nos puedan dar las tipificaciones que atienden a los procesos de valoración y a la intensidad de los llantos, encontramos por lo pronto de mayor beneficio seguir la forma intuitiva que utilizamos en nuestra primera vuelta descriptiva. Sólo más adelante se podrá advertir dicho beneficio en su totalidad, pero nuestra decisión obedece principalmente a las inquietudes que desde el principio de este capítulo hemos agrupado como tendentes a reconocer la amplitud, la profundidad y el sentido de las notas que constituyen el llanto, es decir, las que apuntan a una lectura más completa del fenómeno y que nos puedan regalar, al final del análisis, una mayor comprensión de lo que somos como humanos. Esta decisión se ve reforzada, además,

¹⁰² Alfred Stern, *Filosofía de la risa y el llanto*, p. 65.

al hallar propuestas de ordenación similares en los dos estudios que nos han sido más afines y con los que hemos estado ya dialogando a lo largo de esta investigación.

En el libro de *La risa y el llanto* como expresiones límites del comportamiento humano, Plessner dedica un apartado entero dentro del capítulo *Motivos del llanto* a congregar los principales esfuerzos clasificatorios que se han realizado y se pronuncia por ofrecer “como natural hilo conductor” la sucesión de estratos cuerpo, alma y espíritu:

Entre el motivo puramente corporal y el motivo puramente espiritual se desarrolla el dominio de los motivos anímicos que nacen de la vida interior de la persona, de sus logros, sentimientos y afectos.¹⁰³

En primera instancia podría parecer que esa clasificación —paralela también, aunque no idéntica, a la «escala gradual» de llantos que encontramos en Balduin Schwarz¹⁰⁴— implicaría el reconocimiento de la realidad humana como escindida en tres partes y, con ello, una vuelta a un tipo de pensamiento que caracterizaba al ser humano —dicho de manera muy general— como una realidad dual.¹⁰⁵ Pero lejos de tratarse de una tripartición del ser humano, este esquema sólo reconoce que en cada tipo de llanto participan de diferente manera los estratos que nos constituyen y que en todo momento de la vida humana conforman una unidad. De modo que en la clasificación que propone Plessner no nos encontramos frente a una teoría del llanto fundada sobre una intelección de herencia dualista, pero sí ante el

¹⁰³ Helmuth Plessner, *La risa y el llanto...*, p. 135.

¹⁰⁴ Schwarz presenta una escala —gradada en función de los llantos que a su juicio son inferiores, hacia los más elevados— que va desde “el llanto afectivo como primer tipo capital”, pasando por “el llanto de las peripecias y de la alegría como segundo tipo capital”, hasta llegar a “el llanto de las puras respuestas a valores, como tercer tipo capital”. Ver Balduin Schwartz [sic], *La psicología del llanto*, pp. 38-58.

¹⁰⁵ No corresponde en este lugar hacer un comentario detallado sobre la filosofía de Plessner, pero baste con decir que sus primeros trabajos —junto con los de Max Scheler y los de Arnold Gehlen— fundan la antropología filosófica contemporánea, uno de cuyos principios básicos es el reconocimiento de la realidad humana como unitaria. Él mismo, en el prólogo a la segunda edición de *La risa y el llanto* advierte: “Quien conozca mi *Die Stufen des Organischen und der Mensch* —desconocido desde 1933— estará conforme conmigo; en él ajusté cuentas con el cartesianismo.” Helmuth Plessner, *La risa y el llanto...*, p. 27. Es llamativo que el libro fundamental de Plessner —a diferencia de *El puesto del hombre en el cosmos*, de Max Scheler, publicado en el mismo año de 1928 y traducido al castellano por José Gaos en 1929— apenas se tradujera a nuestra lengua en 2022 (Helmuth Plessner, *Los grados de lo orgánico y el hombre...*). En la fecha que él mismo alude —1933— Plessner fue destituido de su cátedra y de su cargo en la Universidad de Colonia por su ascendencia judía. En sus años de exilio perdió, pues, todo vínculo con la academia; pero lo que resulta incomprensible es que, a prácticamente un siglo de su publicación, su notable libro sea apenas conocido. Para nosotros, en los pasos siguientes de esta investigación, será importante retomar el carácter unitario de la realidad humana, aunque lo haremos principalmente de la mano del filósofo español Xavier Zubiri.

reconocimiento de que en el ser humano —en tanto que realidad corporal, inteligente, sensible y libre¹⁰⁶—, al llorar, participan sus notas de las más diversas formas, ya diluyendo sus contornos, ya colidiendo unas esferas con las otras.

PRIMERA CARACTERIZACIÓN DE LOS TIPOS DE LLANTO

Advirtamos por ejemplo la notable diferencia que existe —en términos de experiencia vivida— entre estos tres tipos de llanto: el que sobreviene en un niño por el dolor que le produce un golpe; el llanto de alegría por un acontecimiento puntual que embarga de dicha al hombre adulto que así la expresa; y el llanto que se vive por la emoción sentida al presenciar cierta obra de arte que sobrecoge al espectador. No parece difícil aceptar que estamos ante tres tipos de llantos que se estructuran de maneras diferentes según estén ligados a tal o cual parcela de la vida y de la realidad humanas. Mirémoslos más de cerca atendiendo a los tres grandes grupos pergeñados arriba.

El primer llanto, como es evidente, brota como respuesta a una sensación que se vive en el acotado marco del cuerpo. Ciertamente el cuerpo propio —el cuerpo vivido— no es nunca un marco o un sector restringido o aislado de la totalidad humana; no se trata de un mero cuerpo (*Körper*), carente de estados de ánimo, de sentimientos, emociones, o de un «yo» que lo viva de diferentes modos (*Leib*). Desarrollos posteriores de la investigación arrojarán mayor claridad sobre lo que aquí se apunta al vuelo, útil sólo como caracterización primera. Pero por lo pronto basta con hacer notar que la fuente de la cual emana este primer llanto señalado —el dolor en el caso elegido, pero pueden ser también acontecimientos similares de quebranto, merma o desgaste, tales como el hambre, el cansancio, la debilidad posterior a un esfuerzo, etc., o incluso vivencias de exceso o profusión, como sería el caso del placer, la excitación u otras— es una sensación de molestia, de incomodidad en el modo de sentirse el cuerpo mismo.

Si concretamos más el ejemplo y echamos mano de un típico golpe doméstico representándonos a un niño que se pega en el pie descalzo con la orilla de un mueble en su casa, veremos que el llanto que le sobreviene es justamente por la sensación intensa del dolor

¹⁰⁶ Por razones fáciles de comprender no podemos entrar en el problema antropológico total, pero reconocemos la influencia del pensamiento de Xavier Zubiri. Ver, sobre todo, Xavier Zubiri, *Sobre el hombre*, pp. 9-102; y Xavier Zubiri, *Sobre el sentimiento y la volición*, Alianza Editorial/Fundación Xavier Zubiri, Madrid, 1993, pp. 15-193 y 327-343.

producido por el golpe. Es decir, que dicho llanto no dispone de un contenido de referencia fuera de ese espacio corporal doliente. Es cierto que en el acto total hay una referencia obvia al mundo —el mueble con el cual se pega—, pero no importa si el golpe fue con la pata de una mesa, con la de un sillón o contra un baúl, lo que interesa resaltar aquies que el cuerpo del niño, que acaso corría mientras jugaba a la pelota, es súbitamente —«de golpe»— una sensación dolorosa y que esa noticia álgica en el pie es la que desencadena su llanto. El niño, al correr, no era consciente de su propio cuerpo y de los movimientos de sus pies —como de hecho sucede en la mayor parte del curso de la vida: uno no nota su cuerpo salvo en momentos especiales, como en la enfermedad, el dolor o el placer—, su atención estaba puesta en la pelota que quería alcanzar. Pero inesperadamente ese cuerpo —el suyo— que no formaba parte prioritaria de su campo de conciencia, se convierte en el centro de su atención, una atención que es convocada —o, mejor dicho, arrastrada— a un punto específico: aquel que duele por el contacto repentino e indeseado con el mueble. Y precisamente el llanto del niño en tal situación brota por la intensidad de esa sensación desagradable en el pie. Ese llanto concreto es la manifestación de una «sensación», de un «sentirse a disgusto con el cuerpo», con «mal-estar» en él. Puede servir este ejemplo inicial para acotar provisionalmente la esfera de los «llantos corporales» que adelante trataremos con más detalle como el primer gran tipo de nuestro fenómeno.

El segundo llanto aquí expresado —el del hombre adulto que llora de alegría— trasciende de modo franco el marco corporal atisbado en el ejemplo anterior y nos muestra que la invitación a llorar, el motivo, se hunde en un acontecimiento que sucede en la vida afectiva de la persona y que, si bien implica su presencia corporal y una determinada carga de sensaciones, no es producido por esas sensaciones. Ese «trascender» el marco corporal no debe entenderse como algo que va allende el cuerpo, como si el cuerpo no jugara un papel central en el acontecimiento —en el doble sentido de que, primero, es el cuerpo justamente el que colapsa y entra en llanto; y, segundo, la tristeza, la alegría o cualquiera que sea el sentimiento que lo provoca es en gran medida ese «sentirse» el cuerpo de tal manera—. Lo que queremos subrayar aquí es que en estos llantos afectivos no es un dato del cuerpo el que primariamente ocasiona la erupción. No es el cuerpo mismo —su modo de sentirse— el «objeto de referencia» del llanto, sino más bien una respuesta a un acontecimiento vital más amplio.

Precisemos más el ejemplo y representémonos a un padre que se alegra por el triunfo de su hijo en una competencia deportiva de gran dificultad y llora por esa alegría. En ese acontecimiento hay, naturalmente, una serie de sensaciones corporales que el padre tiene: «ve» a su hijo levantar el trofeo, «escucha» su voz emocionada, «toca» su cuerpo al abrazarlo. Pero resulta claro que no son esas percepciones visuales, auditivas y táctiles las que invitan al padre a llorar —como sí lo sería la sensación táctil del golpe en el caso del llanto de dolor— sino simplemente la alegría por el logro de su hijo. Es un llanto que tiene que ver con la «actitud» del padre ante el triunfo de su hijo, por el modo en que «toma posición frente» a ese acontecimiento. Sólo más adelante estaremos en condiciones de precisar con más demora en qué consiste formalmente ese «posicionamiento vital», ese «modo de estar-frente» o de «prestarse» a una realidad dada. Pero por lo pronto el llanto que tomamos como modelo en el capítulo anterior sirve de igual manera para caracterizar de forma general este ámbito de los llantos afectivos: el hombre que recibe la noticia de la muerte de un ser querido llora «por la situación» en que está, por un acontecimiento que se le presenta como triste; «ve» a la persona que se le aproxima, «escucha» la noticia —ha muerto, lo siento mucho—, recibe un abrazo. Pero, de nuevo, no es la sensación táctil o visual, o la notificación auditiva la razón del llanto, sino el modo particular en que el hombre es afectado en su vida por esa muerte, el modo en que «toma postura» ante tal acontecimiento. En ambos ejemplos el hombre llora como respuesta a una afectación no solamente corporal, sino en el modo de vivir o de estar en su vida. Si bien estos tipos de llanto de alegría y de pesar forman parte de un mismo grupo distintivo, es notorio que mantienen en su curso marcadas diferencias entre ellos, pero sirvan hasta aquí como modelos para empezar a clarificar una segunda escala o categoría en los tipos de llanto: el llanto de los sentimientos o afectos.

Y el tercer tipo de llanto que aquí apuntamos —el del hombre sobrecogido por una obra de arte—, emana sin el carácter repentino que suele caracterizar a los llantos corporalmente motivados y a una amplia gama de los llantos de los sentimientos. En los llantos afectivos —por lo menos en los dos llantos prototípicos barruntados en el párrafo anterior— la regularidad de la vida del individuo se ve de súbito interrumpida por un acontecimiento, ya sea favorable o adverso —el triunfo del hijo o la noticia de una pérdida irreparable—, que «lo afecta» personalmente, que modifica el modo vital en que se encontraba, su manera de estar en el mundo. Ese rasgo abrupto —de «peripecia» como lo

llama Schwarz¹⁰⁷ — no se encuentra tan marcado en los llantos espiritualmente determinados. Más bien el hombre sobrecogido «se entrega» al llanto al sentirse movido —conmovido— en su centro más íntimo frente a una obra. De hecho —y este es uno de los rasgos decisivos de este grupo de llantos— el hombre se conmueve directamente al captar «las cualidades» de lo suscitante —la obra de arte misma, en este caso— sin la mediación del afecto personal operando como motivo. En espera de caracterizar después con más precisión este tipo específico de llanto, por ahora decimos que el hombre que así llora no lo hace por la irrupción en la esfera corporal a la manera en que lo hace un sentimiento —por ejemplo llenando de tensión a la persona e invitando a la descarga, a la distensión o a la liberación—, sino que es el hombre quien «se abandona» a un llanto generalmente tranquilo que tiene que ver con la emoción que siente él mismo ante, por ejemplo, cierto pasaje musical que lo impresiona hondamente.

Penetremos, al igual que en los otros casos, en un ejemplo más preciso: el hombre que llora lo hace al escuchar las *Kindertotenlieder* —las canciones a la muerte de los niños— de Gustav Mahler.¹⁰⁸ Se ve movido al llanto porque logra captar, más allá del plano de su afectación tónica —sin entender por ello, claro, que carezca de un tono vital determinado— la generalidad y el valor de lo expresado por la obra y sentir que su vida entera es como llenada o colmada por ella. Mientras que en el llanto de tristeza —que es uno de los que hemos utilizado para caracterizar el género de llantos afectivos— era la muerte de un ser querido la que afligía personalmente al allegado por ser precisamente él el afectado por tal muerte, en el llanto ante la obra musical no es el espectador el alcanzado por el sentimiento. El hombre sabe que las *Kindertotenlieder* musicalizan los poemas que escribió Rükert tras la muerte de dos de sus hijos, a unos días de distancia la una de la otra; sabe también que el propio Mahler perdió a su hija pocos años después de haber escrito la partitura. El hombre que llora se ha conmovido, se ha dejado «sobrecoger» por la obra. No son «sus» hijos los que murieron; se estremece y llora por lo que representa «la muerte de los niños» expresada de tal manera —una realidad que la obra musical hace accesible, requiriendo o demandando una actitud particular del espectador quien, a su vez, «se abre» y «se apresta» a la captación del sentido de la pieza—. Nos parece que esta caracterización coincide, en términos generales,

¹⁰⁷ Ver Balduin Schwartz [sic], *Psicología del llanto*, pp. 49-54.

¹⁰⁸ *Kindertotenlieder* o “Canciones de los niños muertos” es un ciclo de cinco canciones —para voz y orquesta— compuesto por Gustav Mahler a principios del siglo XX.

con la de Schwarz quien, sin expresarlo propiamente como «llanto espiritual», utiliza el título de “el llanto de las puras respuestas a valores”.¹⁰⁹

He aquí, pues, una primera ordenación que hacemos de nuestro fenómeno en tres grandes grupos: los llantos corporalmente definidos, los llantos motivados por emociones, sentimientos o afectos, y los llantos determinados espiritualmente.

TRÁNSITOS O ENTRECRUZAMIENTOS ENTRE LOS TIPOS DE LLANTO

Queremos aun subrayar, después de este primer esbozo clasificatorio y antes de perfilar con más demora cada grupo y atender a las preguntas que nos conciernen, algo que ya está atisbado en esas tres caracterizaciones iniciales redactadas arriba: que si bien los estratos que sirven como eje y que dan sentido a nuestra tipificación son racionalmente distinguibles, no se trata de sectores o zonas yuxtapuestas con contornos bien definidos y tajantes, sino que en cada momento de la vida del ser humano concurren esas dimensiones formando una unidad radical, una auténtica «estructura». El cuerpo, los sentimientos, el yo volente e inteligente no conforman el todo humano como si fueran partes atómicas posteriormente unidas —como añadidas o sumadas unas a otras—, sino como una genuina estructura de notas penetradas entre sí.¹¹⁰ Tomamos aquí las palabras de Ortega —aunque sus desarrollos distan mucho del rigor analítico de Zubiri— quien, con su singular claridad, expresa este hecho constatable también, como él mismo dice, en las descripciones de los fenómenos que acontecen en nuestra propia vida:

Es inaceptable pretender seccionar el todo humano en alma y cuerpo.
No porque no sean distintos, sino porque no hay modo de determinar
dónde nuestro cuerpo termina y comienza nuestra alma. Sus fronteras

¹⁰⁹ Balduin Schwartz [sic], *Psicología del llanto*, pp. 54-58.

¹¹⁰ Aunque no resulta posible desarrollar este aspecto con detenimiento, es claro nuestro vínculo con el pensamiento de Xavier Zubiri: “Efectivamente, el ser *nota-de* confiere precisamente al sistema un carácter que, formalmente, yo llamaría constructo [...] donde constructo significa no que a una nota se le van agregando otras sino que cada nota no es lo que es sino siendo precisa y formalmente de las demás, y refiriéndose a ellas [...] Esta unidad es primaria y radical, es decir, no es sintética. Uno pensaría que esa unidad es la síntesis justamente de las notas. No, es al revés. La unidad es lo primero [...] De ahí, naturalmente, que la notas no son inherentes a un sujeto sino, repito, son coherentes entre sí. Son coherentes entre sí, y en ellas está actualizado el sistema constructo. Pues bien, en tanto que esa unidad confiere carácter constructo al sistema de notas, estas notas manifiestan precisamente lo que es la unidad radical en sí misma: es justamente un *ex-tracto*, es *estructura*. He ahí la definición formal de estructura.” Xavier Zubiri, *La estructura dinámica de la realidad*, Alianza Editorial/Fundación Xavier Zubiri, Madrid, 1995, pp. 36 y 37.

son indiscernibles como lo es el límite del rojo y del anaranjado en la serie del espectro: el uno termina dentro del otro.¹¹¹

Y es precisamente por ello por lo que podemos observar «tránsitos» o «entrecruzamientos» entre los distintos tipos de llanto, ya que en cada uno confluyen de la manera más diversa las diferentes notas que nos constituyen como humanos. Por ejemplo, un llanto espiritual puede estar acompañado de un verdadero dolor o malestar del cuerpo, así como de intensos y profundos sentimientos. En un llanto de arrepentimiento profundo y de genuina conversión —que puede servirnos en este momento como un nuevo ejemplo típico de esta esfera espiritual— puede presentarse una tensión interior excesiva, dolorosa, a veces prolongada incluso por años. Pero ciertamente no se dirá que se llora por paliar el dolor que está en la base del cuerpo, sino por el arrepentimiento en sí, por la contrición o remordimiento que provoca el acto deliberado cometido, por saberse responsable del daño posiblemente irremediable causado a alguien más, o por el proceso de conversión interna de la persona que fue agente del perjuicio. Es claro que en el llanto del arrepentido no se prescinde de las afectaciones somáticas de tensión —y que a veces no sólo son próximas al dolor, sino dolorosas e insoportables en sí mismas— y su consecuente resolución; tampoco se prescinde de determinados tonos afectivos que participan del acto total del arrepentimiento, aun sin ser centrales —y que pueden ir desde un sufrimiento hondo, pasando por una tristeza domeñada, o bien por la vergüenza, o incluso por cierta alegría o satisfacción por el «nuevo nacimiento»¹¹² personal que se avizora—. Sin embargo, y aun con el dolor corporal presente, aunado a los sentimientos o tonos que lo acompañan, en el llanto del arrepentido «despunta» o «sobresale» una determinada claridad vital que consueña, sobre todo, con la profunda transformación vivida que invita a la expiación.

Podemos a esto sumar una observación más. No sólo es posible hablar de esos entrecruzamientos entre los tipos de llanto de acuerdo con el fenómeno que los ocasiona, sino que podemos también notar que ciertos tipos de llanto están primariamente referidos a determinadas etapas de la vida. En la primera infancia, antes de que el niño desarrolle una verdadera profundización consciente de las vivencias internas —propias más bien de la

¹¹¹ José Ortega y Gasset, “Vitalidad, alma, espíritu”, p. 568.

¹¹² Ver Max Sheler, *Arrepentimiento y nuevo nacimiento*, pp. 31 y 32.

adolescencia y de la vida madura— los llantos que vive serán predominantemente corporales. Conforme el infante, con el paso de los años, va ganando en intimidad y en autonomía —y va también quedando labrado su cuerpo tanto de afectos como de espíritu— se van desarrollando los llantos más complejos y, a nuestro juicio, más plenos.

No nos resultaría, por ejemplo, del todo común ver que un niño llore de devoción, o por el sobrecogimiento ante una obra de arte, o por un proceso profundo de conversión interna. Y tampoco esperaríamos que una persona adulta rompiera a llorar porque se golpea con un mueble o porque tiene hambre a primera hora del día —algo que sí haría un niño—. Esta observación no significa, naturalmente, que un niño no pueda llorar de miedo o de tristeza, o un adulto por un dolor muy intenso que le arranque las lágrimas. Pero no se trata de un mero juego de intensidades —es decir, que el dolor o el hambre hagan llorar por igual a un niño que a un adulto, pero sólo asumiendo que el ímpetu del dolor o el hambre del niño es menor al del estímulo que hace llorar a un adulto por esas mismas causas—, ni tampoco, evidentemente, de fuerza o de resistencia por parte del individuo —que el hombre sea más fuerte y aguante las lágrimas ante dolores o hambres menores—. Esta relación entre los tipos de llanto y la sucesión evolutiva de la vida de la persona apunta más bien a argumentar que, no obstante la unidad en que consiste toda realidad humana, los llantos pueden en efecto congregarse las notas y dimensiones de la persona de manera diversa —diversidad que valida el criterio de nuestra tipificación, aun tomando en cuenta la porosidad de lindes entre unos y otros estratos—. Esta relación entre los tipos de llanto y las edades fue observada también por Plessner:

En cada grado de su evolución el hombre es un todo. Sólo que en la primera edad de la vida prevalece el estado corporal, después —escondida bajo cientos de máscaras— la vida interior, alentada por la ruptura entre la propia evolución y el exigente, entorpecedor mundo de los adultos, y por el despertar de la sexualidad; y finalmente el ser espiritualmente determinado.¹¹³

¹¹³ Helmuth Plessner, *La risa y el llanto...*, p. 136.

A propósito de estos rasgos —de las penetraciones que se observan entre unos tipos de llanto y otro y de cómo están relacionados con momentos de la vida—, resulta particularmente ilustrativo un llanto que se observa con frecuencia en niños que no son muy pequeños: es común que, al caerse, el primer gesto consciente que hagan sea voltear hacia los lados para verificar si alguien vio su caída; al confirmar los ojos testigos —y sólo entonces— rompen en un llanto que tiene que ver menos con el dolor causado por la caída en sí que con la vergüenza originada por el propio acto o, más aún, con la humillación sentida por la risa burlesca de los compañeros presentes, esa risa con la que decimos que queda herido el orgullo. Es claro que en ese llanto ya se tiene conciencia de un agravio emocional y no sólo de una sensación de dolor en el cuerpo, misma que sí haría llorar —de puro dolor— a un niño más pequeño. También es común ver que niños un poco más chicos que los que pueden apreciar la vergüenza o el desdén, pero no tanto como los que lloran por un puro dolor, al caerse, volteen a ver la zona afectada y rompan a llorar por la impresión o el susto que les produce la sangre o el raspón en su rodilla. Se trasciende también así el mero dolor físico, que participa ahora con el espanto de la sangre.

No faltan, en fin, los ejemplos para acentuar este hecho de la continuidad y la relación que mantiene el llanto con las diferentes etapas biográficas y esferas de la persona, pero por incluir un par de casos más: dentro de los llantos que recogimos como más propios de la esfera corporal y relacionados principalmente con la infancia están el de dolor y el de hambre. Un hombre adulto que padece hambre puede llorar, pero encontramos que su llanto estaría en mayor medida ligado a la lectura de la situación en la que se encuentra —a la injusticia, al agravio o la humillación que vive— y no sólo a la sensación de su cuerpo en privación de alimento. Y así también, el niño al que aludíamos como ejemplo de llanto corporal algunas páginas arriba, puede llorar por el golpe mismo que se dio con el mueble, pero el escenario cambiaría si el golpe se lo da —a traición y deliberadamente— un amigo o su hermano; se sumaría a ese llanto la ignominia y el llamado «dolor moral».

Con todo, hay que ser claros al decir que estas observaciones no consisten en manifestar una disputa por saber el motivo que desencadena el llanto, ni tampoco por situar su preciso lugar categorial —su asignación primaria en el mapa de los constitutivos humanos—, sino que simplemente hacen notar, por un lado, la distinción de los llantos según estén referidos primordialmente al cuerpo, a los sentimientos o tengan una motivación

espiritual; y, por el otro, subrayan los cruces que puede haber entre unos y otros llantos, así como la relación con diferentes etapas de la vida; y, sobre todo, preparan el camino para, más allá del mero afán clasificatorio, seguir perfilando matices descriptivos que nos permitan, al tiempo de reconocer las diferencias, postular finalmente las notas comunes e indispensables que comparten los llantos en tal riqueza de variedad.

De modo que, independientemente de esos tránsitos que hemos explicitado —de la molestia corporal y el alivio posterior presentes en el llanto del arrepentido, o de la vergüenza o humillación presentes en el llanto del niño que se cae y se duele— afirmamos que hay llantos «predominantemente» corporales, otros «predominantemente» afectivos y otros «predominantemente» espirituales, pero entendiendo aquí por «predominio» no la negación o aislamiento del resto de notas constitutivas, sino una «preponderancia» en el modo de vivirse un ámbito específico de nuestra realidad humana o, dicho desde el otro polo, un «atenuarse» de otros ámbitos —según veremos más adelante— en el campo de conciencia de la persona que llora.

Podemos ahora reforzar cada categoría al caracterizar con más detenimiento los llantos de cada esfera y perfilar con ello el cierre de nuestro proceso de tipificación. Procuraremos —en coherencia con el marco metodológico con que abrimos el presente capítulo— seguir profundizando en nuevas vueltas descriptivas y, junto con ellas, beneficiar el ejercicio comparativo del que surjan no sólo las manifiestas diferencias entre los tipos de llanto, sino, sobre todo, sus notas comunes.

EL LLANTO CORPORAL

Entre los llantos predominantemente corporales podemos destacar los de dolor físico, hambre, sed, placer, excitación, fatiga, esfuerzo, cansancio, opresión, abatimiento, debilidad, sueño, molestia o disgusto corporal.¹¹⁴ Puede considerarse que la forma básica de estos tipos está representada por el llanto de dolor. En todo caso es en el que generalmente se piensa cuando traemos a la mente un llanto cuyo centro de referencia es el cuerpo.

Aún, si reparamos en cada uno de ellos, notamos que además del manifiesto protagonismo del cuerpo propio en cada una de esas vivencias o estados —que bien pueden

¹¹⁴ Es ilustrativo el grupo de vivencias expresado por Buytendijk que, sin ser propiamente dolorosas, representan “estados vitales desagradables”. Frederik J. J. Buytendijk, *El dolor...*, p. 32.

ser tanto experiencias de carencia, merma o indigencia, como también de exceso, incremento o acumulación—, una de sus características distintivas es que son llantos más inmediatos que los que sobrevienen por algún sentimiento o afecto. Con ello no queremos decir que carezcan por completo de una mediación afectiva, intelectual o volitiva. Quedará claro unas páginas adelante que un rasgo característico del llanto en tanto que fenómeno unitario es precisamente ese carácter mediato que tiene —a diferencia de otros fenómenos expresivos que puedan resultar próximos a él por poseer también un «momento eruptivo»: como la risa, el grito, un golpe de furia, entro otros—. ¹¹⁵ Pero estos llantos, al ser suscitados por un modo de «sentirse del cuerpo mismo», encarnan un tipo de naturaleza más concreta y suceden de manera más directa que los otros. Su curso está como «materialmente» atado a la captación —sensorial, perceptiva— de la realidad que los desencadena.

Si volvemos sobre el ejemplo del niño que se golpea el pie con la esquina de un mueble, vemos que el llanto corre parejo con el dolor sentido y que está también —como el dolor mismo— adherido o anudado de manera más tosca, tenaz y firme al cuerpo, que hace sentir su solidez, que se hace sentir en su concreción más severa. Después del golpe el niño se arroja al suelo, suelta un grito y su cuerpo se contorsiona mientras las lágrimas corren ya por su rostro que está tenso. La boca rígida enseña los dientes en un rictus de dolor y los ojos están cerrados con fuerza. Apura ambas manos al pie afectado y lo aprieta con ímpetu para paliar el dolor. Conforme el apretón gana en fuerza, el dolor punzante cede —retrocede— ante la presión, que es una forma más llevadera de molestia corporal. Ya el rostro se suaviza un poco y el infante logra abrir los ojos para entrever el daño que se hizo.

El dolor llegó «de golpe» a la cima y jaló inclemente la atención del niño, una atención que estaba puesta de inicio en los rebotes y el curso de la pelota —en el juego en que se recreaba— para luego focalizarla en un solo punto álgico plena y puntualmente localizado y apenas un segundo atrás inexistente en su campo de conciencia: el meñique del pie derecho. En ese punto culmen del dolor, el cuerpo vivido del niño —la vivencia consciente que él tiene de su cuerpo— «se reduce» prácticamente sólo al meñique y a las estelas, ondulaciones o rastros que de ese punto focal emanan hacia un contorno no muy

¹¹⁵ En este punto estamos de acuerdo con Plessner, quien afirma que “a todos los que han investigado en serio el fenómeno del llanto —que en comparación con los que han estudiado la risa son sorprendentemente pocos— les ha llamado la atención el carácter mediato del llanto. Reconocen que entre el motivo y la respuesta o irrupción tiene que interponerse un acto orientado a la persona”. Helmuth Plessner, *La risa y el llanto...*, p. 132.

amplio: tal vez sólo los dedos más cercanos y parte del empeine, dependiendo de la intensidad del golpe. Pero el resto del cuerpo, así como sus ocupaciones previas —la pelota y su juego— no son ya, mientras la agudeza del dolor interviene, noticia actual en su curso vital. Es como si el dolor «redujera el mundo» consciente del niño. La riqueza circunstante —la abundancia de objetos al alcance de su mirada, de sonidos presentes en torno suyo, pero también la alegría en que estaba durante el juego y los pensamientos simultáneos que tenía— se ve ostensiblemente «menguada», «reducida», incluso «desaparecida», mientras el ámbito focal de la consciencia se centra casi por completo en el pie afectado.¹¹⁶ Luego el dolor va bajando desde esa cresta hacia las escalas intermitentes de una punzada oscilante —de ese ir y venir característico de ciertos dolores intempestivos e inesperados— y, favorecido por la pugna con la presión que el niño ejerció con las manos sobre el pie, el dolor llega tan solo a la sensación de una molestia tenue. Mitigado el dolor, el llanto cesa.

En esta descripción más detallada que la esbozada algunas páginas arriba ya se pueden observar con más claridad los rasgos propios de este tipo de llantos: la inmediatez más acentuada —aunque nunca cabal— en comparación con los llantos afectivos; una «sensación» como primordial centro de referencia que los desencadena —un específico «sentirse el cuerpo mismo»—; y una correspondencia más directa, más fija, entre el curso de la sensación tal y como se experimenta y el del llanto —sin tratarse de una correspondencia numérica o mecánica, pues no se trata en sentido estricto de un «estímulo»; y así, aunque no sea lo más común, bien puede haber dolores tan prolongados en el tiempo que no coincidan en su cauce, y ni siquiera incluso en sus puntos de mayor de intensidad, con el recorrido o la trayectoria del llanto—.

Si echamos una mirada rápida a los otros tipos de llanto que se inscriben en este mismo grupo de predominantemente corporales observaremos características comunes en su estructura, no obstante las notables diferencias cualitativas de las sensaciones que suelen fungir como causas. A diferencia del dolor y del placer —que se viven como un «exceso» o

¹¹⁶ Una revisión más detenida del dolor —como la que Agustín Serrano de Haro ha venido construyendo en los últimos quince años— nos mostraría que esa reducción del mundo nunca es total; que el dolor no puede copar la totalidad del campo de conciencia. Nueve trabajos de este filósofo español —datados entre 2008 y 2021, y referidos en la bibliografía final de esta tesis— muestran su extraordinario programa. Para este tema específico de la imposibilidad del dolor de anular toda conciencia simultánea del entorno ver: Agustín Serrano de Haro, “Defensa de la perspectiva fenomenológica en el análisis del dolor”, en Miguel García-Baró y Alicia Villar Ezcurra (Coords.), *Pensar la compasión*, Universidad Pontificia de Comillas, Madrid, 2008, pp. 161-172.

«abundancia» en el sentir y que suelen tener una localización precisa en el cuerpo—¹¹⁷ hay también otros llantos de predominio corporal en los que no hay un *locus* particular, sino que, por tratarse de vivencias carenciales —como el hambre o la sed— o de otro tipo de estados de indigencia somática —como el cansancio o la debilidad—, es el cuerpo vivido «en su integridad» el que padece. Pero, con todo y esas diferencias sustantivas, los llantos de esta esfera mantienen en común el franco protagonismo del cuerpo que se siente a sí mismo —el carácter corporal no solamente de los fenómenos como el dolor, el hambre o el cansancio, sino de la estructura en que son vividos y experimentados—, así como la tendencia a correr en paralelo con el motivo —saciada el hambre del bebé, su llanto cesa; restituida la vitalidad del exhausto, el llanto de cansancio se interrumpe—. Es por ello por lo que decimos que este llanto corporal cuenta, entre sus notas características, con una mayor —aunque nunca total— inmediatez. Y es en ese sentido, nos parece, en el que también Plessner afirma también que el llanto condicionado corporalmente “irrumpe violentamente y se vuelve a secar con rapidez”.¹¹⁸

A este mismo respecto llama la atención que en la escala gradual diseñada por Schwarz, el llanto de dolor físico esté incluido en la categoría de los llantos afectivos, misma que el filósofo considera como el primer tipo capital. Para Schwarz —y pisamos con esto uno de los linderos de nuestro fenómeno— no puede hablarse propiamente de llanto mientras no se ponga en marcha el sistema de inervación central.¹¹⁹ Schwarz coloca el llanto de dolor dentro de los afectivos justamente para subrayar la distinción decisiva entre un mero brotar de lágrimas reflejas y el llanto como un fenómeno de auténtica respuesta personal. Este sector está lleno de problemas, sobre todo cuando observamos los llantos en edades muy tempranas; ciertos acontecimientos en los que brotan lágrimas reflejas son fácilmente constatables —por ejemplo una brizna en el ojo, el picor que produce alguna sustancia que toca la esfera ocular, un golpe accidental en la cara que anega al instante los ojos de lágrimas, etc.—, pero en ciertas situaciones no es fácil distinguir si las lágrimas que se vierten obedecen a un mecanismo reflejo, o si son fruto del desagrado corporal que se tiene ante la vivencia dolorosa

¹¹⁷ Para mayores matices en torno al interesante problema de la localización del dolor en el cuerpo: ver Agustín Serrano de Haro, “Espacialidad y dolor. Meditaciones fenomenológicas”, *Isegoría. Revista de filosofía moral y política del CSIC*, Instituto de Filosofía, Madrid, N° 60, junio 2019, pp. 103–121. <https://isegoria.revistas.csic.es/index.php/isegoria/article/view/1054>

¹¹⁸ Helmuth Plessner, *La risa y el llanto...*, p. 135.

¹¹⁹ Ver el apéndice de su investigación: Balduin Schwartz [sic], *La psicología del llanto*, pp. 89-115.

—lo cual ya implicaría una clara, aunque modesta, participación reflexiva de la persona; una participación que, a nuestro juicio, quiebra la posibilidad de que haya llantos como un mero «efecto» de una «causa», en este caso corporal—. Plessner coincide con esa misma postura al afirmar que

Mientras no se ha roto el mecanismo de la motivación periférica, es decir, de las lágrimas condicionadas por reflejos —como ocurre en parte en el llorar a gritos de los niños pequeños— no se puede hablar de auténtico llanto.¹²⁰

Cuando vemos el llanto de los bebés, acompañado de gritos y movimientos desarticulados, nos parece, al igual que a Schwarz, que ese acto obedece todavía a un “grado preparatorio” de llanto.¹²¹ En general, pues, afirmamos que para hablar de un llanto auténtico lo tenemos que distinguir del mero surgir de lágrimas reflejas. Ello no nos mueve, sin embargo, a considerar que el dolor que hemos tratado en este apartado sea un sentimiento y que, por lo mismo, deba más bien incluirse en la categoría de los llantos afectivos.¹²² Esta cercanía revela el habitual uso que en el lenguaje coloquial suele darse a la palabra «dolor» para referirse también a experiencias de sufrimiento, tristeza o congoja —así como decimos que duele el cuerpo por un golpe como el que hemos descrito, o que nos duele una muela, afirmamos también que nos duele la pérdida de un ser querido, o que nos duele la situación de hambre o de guerra que se vive en el mundo—. Un fenómeno como el llanto revela precisamente que, más allá de las notables diferencias cualitativas que tienen el dolor, la tristeza y la indignación —por aludir a los tres modos en que el término «dolor» parecería equivalente unos renglones arriba— su afinidad también es considerable: experiencias como el dolor, la tristeza o la indignación pueden estar hermanadas por un particular acto personal según el cual la persona puede «rendirse» ante ellas y, de hecho, llorar —ya por el insostenible

¹²⁰ Helmuth Plessner, *La risa y el llanto...*, p. 139.

¹²¹ Ver Balduin Schwartz [sic], *La psicología del llanto*, p. 39.

¹²² Aunque no podemos entrar por completo en el amplio problema filosófico del dolor, resulta particularmente sugerente —además de los agudos acercamientos fenomenológicos de Agustín Serrano de Haro— el abordaje de Miguel García-Baró, quien no reduce el término «dolor» a una mera sensación, sino que más bien argumenta que se habla de «otros dolores» [como el caso del sufrimiento] no por metáfora o por analogía del llamado «dolor físico», sino unívocamente; dicha propuesta es distinta de la nuestra, pero podrá ser explorada en trabajos posteriores, dada su gran relevancia. Ver Miguel García-Baró, *Del dolor, la verdad y el bien*, Sígueme, Salamanca, 2006, pp. 41-64.

crecimiento de una sensación como el dolor, ya por la afectación vital que supone una pérdida irreparable, ya por la plena comprensión intelectual de sucesos que resultan ominosos aun sin necesariamente haber un perjuicio directo en el yo. En cualquier caso, sobresale el carácter de «interrupción» —mismo que trataremos más adelante—: el de una vida que se ve como rota en el hilo de su relato.

Mirando de cerca el dolor y su capacidad para mover al llanto hemos esclarecido entonces una frontera particular de nuestro fenómeno: destacamos la cercanía —y, con ello, la distinción— entre los llantos corporales y las lágrimas reflejas; pero también acentuamos la gran proximidad entre estos llantos y los de la esfera de los sentimientos que estamos por caracterizar. Considerando esta segunda cercanía, es elocuente el modo en que el mismo Schwarz —aun con el aparato conceptual propio de principios del siglo pasado— afirma que en los llantos de dolor físico es donde el alma se encuentra más claramente enlazada al cuerpo. Lo dice con estas palabras:

No hay nada físico, que afecta *qua* físico tanto a la psique como el dolor corporal. Este es el punto en el cual está el alma encadenada más inquebrantablemente al cuerpo.¹²³

Veremos más adelante —cuando hayamos trazado también los llantos predominantemente afectivos y los llantos predominantemente espirituales— la gran importancia de estas dos «cercanías» o «linderos» señalados de nuestro fenómeno. Por lo mismo, conviene no perder de vista que, aun en el llanto de dolor y en el resto de los llantos de esta esfera corporal, hay un particular «acto» de la persona que opera entre el motivo y la respuesta; una «actitud» que, por un lado, revela la imposibilidad de hablar plenamente de llantos como meras respuestas reflejas y, por el otro, señala un punto que vuelve a ser crucial —y que ya destacamos en nuestra primera vuelta descriptiva del llanto afectivo en el capítulo anterior de esta investigación—: el de un «límite» ante el cual, también en estos llantos corporales, la persona bien puede ceder, rendirse al llanto, o dominarlo. Y así, trayendo de nuevo la

¹²³ Balduin Schwartz [sic], *La psicología del llanto*, pp. 39 y 40. De modo muy similar, en su reciente fenomenología del dolor y la atención, Serrano de Haro afirma que “nada hay, en verdad, que llamemos «físico» y que resulte tan «psíquico», tan consciente como el dolor del cuerpo”. Ver Agustín Serrano de Haro, “Atención y dolor”, p. 123.

inquietud que motivó esta tipificación, podemos plantearnos de nuevo la pregunta de si en estos llantos corporales también hay elevación, límite y desbordamiento. Dejaremos todavía en suspenso la respuesta, para seguirla considerando conforme avancemos en la caracterización de los demás tipos de llanto en que nos encontramos.

EL LLANTO DE LOS SENTIMIENTOS

Al haber diseñado la primera vuelta descriptiva de esta investigación tomando como base un llanto de tristeza, parecería tal vez excesivo demorarnos en un despliegue minucioso de esta categoría del llanto de los sentimientos. En efecto, sus rasgos prioritarios están ya señalados en el capítulo segundo. Una de las ventajas, sin embargo, que podemos sacar en este momento será no sólo la de desdoblar —aunque sea en pequeña medida— la variedad de tipos contenidos en esta división, sino también avanzar con mayor cautela en la primera etapa del cotejo que venimos anunciando desde el principio del presente capítulo, a saber, si la estructura recabada a partir de la descripción de aquel llanto de tristeza —prototipo ejemplar del cúmulo de llantos que pueden congregarse en esta esfera— coincide con la de cualquier llanto que se desprenda de la vida afectiva de la persona. Y decimos «con mayor cautela», porque ya nos habíamos adelantado en anunciar que vemos como nota común a todos los llantos afectivos el «momento eruptivo» entero de elevación, límite y desbordamiento trazado en esa primera vuelta descriptiva.¹²⁴

Y otra ventaja, en fin, que podemos obtener en este momento de la tipificación es la de mirar justamente aquello sobre lo que resbalamos en aquel punto de nuestro estudio: el dinamismo propio del sentimiento en la persona que llora. Si allá atendimos en primera línea las notas que se hacían presentes en el intracuerpo, acá convendrá empezar a dirigir nuestra atención a las cualidades del sentimiento en el ámbito de situaciones vitales —no sólo desplegando la situación emotiva que vive la persona en el momento de llorar, sino incluso en la víspera—, ya que tales cualidades posibilitan —o incluso podríamos decir que «instan», y aun «reclaman» e, incluso, «forjan»— dichas sensaciones de elevación, colmo y derrame presentes en la vivencia del cuerpo en llanto.

¹²⁴ Ver *supra*, pp. 60 y 67.

Son dos, no obstante, las principales dificultades que aparecen en este punto de la tipificación: por un lado, la gran abundancia de formas que se presentan en esta categoría de llantos —en nada comparable a los llantos predominantemente corporales y a los llantos de carácter espiritual— y, por el otro, la necesidad de explicitar una noción de sentimientos que nos permita ubicar el contorno que aquí trazamos con algo más de rigor que el conseguido en las primeras caracterizaciones, pero la consecuente imposibilidad de desplegar cabalmente una teoría de los mismos. Todos los estudios que hemos conocido del llanto concuerdan en la primera dificultad,¹²⁵ misma que nos impide, por deseable que parezca, aclarar la estructura interna de cada sentimiento —y ni siquiera de los más representativos— y analizar con profundidad los motivos por los que sus cualidades podrían provocar el llanto. Ello demandaría, para cada caso, una investigación aparte —una investigación sobre la esencia de la tristeza, por ejemplo, o de la alegría, de la angustia o del miedo—, que nos desviaría de nuestro enfoque y tarea principal.

Y sucedería lo propio en lo que atañe a la segunda dificultad. De modo que, al no poder entrar en el problema total de la esfera de la afectividad humana, no ocultamos nuestra inclinación, por un lado, hacia ciertos aspectos del enfoque fenomenológico —en particular al reconocimiento de la «intencionalidad» de las vivencias afectivas,¹²⁶ así como a la categoría más precisa de «toma de posición», ejemplarmente descrita, a nuestro juicio, por Dietrich von Hildebrand¹²⁷—; y, por otro lado, reconocemos también la extraordinaria

¹²⁵ Por ejemplo, Helmuth Plessner, quien refiere: “En este grado de los sentimientos, acordes y pasiones se desarrolla el llanto personal en la plenitud de sus formas, y no es casualidad que ni el llanto corporalmente determinado ni el espiritualmente motivado pueden competir en riqueza de formas con el llanto personal”. Helmuth Plessner, *La risa y el llanto...*, p. 137.

¹²⁶ Por los alcances de este trabajo no resulta posible siquiera nombrar y organizar en términos generales la amplísima literatura filosófica que, desde finales del siglo XIX hasta la actualidad, aborda la vida emocional humana. En el ámbito de la fenomenología podríamos destacar el importante influjo que Brentano tuvo para la comprensión de las emociones como actos intencionales basados en juicios —a diferencia de sus contemporáneos Wundt y James— (ver Franz Brentano, *Psicología desde el punto de vista empírico*, pp. 275-289). Sin embargo, Brentano es tan sólo un punto de partida de un enfoque que merecería la pena —en otro lugar— revisar con rigor. Tan sólo, y para los fines de esta investigación, conviene resaltar la decisiva distinción entre *temples* o *estados de ánimo* —que son generalmente las categorías en que en castellano se traduce la voz alemana «*Stimmung*», referida a estados que no presentan una intencionalidad actual— y *emociones*, *afectos* o *sentimientos* —que generalmente aluden a la ya franca intencionalidad del «*Gefühlen*»—. En las descripciones que realizaremos en este apartado quedará clara la importancia de tal distinción para la comprensión de nuestro fenómeno. Un trabajo que se puede consultar para tener un panorama general de las discusiones actuales en esta esfera dentro de la fenomenología contemporánea es: Celia Cabrera y Micaela Szeftel (Eds.), *Fenomenología de la vida afectiva*, Sb, Buenos Aires, 2021.

¹²⁷ Ver Dietrich von Hildebrand, *La idea de la acción moral*, pp. 23-100. Particularmente interesante, para situar la relevancia de dicha categoría en el marco del pensamiento fenomenológico temprano de Husserl, Pfänder y Geiger, ver la extensa nota 8, pp. 25 y 26.

riqueza de los rigurosos análisis de Xavier Zubiri para quien el sentimiento, en sentido estricto, es de la realidad.¹²⁸ De esas fuentes abrevamos ahora para ofrecer una visión que, aunque sucinta, nos permita ahondar en esta categoría de llantos.

Páginas arriba, al haber trazado la primera caracterización de estos tipos de llanto, enfatizamos que tanto en el llanto de alegría —motivado en un padre por el triunfo de su hijo— como en el de tristeza —suscitado por el deceso de un ser querido—, el hombre «respondía» con una determinada actitud «ante una situación» que se le presentaba en su vida. En ambos casos subrayamos que aun habiendo en el acto total del llanto una serie de aprehensiones sensoriales, lo verdaderamente decisivo era el modo en que el hombre «leía» y «respondía» a esa realidad específica. Conviene ahora detenernos y explicitar las distintas fases que componen ese «acto total», la secuencia de vivencias ligadas que va desde las aprehensiones sensoriales de la noticia —incluso los momentos previos que aclaran el papel fundamental de la irrupción, interrupción o alteración que supone todo llanto— hasta la descarga del llanto ya terminado. A grandes rasgos podemos ver la realización de por lo menos tres momentos que se presentan como componentes indispensables de ese acto: la noticia, el modo en que es recibida y la respuesta ante ella.

En los llantos predominantemente corporales que hemos descrito anteriormente, podría parecer inadecuado hablar de una «noticia» que los desencadena. Sin embargo, en estricto sentido, toda sensación —como el dolor, por seguir con aquel ejemplo prototípico— es una «notificación» que involucra una aprehensión cognoscitiva: el dolor en el pie del niño es una «nota» en el sentido básico de que es «notado» por el niño en el momento justo del golpe con el mueble. Sin embargo, esa noticia álgica en el pie del niño es de una índole muy distinta a la noticia de quien se aproxima a decirnos que una persona querida ha muerto. En este segundo caso, la noticia pasa por un proceso —por breve que sea— de «asimilación», de «comprensión», de «asignación de sentido» a lo notificado. Y no sólo eso, sino que, además, dentro de ese lapso, la persona que recibe la noticia «pondera» la situación en que está: estima la novedad que se abre en su vida al saber que un ser querido ha muerto y, ligada a esa ponderación —de hecho, brotando de ella— se va fraguando y modelando el llanto.

¹²⁸ “El sentimiento es un modo de estar realmente en la realidad, o si se quiere, es sentirse realmente en la realidad”. Ver Xavier Zubiri, *Sobre el sentimiento y la volición*, pp. 332 y 333.

Veamos a esta luz, con más detenimiento, los ejemplos que hemos trazado en páginas previas. En la primera consideración descriptiva del llanto, que nos permitió delinear el «momento eruptivo» —con sus fases de elevación del foro interno, de reconocimiento de un límite y su traspaso— como un posible contorno dentro del cual cabrían las demás variedades de nuestro fenómeno, no nos detuvimos a describir este otro momento que ahora adquiere una singular relevancia: quien recibe la noticia no empieza, como si fuera presa de un mero automatismo, a padecer una elevación íntima de su base vital que deviene en llanto. Antes —y como condición de inicio de la elevación— el hombre se encontraba en una situación vital específica, con un cierto tono, que se ve radicalmente modificado por la recepción de la noticia.

Despleguemos imaginariamente tal situación y representémonos al hombre que, al disponerse a regresar a casa después de su jornada de trabajo, se encuentra, en general, «de buen ánimo». Ese fondo anímico, ese «buen humor», no presenta necesariamente una referencia puntual a un objeto, persona, o situación concreta; no es un acto cuyo correlato u objeto intencional esté consciente y actualmente definido —como cuando se siente una franca alegría-*por*, o un directo miedo-*hacia*, alguien o algo—. Simplemente el hombre está —como suele decirse coloquialmente— «de buenas». No interesa, para nuestro análisis, saber la razón por la cual el hombre se encuentra en ese temple particular —acaso es una suma de circunstancias previas, no presentes en el flujo presente de su campo de conciencia actual, como el haber dormido bien la noche anterior, gozar de buena salud, haber tenido un buen día en el trabajo, haber disfrutado de una buena conversación con un colega, o incluso el resultado de un carácter personal labrado a cincel por años que lo hace, en general, un hombre lozano, de ánimo sereno—. Pero sí es importante subrayar, de inicio, que ese temple permanece sin una intencionalidad actual.

Añadamos que esa disposición de ánimo no solamente está enlazada con su vivencia corporal dándole un «tono» a su vida, de suave bienestar —y modelando incluso su respiración, sus palpitaciones, su postura, su ritmo—, sino que, además, ese «tono» va «coloreando» el aspecto en que el mundo se le presenta fenomenalmente —su percepción de la ciudad, los pensamientos que tiene, incluso sus recuerdos o las actividades que proyecta para los días próximos—. Dentro de ese telón de fondo camina hacia su casa para encontrarse con su familia y, desde él, observa el paisaje que le ofrece el trayecto: un paisaje que, aun

siendo el mismo que recorre cada día, ahora está como «teñido» de un halo que parece estar forjado por el buen humor en que se encuentra.¹²⁹

Advirtamos, sin embargo, que dicho «fondo anímico» —ese «modo de estar»— no es homogéneo ni uniforme y que, además, aun sin mantener una relación consciente y significativa referida a un objeto puntual, convive y penetra en actos específicos que sí forman parte de su «campo de conciencia» actual: ya sea en el «punto focal» donde se centra su atención —el semáforo peatonal que ahora le permite el paso, por referir un elemento sensorial, pero puede ser el pensamiento puntual que está teniendo al repasar con cuidado en su mente los ingredientes de la cena que preparará en cuanto llegue a casa—, o en el «contexto campal» del entorno que lo dota de sentido —las calles, los vehículos, las casas y edificaciones circundantes, los árboles, los otros transeúntes anónimos a su alrededor que, estando ciertamente en la esfera de su conciencia, se encuentra como en un segundo plano atencional—, o en los «márgenes» ya más bien desatentos —algún sonido de fondo, el edificio lejano que apenas se deja ver, una nube, un recuerdo desdibujado, etc.—.¹³⁰

He ahí, pues, el hombre que camina hacia su casa con un temple de serenidad que tiñe las diferentes parcelas de su vida en curso. Sin embargo, y aun sin tener un lugar céntrico en su «campo de conciencia» —que no solamente está articulado por sensaciones, sino por pensamientos y sentimientos y que es un incesante fluir y confluir de ellos—, en algunos momentos se alcanzan a «asomar» ciertas inquietudes que tiene: algún problema en el trabajo, tareas del hogar pendientes, pero, sobre todo, la preocupación por la salud de un familiar querido que desde hace meses lucha contra una enfermedad grave que no parece

¹²⁹ Análisis fenomenológicos actuales de gran interés sobre este peculiar «colorido» emocional han sido trabajados por Antonio Ziri6n Quijano y por Ignacio Quepons. Ver: Antonio Ziri6n Quijano, “Sobre el colorido de la vida. Ensayo de caracterizaci6n preliminar”, en *Acta Fenomenol6gica Latinoamericana*, vol. I. *Actas del II Coloquio Latinoamericano de Fenomenologí*a (Bogotá, mayo 22-25, 2002), Pontificia Universidad Cat6lica de Perú, Fondo Editorial, Lima, pp. 209-221. Antonio Ziri6n Quijano, “El resplandor de la afectividad”, en *Acta Fenomenol6gica Latinoamericana*, vol. III. *Actas del IV Coloquio Latinoamericano de Fenomenologí*a (Morelia, 2009), Pontificia Universidad Cat6lica de Perú/Universidad Michoacana de San Nicol6s de Hidalgo, Lima/Morelia, pp. 139-153. Ignacio Quepons, “El resplandor de la nostalgia: esbozo de una descripci6n” en Marcela Venebra y Ángel Jiménez Lecona (Eds.), *Antropología y fenomenología. Reflexiones sobre historia y cultura*, CONACULTA/INAH/ENAH, México, 2015, pp. 191-227.

¹³⁰ Debemos a Aron Gurwitsch un invaluable estudio sobre el *campo de conciencia*. Lo que aquí reducimos a tres grandes zonas —foco, contexto y margen— es analizado por Gurwitsch no sólo en las estructuras internas de cada sector, sino en las particulares articulaciones, confluencias, equilibrios y desequilibrios en que consiste (Ver Aron Gurwitsch, *El campo de la conciencia. Un análisis fenomenológico*, pp. 14-24). Un estudio sobre la relaci6n del dolor y su particularidad de trastocar el conjunto del campo de conciencia de quien lo padece es el magnífico y ya referido texto de Agustín Serrano de Haro, “Atenci6n y dolor”, pp.131-137.

ceder. No obstante, en el curso habitual en que las estamos situando —en el trayecto que el hombre recorre del trabajo a su casa— esas preocupaciones están como al margen, en un segundo o tercer plano del caudal de vivencias que supone su presente de conciencia. Y es ese tono vital particular —de ligera comodidad, aunque sin ocultar otros aspectos de la vida menos favorables, como sus preocupaciones e inquietudes— el que posee en el momento en que llega a casa y lo recibe de boca de su esposa la noticia de la muerte del familiar.

No es inmediato el llanto. No se desencadena, sin más, el «momento eruptivo» que nos demoramos en describir en el capítulo segundo de esta investigación. El hombre escucha las palabras, sopesa la noticia, siente la modificación drástica del tono vital en que se encontraba: lo que era buen humor se torna ya en una franca tristeza; la preocupación domesticada que aparecía como presencia marginal —con intermitencia en los lindes de su campo de su conciencia— toma ahora el centro y lo afecta. Esa afectación presupone el amor que el hombre tiene por el familiar muerto; ahora el hombre se figura su propia vida sin la posibilidad de volver a verlo o cuando menos llamarlo por teléfono; se reprocha a sí mismo no haber compartido más tiempo con él, no haber estado más presente durante sus convalecencias; recuerda los momentos compartidos; piensa, también, en el sufrimiento que deben estar pasando las personas más próximas a su familiar. Y así —entre muchos otros pensamientos, juicios o estimaciones más o menos organizadas o desorganizadas— el hombre va quedando como inundado, invadido por una honda tristeza. La «ligereza» del buen ánimo ha desaparecido y se convierte ahora en «pesar». Así es la actitud con la que el hombre recibe la noticia de la muerte del ser querido; así es como «toma posición» frente a ese suceso. Y desde esa toma de posición —ligada de hecho a ella, configurándola— el hombre «se abandona» al proceso eruptivo, a la manera de una auténtica respuesta, sin que convenga aquí repetir sus etapas que ya hemos detallado de manera suficiente.

En esta nueva y más detenida descripción ya se observan con claridad aquellos elementos que habíamos enunciado en páginas previas y que resultan fundamentales para comprender los llantos de esta esfera: la noticia que irrumpe en el campo consciente de la persona; la modificación que tal noticia suscita en el tono vital en que se encontraba; y una particular respuesta en la que —involucrando en mayor o menor medida pensamientos, estimaciones, juicios u otros actos de conciencia— la persona, al verse rebasada, se suelta a llorar.

Un proceso análogo podría observarse, en general, en el gran abanico de los llantos afectivos, aunque, evidentemente, con matices diversos según la estructura cualitativa de cada sentimiento. Pues bien, aunque nos hemos demorado en seguir precisando la descripción del llanto de tristeza —y ya tengamos elementos para cotejar algunas de sus similitudes y contrastes respecto de los llantos corporales—, realicemos ahora una consideración que, aun siendo más breve, nos permita observar el proceso de gran semejanza —en términos de estructura— que acontece en el otro llanto afectivo que hemos estado examinando: el de la alegría.

Tal vez por la situación específica que trazamos imaginariamente para representárnoslo —la de un padre que llora de alegría por el triunfo del hijo en una competencia deportiva—, podría parecer que lo que subrayamos en el llanto de tristeza como una previa tonalidad anímica de fondo —ese «buen humor» y «serenidad» que resaltamos como estado anterior, y que se vio afectado drásticamente con la noticia de la muerte del familiar— no está presente de manera tan marcada en esta nueva circunstancia. Ciertamente, al ponernos ahora en situación de un espectador vivamente involucrado en una contienda deportiva —la final nacional de los 400 metros de nado libre en que compite su hijo después de haber sorteado triunfos estatales y regionales, por ejemplo— asumimos que su base vital fluctúa con emociones más intensas y de carácter palmariamente intencional: antes del disparo que anuncia el inicio, gana en el padre el nerviosismo claramente acompañado de palpitaciones agitadas, de una respiración temblorosa, incluso de cierta sudoración en las manos. En su campo de conciencia su foco está en imaginar los escenarios posibles y en prever tanto la posibilidad del triunfo como la de la derrota y, con ello, representarse mentalmente a sí mismo —en su condición de padre orgulloso por lo lejos que ha llegado su hijo gracias a su persistencia y esfuerzo de tantos años— acompañándolo en ambas posibilidades: la de la celebración o la del consuelo.

Y así va el padre, yendo y viniendo entre sensaciones, recuerdos e imaginaciones, trémulo y atrapado entre las bifurcaciones del pronóstico ya favorable o adverso. Suena el disparo de salida y, junto con los gritos que se escuchan entre la masa de espectadores que llenan el recinto, en la vivencia del padre opera como una suspensión breve del tumulto afectivo previo —un pequeño quedar «a-tónito»— e inmediatamente después nace un estado de espera rígido, como si una cuerda en tensión habitara su interior. Lo que sigue son minutos

en los que, a veces, parece que el hijo ganará, pero, en otras, es adelantado por uno de sus contrincantes en un carril vecino. En ambos momentos hay actos afectivos intencionales que cambian con rapidez según la situación. En esos minutos de competencia el padre suelta gritos que, no obstante su fuerza, no terminan de aflojar la cuerda tensa. Sin embargo, de algún modo sí van abriendo su disposición no solo corporal —él ya está de pie, sus brazos levantados y abiertos, su boca abierta gritando el nombre de su hijo, incluso algún salto en su mismo lugar— sino también afectiva: nada hay de contención en esa vivencia específica, el hombre es puro exceso arrojado hacia afuera. Llegan los últimos segundos y, en el tramo final, con dramatismo, su hijo alcanza la meta en primer lugar. La apertura del padre se desborda en una alegría eufórica que, de nuevo, requirió su «sanción» personal para dar rienda suelta a las lágrimas más allá del límite de todo ese creciente magma interior que se agitó inclemente y desordenado durante minutos que, en la vivencia, parecían prolongarse. Corre a la orilla de la alberca, y abraza a su hijo ya en un pleno llanto que —al igual que el de tristeza— afloja su interior.

§

Reparemos ahora, después de estas dos nuevas consideraciones descriptivas del llanto de los sentimientos —la del llanto de tristeza y la del llanto de alegría— en tres aspectos que son de gran relevancia para nuestro estudio. En primer lugar, contamos ya con suficientes elementos descriptivos para seguir puntualizando la estrecha continuidad y concordancia del cuerpo con los sentimientos —y, con ello, las fronteras permeables entre los llantos de ambas categorías—; en segundo lugar, aflora una característica del llanto sobre la cual, aun habiéndola referido, no nos habíamos detenido de manera suficiente: la descarga que suele suponer el llanto; y, en tercer lugar —aunque vinculado de manera franca con el primer punto—, la analogía entre las notas cualitativas de los sentimientos y la naturaleza del llanto que de ellos emana.

Para explicitar el primer aspecto, volvamos sobre el llanto de tristeza. Si abandonamos sólo por un momento la perspectiva que hemos deliberadamente asumido en este capítulo, y miramos de nuevo nuestro fenómeno desde las notas y sensaciones del intracuerpo —que fue el umbral que nos sirvió de acceso en el capítulo previo—, advertiremos que el momento de modificación del tono vital que describimos en el llanto de

pesar —ese «buen humor» sin referencia intencional que vira drásticamente hacia una tristeza puntual: una tristeza-*por* la muerte del ser querido— es efectivamente vivido en el cuerpo como una creciente tensión, como una «real» y «física» presión interna. Es decir que, ateniéndonos a los datos de la experiencia vivida, podemos constatar que la «toma de posición» del hombre aparece como simultánea —y, más aún, en coincidencia— a la sensación interna, al grado de que no parecería del todo inapropiado afirmar que la tristeza «es» —en alguna medida— precisamente ese cuerpo que se siente así: presionado, centralizado, menguado, contraído. Y tal vez por eso, justamente, empleamos en castellano la palabra «pesar» para referirnos a esa tristeza que nos invade en situaciones de desgracia: se trata, en efecto, de un auténtico y literal «peso». Y, de igual manera, lo propio acontece en el llanto descrito de alegría: la perspectiva del intracuerpo nos dejaría advertir una sensación que también es creciente, aunque, en este caso particular, de «apertura» y de «distensión»; apertura y distensión que también configuran las cualidades de la «toma de posición» específica del padre alegre, volcado sobre su hijo.

En las dos descripciones realizadas para esta categoría de los llantos afectivos, recogimos de la experiencia otro aspecto que ya habíamos considerado —aunque con menor cuidado— en la primera vuelta descriptiva: que los tres componentes del «momento eruptivo» del llanto —la elevación de la atmósfera interior, el reconocimiento del límite y el desbordamiento— implican una «liberación» o una «descarga» que, comúnmente, dejan una posterior sensación de alivio en la persona. La «liberación», por retomar el caso del llanto de tristeza, tiene una faceta fenoménica física: la tensión, la carga, el peso que implica la noticia de la muerte del ser querido van diluyéndose con los movimientos propios del llanto, con sus respiraciones entrecortadas, sus sollozos, sus espasmos, sus lágrimas. Con todo —y como ya hemos señalado en el capítulo anterior— no coincidimos con Schwarz cuando afirma que el llanto tiene una «función» fisiológica específica: la de aflojar las tensiones y la sobrepresión, al grado incluso de llegar a decir que, en estos casos, el llanto es “una pura contrarreacción de los efectos físicos”.¹³¹ Porque observemos también que el llanto bien puede «aligerar» el peso o «aflojar» la tensión, pero, tanto la tristeza en el caso de nuestro primer ejemplo, como la alegría en el caso del segundo, «se mantienen» actuales en la vivencia; el llanto no modifica el contenido de tristeza real sentida, ni de la alegría. El llanto, en este sentido, puede

¹³¹ Balduin Schwartz [sic], *La psicología del llanto*, p. 36. Ver *supra*, p. 68, nota 87.

representar cierto alivio, pero no modifica los contenidos afectivos de la conciencia. Y esto concierne de manera distinta a los llantos corporales: el mero llanto no palia el dolor ni sacia el hambre —como tampoco desaparece la tristeza o la alegría— pero tampoco aligeran o liberan tales vivencias —como sí suelen hacerlo en el caso de los sentimientos—.

Por último, respecto del tercer aspecto que nos proponemos resaltar después de estas dos descripciones, notamos que el abanico que va de los llantos más sueltos a los llantos más tensos —y la enorme gama intermedia— concuerda con las cualidades del sentimiento tal y como es vivido por la persona. Si la tristeza pesa y contrae, el llanto de tristeza es también pesado y tenso; si la alegría distiende, abre, dilata, el llanto de alegría brota así, ancho, suelto, liberando; si la ira se vive como la agitación violenta por un daño que hemos recibido, el llanto que adviene es igualmente violento y desarticulado. Y es así, para cada sentimiento. Después de estas observaciones, queda más claro el sentido de una crítica que formulamos en el primer capítulo de esta investigación: aquella que refería que estudiar el llanto desde su carácter expresivo reducía la riqueza del fenómeno. En este punto, nos sentimos afines al término de «corporalidad del sentimiento» que ha desarrollado en tiempos recientes Ingrid Vendrell Ferran justamente para hacer más justicia a ese fenómeno particular de unión.¹³²

EL LLANTO ESPIRITUAL

Dentro de la esfera de los llantos predominantemente espirituales hemos señalado ya dos ejemplos: el de arrepentimiento y el de sobrecogimiento estético. A ellos pueden sumarse los llantos de devoción, de entrega, de conversión, de amor, de ternura, de compasión y otros actos similares en los que, como veremos, la afectación del tono vital se atenúa visiblemente y pierde el protagonismo del acto total para dar lugar a una respuesta de «entrega», de un particular «ceder» de la persona libre.

A diferencia del llanto de los sentimientos —que, con todo y la enorme variedad de tipos y formas que admite, mantienen en común el «momento eruptivo» propiciado por una alteración del temple de ánimo—, en el llanto espiritual ya no podemos decir, por ejemplo, que la tensión o el peso que produce un afecto en el cuerpo vivido —como

¹³² Ver Ingrid Vendrell Ferran, “Emoción y moral: el caso de la envidia”, pp. 219-244.

señalamos particularmente en el llanto de pena— o que la dilatación del intracuerpo —como referimos en el llanto de alegría— sea un momento decisivo. El llanto espiritual puede lograrse plenamente sin ser suscitado por el modo en que una toma de posición afectiva percute y agita la vivencia del intracuerpo. Al igual que hemos insistido desde los párrafos previos al despliegue de esta tipificación, esto no debe entenderse como un proceso que sucede «al margen» de vivencias corporales y afectivas; tan sólo subraya que, si bien una persona vive desde su cuerpo y desde una tonalidad específica, esos dos ámbitos no son los que determinan un llanto que parece desencadenarse más por una volición cavilada que por un afecto o una sensación —aunque evidentemente haya sensaciones, tonos y sentimientos involucrados—.

Detengámonos, al igual que lo hemos hecho en los otros dos grupos de esta tipificación, en desplegar con más detalle algunas de las formas típicas de los llantos que aquí pueden congregarse. Volvamos al ejemplo de quien, sobrecogido por las *Kindertotenlieder* de Mahler, y viéndose movido por las cualidades que dicha obra encarna, se entrega al llanto. De nuevo cobra especial importancia —para subrayar una distinción específica de este llanto respecto del llanto de los afectos— esclarecer el tono anímico del hombre en el curso vital previo al momento de su llanto. Abramos la situación diciendo que el hombre se dispone para ir al teatro en compañía de su esposa. El concierto al que asistirán les entusiasma, puesto que la orquesta, el director y la solista figuran entre sus favoritos y, además, el programa que interpretarán les hace especial ilusión. De modo que es fácil representarnos que en el hombre —mientras se adentra ya en el teatro e intenta identificar sus butacas— hay un fondo anímico de buen humor y de ligereza. Ese fondo, sin embargo, no está separado de otras vivencias afectivas intencionales, sino que, insertos en tal temple, vive afectos referidos a realidades puntuales; en contraste con la alegría que siente por estar en compañía de su esposa y, ahora, ver y saludar a amigos cuyo encuentro le sorprende con agrado, se asoman a su campo de conciencia dos inquietudes no tan marginales: una preocupación por la salud de su hija quien, por un malestar ligero, tuvo que permanecer en casa; y un particular problema laboral que no ha podido resolver y que incluso a veces lo visita en sueños.

En tales flujos —la maraña del temple, los afectos, las preocupaciones, los recuerdos, las expectativas, los pensamientos— que sólo pueden diferenciarse analíticamente y mediante un ejercicio de abstracción, pues el hombre los vive en su presente de conciencia

como un mismo caudal de vida, da inicio el concierto. La primera parte es una sinfonía que, sin que convenga entrar en detalle, ha suavizado el tumulto en el interior del hombre, descrito líneas arriba. El nuevo estado de tranquilidad prevalece durante los cuarenta minutos de concierto y sólo se ve interrumpido por el aplauso del público al final del último movimiento de la sinfonía y, junto con él, por el barullo y los desplazamientos propios del intermedio que funcionan, para lo que en este ejemplo queremos destacar, como un despertar de aquellos afectos, pensamientos y preocupaciones —echa una mirada a su teléfono para ver si hay alguna noticia de su hija, se alegra de nuevo por la compañía de su esposa, con quien ahora comparte una conversación, pero no puede evitar volver a tocar el desasosiego de su trabajo—. Al atenuarse las luces en señal de aviso para el comienzo de la segunda parte del concierto —ahora sí, las esperadas *Kindertotenlieder*— el hombre retoma su disposición de concentración en el escenario. Son cinco las canciones que componen el ciclo. Desde los primeros acordes de la primera, el alboroto interno en que estaba va cediendo, va desapareciendo al quedar el hombre como conquistado por la obra. No hay agitación en su interior; no hay tensiones, presiones, dilataciones o aperturas de la esfera íntima. La atmósfera interior está más bien serena, porque el hombre está absorto, en unidad con la música ejecutada en vivo: una música que reconoce de tanto haberla escuchado en grabaciones, pero que ahora lo envuelve, lo sobrecoge como nunca había hecho. El hombre, al conocer las letras de las canciones, se pone sin esfuerzo —como siendo llevado con lentitud— en la situación de Friedrich Rückert al perder a sus hijos. Es la tercera canción del ciclo la que dice “cuando tu madre entra por la puerta con el brillo de una vela, siento como si tú también vinieras, corriendo detrás de ella, como hacías siempre, en casa...”. Y en ese pasaje el hombre derrama lágrimas: decide llorar; entra al llanto —se entrega a él— en un gesto que tiene más el carácter de una decisión que de una afectación y, mucho menos, de una sensación.

En este particular llanto, no está en primer término ni una sensación, ni una toma de posición afectiva; ya no hay tensiones provocadas por acto ninguno, sino que el hombre entero «capitula» serenamente ante la captación de los atributos elevados de la obra¹³³ y, en esa capitulación, queda como transformado él mismo en profundidad.

¹³³ Bergson describe con precisión la vivencia de la «emoción estética» y sus múltiples intensidades y grados de elevación. Es interesante su argumento en favor de que, así como las emociones pueden admitir intensidades diversas según irruman en “el tejido de los hechos psicológicos que componen nuestra historia” —a veces

Advirtamos aquí otro matiz que lo distingue del llanto de los sentimientos. En páginas anteriores apuntamos que, aun habiendo en muchos casos una sensación de alivio posterior al llanto, en los llantos de la primera y de la segunda esfera no se experimenta un cambio del contenido experiencial que suscita la sensación o el afecto. Es decir, que el llanto no alivia el dolor o el cansancio que lo producen; que la tristeza se mantiene, aunque el llanto aligere o incluso disuelva la fuerte tensión interna; que la alegría permanece, aun después del llanto y de la celebración. En cambio, en los llantos espirituales, sí hay una particular «transformación interna» de la persona íntegra. Este dato ya es accesible en el llanto de sobrecogimiento estético, pero es particularmente sobresaliente en otros llantos de esta esfera espiritual: como en los llantos de arrepentimiento, de perdón, o de conversión.¹³⁴

Para precisar con mayor rigor esa particularidad de los llantos predominantemente espirituales conviene que despleguemos un poco más —aun sin el detalle de las descripciones previas del dolor, la tristeza, la alegría y el sobrecogimiento estético— la situación específica del arrepentimiento, misma que ya habíamos caracterizado someramente en el apartado de los tránsitos y entrecruzamientos entre los tipos de llanto.¹³⁵

En el arrepentimiento, la persona se dirige a un aspecto de su vida pasada —es decir, «se sitúa» ante un hecho previo—, reconociendo el mal que hizo en una acción voluntaria. Ante tal reconocimiento del mal hecho —del mal causado a alguien abiertamente, o del mal sembrado en el repositorio de un tejido comunitario— la persona «se siente» culpable. Esa culpabilidad es vivida por ella como una «disposición» —como una «toma de postura»— desagradable y, precisamente en tanto que «toma de postura», mantiene un

interrumpiéndolo, a veces arrancando de ellos la atención, a veces siendo absorbido y, a veces, acaparando el alma entera—, en otras vivencias —como en la experiencia estética (o en la hipnosis, añade él)— distinguimos grados de profundidad y de elevación. Ver Henri Bergson, *Ensayo sobre los datos inmediatos de la conciencia*, Sígueme, Salamanca, 1999, p. 25.

¹³⁴ Para ahondar en el fenómeno del arrepentimiento, se puede consultar el bello acercamiento fenomenológico que realizó Max Scheler en 1916: Max Scheler, *Arrepentimiento y nuevo nacimiento*. También es admirable el estudio de Mariano Crespo sobre el perdón. En él hay, además, amplios pasajes que aluden asimismo al fenómeno del arrepentimiento. Ver Mariano Crespo, *El perdón. Una investigación filosófica*, Encuentro, Madrid, 2016, pp. 97-114. De igual manera un reciente estudio de Steinbock sobre emociones morales incluye un capítulo sobre la culpa y otro sobre el arrepentimiento: ver Anthony J. Steinbock, *Emociones morales. El clamor de la evidencia desde el corazón*, Herder, Barcelona, 2022, pp. 189-285. Y sobre la conversión, es particularmente reveladora la larga carta escrita por el filósofo Manuel García Morente a su director espiritual, en la que relata con detalle su proceso de conversión al catolicismo, en las vísperas de recibir su ordenación como presbítero, ya siendo incluso abuelo: ver Manuel García Morente, *El «hecho extraordinario»*, Encuentro, Madrid, 2015.

¹³⁵ Ver *supra*, p. 92.

carácter afectivo y emocional claro: la persona se siente culpable-*de*, culpable-*por* tal o cual acto cometido. Pero en el acontecimiento total del arrepentimiento no solamente figura una culpa —que bien podría, de manera muy similar a la tristeza o al sufrimiento, devenir en el «proceso eruptivo» tal y como acontece característicamente en los llantos afectivos o emocionales: oprimiendo o asfixiando la esfera del intracuerpo—, sino que, más allá del tono emocional —sin negarlo, por supuesto—, la persona acude a un acto de «reconsideración vital» que, pegado a la dimensión volitiva, apunta a un nuevo comienzo.

Con este señalamiento de la manifiesta sanción interior creemos que hemos caracterizado de manera suficiente las notas más decisivas de los llantos espirituales.

LOS CONSTITUTIVOS DEL LLANTO

Hemos terminado de trazar la tipificación que anunciamos al principio de este capítulo. Tenemos suficientes elementos, tomados de las descripciones realizadas, para perfilar el cierre de nuestra investigación. Hemos sido enfáticos —incluso repetitivos— en enunciar el sentido de este recorrido y, así, aunque en el desarrollo mismo de la tipificación nos hemos estado deteniendo para subrayar tanto las similitudes como las diferencias entre los diferentes tipos de llanto —similitudes y diferencias no sólo al interior de los tres grandes grupos diseñados, sino también entre los de las distintas esferas— conviene dedicar este último apartado para enunciar, finalmente, las notas que encontramos como constitutivas de todo llanto, de cualquier llanto.

§

En el mapa que logramos después de la primera consideración descriptiva —aquella que realizamos en el capítulo segundo al ponernos en situación de un hombre que recibe la noticia más o menos esperada de la muerte de un ser querido— adelantamos que encontrábamos en todos los llantos emocionales ese «carácter eruptivo» que nos demoramos en describir desde la vivencia del cuerpo: en todo llanto emocional —afirmamos— se experimenta una elevación de la atmósfera interior, el reconocimiento de un límite, y el desbordamiento. Las descripciones más precisas —y realizadas desde perspectivas diversas— que desarrollamos en el proceso de la tipificación del presente capítulo nos han permitido corroborar que tal

proceso eruptivo no solamente es «propio» de los llantos predominantemente emocionales, sino que también se comparte —aunque con marcadas diferencias cualitativas— con los predominantemente corporales y espirituales.

A propósito de ello hay que hacer notar, sobre todo, que la condición básica del proceso eruptivo es «el cruce» de un límite —ya como transgresión y ruptura; ya como un apenas advertido tránsito de un lado a otro, es decir, como un discreto «ser llevado a través»; ya como como un voluntario y decidido paso más allá del cerco—. La elevación y el advenimiento del linde, pues, no bastan por sí solos para hablar con propiedad de la «erupción» en que consiste todo llanto, sino que debe darse el desbordamiento.

En aquel llanto de tristeza que primeramente describimos era la «atmósfera íntima» sobre la que recaía el peso de la noticia, llenándola, tensándola; una tensión que, a fuerza de crecer, terminaba por derramarse en llanto, como pidiendo desde sí misma una distensión, un «aflojamiento» interior. En la alegría el traspaso era de índole muy distinta: lo que en la tristeza había de opresión y peso, en la alegría era apertura y expansión; una expansión que de igual manera «crece», hasta colmar el foro íntimo. En la angustia —por aludir a un último ejemplo— lo que se eleva es la estrechez —la atmósfera interior precisamente «se angosta»— y si de ahí brota un llanto, ese llanto suele caracterizarse no por un libre fluir —como en la alegría—, ni por un lento pesar —como en ciertas tristezas—, sino por una atravesada asfixia que va obstaculizando el paso.

Más aún, esas particularidades específicas de cada uno de los llantos predominantemente emocionales configuran y modelan el modo corporal en que plenamente tienen lugar. Las lágrimas —cuando las hay— y la respiración —en su enorme diversidad de formas y ritmos— fluctúan entre los polos de la apertura y la estrechez: la respiración en un llanto de angustia es sofocada y las lágrimas suelen ser escasas y lentas; en cambio, en un llanto de alegría la respiración se entrecorta por ir como a empujones hacia afuera, con avidez por salir, y las lágrimas, en consonancia con ese tipo de respiración, brotan copiosamente. Así es, para cada llanto emocional, el vínculo inquebrantable entre la vivencia corporal y la especificidad del sentimiento.

Pero, en suma —y considerando el múltiple acervo de los llantos afectivos, y aun reconociendo sus rasgos diversos según la estructura cualitativa del sentimiento que los

desencadena—, todos los llantos de esta esfera de predominio emocional mantienen en común la nota de su momento eruptivo, del traspaso del límite.

Y así lo es también para los llantos predominantemente corporales y espirituales. Justamente es en las cualidades de tal «cruce» —por siempre haberlo— donde pueden apreciarse las diferencias específicas entre ellos. En los llantos corporales el «crecimiento» o «elevación» es primordialmente sensorial —crece el dolor, crece el placer, crece el cansancio, crece el hambre—¹³⁶ y el desbordamiento con frecuencia es abrupto, a la manera de una ruptura —sobre todo en el caso del dolor y del placer, por tratarse de experiencias de exceso—, aunque también puede ser en otras ocasiones más sosegado —por ejemplo, en los casos de los estados carenciales de hambre, sed o cansancio—. En los llantos de predominio espiritual el cruce del límite está marcado por un acto de «sanción libre», por una «anuencia» a partir de la cual la persona se pone toda ella en disposición. Se desprende de estas observaciones, pues, la constatación de que todos los llantos entrañan un carácter eruptivo.

§

Tenemos también —en el mismo marco de ese momento específico del proceso eruptivo que es el «cruce» del límite— elementos que han brotado de distintos matices descriptivos y que nos ayudan ahora a resaltar otra nota constitutiva del llanto. Aun asumiendo la diversidad de modos en que se puede cruzar el límite referido, éste mantiene un rasgo común, estrictamente ligado a un acto personal: aquel acto preciso en el que la persona «se entrega», «permite», «consiente» el paso. Es decir, que no basta con la presencia del motivo —de cualquier motivo que podamos aludir ahora, y más allá incluso de sus diversas intensidades o profundidades— para que haya llanto.

Apoyémonos sucintamente en motivos pergeñados de las tres esferas de la tipificación para, con ello, asentar con mayor detalle esta observación: el dolor, en sí mismo, no es suficiente como para que «sólo desde él» el llanto brote; la tristeza, por enorme y profunda que sea, puede no devenir en llanto; el sobrecogimiento estético, el arrepentimiento,

¹³⁶ Todos ellos —como hemos dicho de manera suficiente— no son llantos provocados «solamente» por sensaciones. En cada uno hace falta una sanción personal de la persona, que es la quien, ante el dolor, el placer, el hambre o el cansancio, «cede» o «accede» al llanto. No es el dolor, por ejemplo, «en sí mismo», el que hace llorar —como si se tratara de un estímulo—, sino la persona que padece el desagrado del dolor y lo estima —a ese dolor— como insoportable.

la conversión o el perdón, no tienen al llanto como requisito para lograrse plenamente como tales actos. Ante ellos —ante esas sensaciones, sentimientos, actos— es condición indispensable el «rendirse», el «capitular» del ser humano.

Dentro de los llantos que hemos considerado con más demora, quizá el que presenta los rasgos de mayor inmediatez —aunque nunca total, como enfatizamos en su momento¹³⁷ y como estamos a punto de recapitular mínimamente— es el de dolor. Detengámonos un poco para advertir con mayor detalle cómo, incluso en él, hay una «sanción» de la persona entre el motivo y la respuesta. En efecto, la sensación dolorosa no desencadena automáticamente al llanto —como si fuera un mero reflejo—, sino que es la persona la que, en su modo de vivir tales sensaciones dolorosas, rompe a llorar. Un peculiar acontecimiento ayuda a dar mayor relieve a este matiz: es el de la «conmoción» o el «sobresalto» que en no pocas ocasiones se presenta como momento previo a la captación cabal de una noticia —ya sea álgica, en el caso del dolor que aquí resaltamos, ya sea triste o de cualquier otra índole—. De hecho, en la primera vuelta descriptiva que realizamos, repetimos que nos poníamos en situación de un hombre que recibe la noticia «en cierto modo esperada» de la muerte de un ser querido. Tal reiteración obedecía justamente al hecho de que, ante sucesos funestos inesperados, es común que la noticia —como suele decirse coloquialmente— «tarde en caer» plenamente. No es inusual que las noticias trágicas no devengan en un llanto inmediato; es frecuente, más bien, el hecho de que la tragedia tarde en ser captada para —sólo posteriormente, y si la persona así lo concede— llorar.

En la noticia dolorosa sucede lo propio. Agustín Serrano de Haro ha analizado con notable agudeza esa peculiar «conmoción» que precede a ciertos dolores.¹³⁸ Sólo desde tal sobresalto se comprenden acontecimientos tan inauditos como aquellos en los que, siendo evidentes heridas de gravedad —por ejemplo, fracturas que se dan en competencias deportivas o en accidentes automovilísticos—, quien las padece no parece enterarse, en un primer momento, del daño que se hizo e intenta incluso caminar o moverse aun cuando claramente está impedido para ello. Ese momento de sobresalto antecede al dolor. Y tal constatación nos ayuda a reafirmar que, incluso en los llantos aparentemente más inmediatos —como son aquellos que devienen por sensaciones como el dolor— se presenta la «sanción»,

¹³⁷ Ver *supra*, p. 95-97.

¹³⁸ Ver Agustín Serrano de Haro, “Atención y dolor”, p. 131-137.

la «entrega» personal que hemos señalado como requisito. Esta específica «capitulación» es la que hemos de encontrar —además— no sólo como «propia» de los llantos, sino también como «exclusiva» de ellos.

§

El mismo ejemplo anterior nos sirve para asentar aquí un aspecto más que —quizá por su obviedad— puede escaparse del conjunto de los constitutivos del llanto. En cada uno de los llantos descritos a lo largo de la investigación se evidencia un particular rasgo que envuelve importantes claves: en todo llanto hay una «interrupción» en el relato de la vida consciente de la persona. Es realmente sorprendente —como reconocen muchos de los autores que se han ocupado en someterlo a revisión rigurosa— que un ser capaz de articular lenguaje y de expresar verbalmente sus sensaciones, afectos o decisiones, posea entre su repertorio de «exclusivas» este particular acto de desorganización corporal, en el que —por sólo aludir a movimientos básicos— aspectos como la respiración, las palpitaciones o la postura entren en una desarticulación, en un colapso, en una ausencia de dominio.

En el flujo de la vida consciente de la persona —en la apertura del ámbito que le regalan sus sensaciones, temples, afectos, pensamientos, decisiones— se forja un sentido gracias a la articulación entre las vivencias focales, campales y marginales que se nos ofrecen. El llanto irrumpe en ese tejido relativamente coherente que es nuestra vida de conciencia —en ese «texto» que otorga sentido— para trastocarlo manifiestamente: la noticia —sensorial, emotiva, intelectual— rasga el tejido y perturba nuestro *continuum* vital.

He aquí, pues, los elementos constitutivos del llanto. La interrupción del curso de la vida por una notificación que rompe el relato consciente y coherente en que nos movemos; la sanción de la persona que cede, más allá de un límite, ante la fuerza de tal irrupción —ya sea dejándose llevar, o trabajosamente transitándolo, o libremente aceptándolo—; la respuesta de capitulación interior, de abandono. Esas notas han de verse como las condiciones necesarias y suficientes para que, con total propiedad, podamos hablar de llanto.

REFLEXIONES FINALES

El trabajo que aquí termina —siendo verano de 2024— comenzó hace aproximadamente veinte años. Eso si consideramos que «comienzo» equivale a la verbalización plenamente consciente de un deseo —el de emprender una filosofía del llanto— y si «término» se emparenta más a «entrega» que a «cierre» —en el sentido de que, más que a un «final», a lo que asistimos aquí es, sí, a la declaración de lo conseguido, pero también, al reconocimiento sincero de lo que ha quedado abierto.

En efecto, en el semestre de otoño de 2004, y siendo aun estudiante de la Maestría en Filosofía Social, externé la aspiración de investigar el llanto desde una perspectiva fenomenológica.¹³⁹ No entraré aquí en los misterios de tales nociones —«comienzo» y «término»—, pero el proemio que abre esta tesis, en el que intento dar cuenta del origen de mi interés en el estudio del llanto, deja ver las hondas raíces vitales en que se afinca el campo de mi investigación; raíces que, por un lado, hacen indescifrable su origen puntual y, por el otro, anuncian la imposibilidad de su fin —si por ello se entiende «clausura»—, porque estas últimas páginas aceptan todavía la provisionalidad de los hallazgos y, en ese sentido, invitan al tránsito de nuevos caminos.

Desde aquellos tempranos afanes tenía, pues, dos convicciones: que lo que quería investigar era «el llanto en sí mismo»; y que la mejor manera de hacerlo era «desde la fenomenología». A la primera convicción fui fiel, sin reparos. Eso es lo que me propuse desde el inicio y lo que no solté —incluso hasta ahora—. La segunda convicción era subsidiaria; también me comprometí con ella, aunque consciente de que estaba al servicio de la primera y que, en ese sentido, no sacrificaría la inquietud esencial por una ilusoria pureza metodológica. Con todo, la fenomenología se me ofreció siempre como el camino más fértil —si recogía los frutos que ella concede cuando se le reconoce más como «actitud» que como «método»—. Transitarlo no supuso comodidad alguna, sino, por el contrario, arduas faenas que, sin embargo, trajeron a cada paso recompensas inesperadas. Después de todo, a lo que la fenomenología invita desde hace más de un siglo es a mirar la vida en su directo modo de presentarse, con los ojos más limpios posibles. Y eso procuré hacer con el llanto.

¹³⁹ Ver *supra*, pp. 9-11.

De esas dos convicciones se destilan las preguntas que, con mayor relieve, guiaron este trabajo y que —podemos decir, con toda precisión— declaran su propósito. La primera pregunta, que es el eje central sobre el cual va girando toda la investigación, puede asombrar por su aparente sencillez: es la pregunta llana y directa de qué es el llanto. Muy pegada a ella, desde las primeras páginas del primer capítulo, y atravesando toda la tesis, camina una segunda —cuyo complemento revela ya el reconocimiento explícito de una de las dificultades más notables del fenómeno: aquella de la enorme variedad de formas y tipos que «caben» en él—: qué es el llanto en tanto que fenómeno unitario. A ellas se sumó una tercera, que ya no sólo focalizaba aquel esfuerzo general por comprender el llanto en su unidad, sino que asumía una perspectiva y, con ello, prefiguraba un camino, un «modo» de acometer la empresa central: qué es el llanto en tanto que vivencia. Esa tercera pregunta es el gozne entre el primer capítulo y el segundo; es el destilado de un ejercicio de problematización en el que las dos interrogantes previas iban exigiendo la apertura de ese campo: el de recuperar el llanto desde la experiencia vivida. Dos preguntas más se agregaron al conjunto —abriendo el capítulo final de la investigación y reconociendo que, sin abandonar el ámbito de la vivencia, era preciso volver manifiestamente sobre la inquietud cardinal—: cuáles son los componentes fijos indispensables de todo acto de llorar, y cuáles son sus notas exclusivas.

Pues bien, el desarrollo de estas reflexiones finales se ordenará en torno a la confrontación entre lo pretendido de inicio y lo verdaderamente logrado al final. Las cinco preguntas enunciadas manifiestan las pretensiones sobre las cuales podré establecer ahora el balance crítico de mi trabajo. A ello he de agregar, también, que mi interés específico por el llanto brota de —y se enlaza a— la inquietud mayor por comprender al ser humano. De modo que, aunque no sea el cometido fundamental de mi investigación, en su fondo late el deseo de arrojar luz, aunque sea en pequeña medida, al tipo de realidad que somos los humanos: los animales que lloran.

§

En la aparente sencillez de su formulación, la pregunta que asumí como rectora esconde dificultades que ahora —vistas desde el lugar de quien revisa su propio camino de reflexión después de años de estar sumergido en él— parecen insuperables. No quiero decir con ello que la investigación no haya aportado un saber valioso sobre el fenómeno, pero sí reconocer

la fragilidad —lo insoportablemente provisorio— de las respuestas que damos a las preguntas que verdaderamente nos atraviesan.

El entusiasmo con que abracé mi pregunta de investigación marcó el rigor de mis tareas iniciales. Desde ahí analicé, por ejemplo, diversos estudios sobre el llanto, señalando su insuficiencia respecto del demarcado foco que yo había trazado como medular en el mío. Efectivamente son muy escasas las investigaciones que consideran la problematicidad del llanto en sí mismo, tal y como irrumpe en nuestra vida. Pero ahí donde se puede ver un «logro» de esta investigación —el ejercicio que focaliza con precisión el problema que ha de inspeccionarse— también revela una limitación: aquella en la que la mirada, en su afán por no desviarse de la pequeña parcela antes inexplorada, estrecha y reduce el campo de visión.

Las sacudidas internas que eso trajo en el proceso de la investigación no logran reflejarse en el capítulo primero tal y como ahora se ofrece a los lectores —el capítulo en el que justamente desarrollo esa crítica a estudios y enfoques precedentes—. ¹⁴⁰ Pero en estas reflexiones finales ya puedo externar las razones por las cuales rehíce en repetidas ocasiones esas páginas. La alegría de contar con un campo tan bien definido y focalizado —al tiempo que poco tratado— sesgó mi primer acercamiento documental, soslayando perspectivas que sólo posteriormente pude valorar como es debido. En esas etapas tempranas de la investigación reuní una gran cantidad de estudios sobre el llanto, los cuales revisé echando en falta, casi siempre, la pregunta precisa que ya me habitaba: no la tan frecuente «por qué lloramos», sino la más punzante de «qué es el llanto». La conclusión de ese primer capítulo permaneció inalterada porque —lo sigo pensando— es plausible: es cierto que merece la pena explorar el llanto tal y como es vivido —y es cierto que se debe reconocer que tal esfuerzo está entre las excepciones—. Sin embargo, hizo falta que yo emprendiera el camino de describir el llanto en tanto que vivencia, para que la crítica que otrora dirigiera a los demás, como un dedo índice que apunta al frente, torciera el rumbo para señalarme luego a mí.

Dicho de manera más precisa: cuando comencé propiamente a describir el llanto desde el territorio que se me presentaba como más inmediato —descripciones que se recuperan en el capítulo segundo de esta investigación—, pronto advertí que, de manera mucho más tenaz de lo que yo había previsto, la vivencia del llanto implicaba «los motivos»

¹⁴⁰ Ver *supra*, pp. 24-50. Ese capítulo recupera los logros de mi tesis de maestría —que defendí en 2007 y que, aunque con importantes variaciones, presenté después como proyecto doctoral—.

que tanto me había propuesto esquivar. Y así, vistos ahora, aquellos acercamientos descriptivos iniciales, que en su momento vislumbré como realmente «pegados a la vida», tuvieron un alcance menor por mi explícito afán de diluir el rico entramado en el que el llanto se presenta en la experiencia: nunca en solitario —como en aquella primera descripción en que, de entrada, aludí a la elevación de la atmósfera íntima, como si el llanto simplemente comenzara ahí, sin estar embarrado ya en la tristeza que lo convoca—, sino invariablemente participando en un relato más amplio en el que, además de las palmarias sensaciones del cuerpo vivido, concurre la lectura de la vida.

En suma, un aspecto que ha de integrarse dentro de los «logros» importantes de esta investigación es la realización de un buen y honesto ejercicio de focalización dentro del campo de interés, acompañado de la claridad y autenticidad de la pregunta que permitió mantener el rumbo adecuado —una pregunta, además, casi nunca planteada en estudios precedentes—. Sin embargo, junto a ese logro, se reconocen también aspectos que no alcanzaron a resolverse en este trabajo y que, por tanto, abren vastas vetas de investigación.

Entre ellas, quizá la más notable sea la de aclarar con mayor precisión el modo en que el llanto, como un acto unitario en sí mismo, irrumpe-en y modifica sustancialmente otros actos que también —y sin la necesidad de él— mantienen una estructura propia —es decir, siendo el llanto «accidental» a ellos—. Dicho de otro modo: cómo es que la tristeza, la ira, el dolor, el cansancio, el placer, la alegría o el arrepentimiento —entre muchos otros actos o tomas de posición susceptibles de devenir en llanto—, presentando en sí mismos un hilo coherente en su articulación, «tuercen» su cauce merced a una actitud de la persona que los vive —siendo esa actitud accesorio o extrínseca a ellos—. En algo contribuye esta investigación a ese complejo problema, pero no podemos presumirlo como resuelto sólo con la nota de la «capitulación interior».

En suma, la pregunta que no queda del todo satisfecha es la de qué es el llanto en tanto que vivencia. La descripción de tal vivencia en el capítulo segundo, con todo y el vehemente deseo y el honesto trabajo previo de considerarlo tal cual acontece en la vida, terminó por ser más abstracta de lo debido: ganó el afán de pureza, ganó la mirada penetrante en la parcela precisa y demarcada del llanto; pero perdió la fidelidad con la realidad tal como ella misma se dona. El llanto tiene más de pantano o de ciénaga que de parcela; y sólo el artificio de la abstracción puede hacerlo aparecer como despegado o desprendido.

§

Es muy distinto el escenario respecto de otro de los resultados que ahora puedo enunciar como positivos de este trabajo. En el capítulo tercero —después la larga reflexión metodológica con que inicia—¹⁴¹ se compensan las limitaciones descritas en el párrafo anterior al presentar un detallado proceso de tipificación del fenómeno. Ese gesto de desplegar una tipificación del llanto me trajo, en su momento, abrumadoras dudas ya que, por un lado, en la problematización había cuestionado abordajes que se limitaban a caracterizar los diferentes tipos de llanto, clasificándolo; pero, por el otro, empezaba a reconocer la insuficiencia de sacar conclusiones respecto de los constitutivos del llanto tan sólo con la descripción del capítulo segundo —aquella descripción en que diluía la riqueza circundante al fenómeno—.

No fue fácil aceptar —después de haberme aferrado al estricto y ciego «no salirme» del llanto— que su estudio requería abrir la mirada y, con ello, leer también ámbitos que tan celosamente yo mismo había clausurado. En principio, mi cometido era que la tipificación fuera breve, casi solamente para tener a la vista una variedad de llantos que, luego, me permitiera seleccionar «uno más» de ellos —distinto al analizado en el capítulo segundo— y proceder a describirlo con el mismo detenimiento que aquél, para finalmente compararlos y, desde esa comparación, extraer los constitutivos anhelados. Así, la tesis tendría fundamentalmente dos vueltas descriptivas —la del llanto de tristeza, como prototipo ejemplar de los llantos afectivos, y la del llanto de dolor, como prototipo ejemplar de los llantos corporales— y un cotejo entre ambas.

Sin embargo, ya estando en el ejercicio de la tipificación, advertí la riqueza de consideraciones que, lejos de constreñir la frontera del llanto como si fuera un acto que empezara con independencia de su motivo, asumieran el tejido más amplio en que el fenómeno se encarna: participando de aquello que lo hace surgir —y que, de hecho, le da realidad—. Fue una buena resolución, entonces, convertir la tipificación en un «núcleo decisivo» de mi investigación, y no sólo en un superficial despliegue de modelos para simplemente seleccionar desde ahí «un» llanto representativo de otra esfera y contrastar

¹⁴¹ Ver *supra*, pp. 75-80.

ambos —como lo había programado inicialmente—. Tal proceso de tipificación me exigía, más bien, un cuidadoso tratamiento descriptivo de llantos diversos de cada esfera, y no sólo de «uno más». Y así, lo que en principio se perfilaba como una tarea menor —de organización del abanico de llantos y de selección de alguno de ellos— terminó por ser materia fundamental del proceso de investigación.

Este viraje en el proceso de indagación provocó que, particularmente la pregunta por los constitutivos del llanto —por los componentes que tiene en común todos los llantos, no obstante la enorme variedad y divergencia que puede haber entre ellos—, quedara satisfecha. Pienso que es una de las conquistas más valiosas de mi trabajo: un cuidadoso proceso de tipificación elaborado sobre la base de descripciones más justas —más atentas a la donación originaria del fenómeno en su amplitud de sentido—. Por supuesto, ello abonó significativamente a otra de las inquietudes medulares según la cual nuestro interés era por el llanto «en tanto que fenómeno unitario».

Con todo, es preciso deslizar también aquí el reconocimiento de una deuda más de la investigación: la necesaria atención puesta en la tipificación señalada fue aparejada por el desdibujamiento de un deseable proceso de delimitación que —haciendo eco de la tan fecunda reducción eidética practicada por la fenomenología de corte realista, virtudes que yo mismo elogiara a inicios del capítulo segundo evocando los consabidos nombres pioneros de Max Scheler, Edith Stein, Adolf Reinach, Hedwig Conrad-Martius o Dietrich von Hildebrand, pero también los trabajos de mediados de siglo, como los de Aurel Kolnai, Alfred Schutz o José Gaos, e incluso los contemporáneos de Agustín Serrano de Haro o Jean-Louis Chrétien— confrontara al llanto no sólo consigo mismo, sino con sus similares.

Toda la riqueza ganada, pues, en la tipificación —y gracias a la cual accedimos a la estructura interna del acto de llorar—, se echa en falta en una delimitación más precisa que nos hubiera permitido, además de clarificar más aspectos de esa estructura, distinguirlo con mayor rigor de sus similares. De modo que esta investigación tiene entre sus logros la conquista de los atributos propios del llanto; pero también reconocemos la gran oportunidad que queda abierta —para ulteriores trabajos— frente al hecho de compararlo y estudiarlo, echando mano de descripciones igualmente meticulosas, de fenómenos afines o emparentados con él.

§

Para terminar, y habiendo repasado en estas reflexiones finales tanto los aciertos como los adeudos del presente trabajo, considero que la satisfacción mayor —en el marco del balance entre lo propuesto y lo logrado— radica en haber contribuido en alguna medida a la comprensión del fenómeno del llanto, sobre todo al aportar elementos que permiten enunciar los requisitos indispensables de todo acto de llorar: la interrupción del hilo que da sentido y unidad a la vida consciente de la persona; su carácter eruptivo —de traspaso del límite—; su condición mediada; su necesaria sanción o capitulación interior.

En suma, se trata de una investigación que «nos aproxima» a la huidiza esencia del llanto. La pregunta rectora —que no es artificial, sino que presenta una auténtica inquietud— fue examinada con orden, rigor y paciencia. Esa misma pregunta fue convocando a otras, deseando, con su ayuda, ser respondida. En tal afán, la investigación «se movía». Sólo quedaba firme la duda —«¿qué es el llanto?»—. Y esa duda, viva como un animal que muere, seguía proponiendo caminos para acercarnos a su entendimiento. Llegamos al final y la investigación no ha clausurado la comprensión del llanto —como tal vez, con inocencia, hubiera deseado hace veinte años—, sino que figura más bien como «acercamiento» y como semillero de nuevas investigaciones. Y así, la prodigiosa filosofía nos deja de nuevo insatisfechos e inquietos, pero cada vez más cerca.

FUENTES DOCUMENTALES

FUENTES PRINCIPALES

Libros

- Ahmed, Sara, *La política cultural de las emociones*, UNAM, México 2015.
- Bachelard, Gaston, *La poética del espacio*, Fondo de Cultura Económica, México, 1975.
- Barrera Tyszká, Alberto, *La enfermedad*, Anagrama, Barcelona, 2006.
- Bartra, Roger, *Cultura y melancolía. Las enfermedades del alma en la España del Siglo de Oro*, Anagrama, Barcelona, 2001.
- Bergson, Henri, *La risa*, Sarpe, Madrid, 1985.
 - *Ensayo sobre los datos inmediatos de la conciencia*, Sígueme, Salamanca, 1999.
- Borges, Jorge Luis, *Otras inquisiciones*, Emecé, Buenos Aires, 1986.
- Brentano, Franz, *Psicología desde el punto de vista empírico*, Sígueme, Salamanca, 2020 [1874].
- Bühler, Karl, *Teoría de la expresión*, Alianza, Madrid, 1980.
- Burton, Robert, *Anatomía de la melancolía I*, Asociación Española de Neuropsiquiatría, Madrid, 2003.
- Buytendijk, F. J. J., *El dolor. Fenomenología - Psicología - Metafísica*, Revista de Occidente, Madrid, 1958.
- Cabrera, Celia y Szeftel, Micaela (Eds.), *Fenomenología de la vida afectiva*, Sb, Buenos Aires, 2021.
- Caro Baroja, Julio, *Historia de la fisiognómica. El rostro y el carácter*, Istmo, Madrid, 1988.
 - *La cara, espejo del alma. Historia de la fisiognómica*, Círculo de lectores, Barcelona, 1987.
- Chalier, Catherine, *Tratado de las lágrimas. Fragilidad de Dios, fragilidad del alma*, Sígueme, Salamanca, 2007.
- Christle, Heather, *El libro de las lágrimas*, Tránsito, Madrid, 2020.
- Cortázar, Julio, *Historias de cronopios y de famas*, Edhasa, Buenos Aires, 1968.
- Crespo, Mariano, *El perdón. Una investigación filosófica*, Encuentro, Madrid, 2016.
- *Cuerpo vivido*, Encuentro, Madrid, 2010.
- Darwin, Charles, *La expresión de las emociones*, Laetoli, Pamplona, 2014.
 - *La expresión de las emociones en el hombre y en los animales. Principios generales de la expresión. Medios específicos de expresión en los animales*, Sociedad de Ediciones Mundiales, Buenos Aires, 1967.

- *La expresión de las emociones en el hombre y en los animales. Medios específicos de expresión en el hombre. Medios de expresión de estados anímicos varios*, Sociedad de Ediciones Mundiales, Buenos Aires, 1967.
- Delaporte, François, *Anatomía de las pasiones*, Uninorte, Barranquilla, Colombia, 2007.
- Della Porta, Giovan Battista, *Fisiognomía I*, Asociación Española de Neuropsiquiatría, Madrid, 2007.
- Descartes, René, *Reglas para la dirección del espíritu | Investigación de la verdad por la luz natural | Discurso del método | Las pasiones del alma | Tratado del hombre*, Gredos, Madrid, 2011.
- Embree, Lester, *Análisis reflexivo. Una primera aproximación a la investigación fenomenológica*, Jitanjáfora, Morelia, 2003.
- Gamoneda, Antonio, *Esta luz. Poesía reunida (1947-2004)*, Galaxia Gutenberg/Círculo de lectores, Barcelona, 2010.
- Gaos, José, *Del hombre*, Fondo de Cultura Económica/Universidad Nacional Autónoma de México, México, 1970.
 - *2 exclusivas del hombre: la mano y el tiempo*, Universidad de Nuevo León, Monterrey, 1945.
- García-Baró, Miguel, *Del dolor, la verdad y el bien*, Sígueme, Salamanca, 2006.
- García-Baró, Miguel y Villar Ezcurra, Alicia (Coords.), *Pensar la compasión*, Universidad Pontificia de Comillas, Madrid, 2008.
- García Gual, Carlos, *Demócrito. La ética del buenánimo. Fragmentos y comentarios*, KRK, Oviedo, 2022.
- García Morente, Manuel, *El «hecho extraordinario»*, Encuentro, Madrid, 2015.
- Gehlen, Arnold, *El hombre. Su naturaleza y su lugar en el mundo*, Sígueme, Salamanca, 1980 [1945].
- Gómez Rodríguez, Fernanda Itzel (Comp.), *Antropología y fenomenología. Filosofía y teoría de la cultura*, Centro Mexicano de Investigaciones Fenomenológicas, México, 2016.
- Grande, Félix, *Biografía. Poesía completa (1958-1984)*, Anthropos, Barcelona, 1989.
- Guillén, Orlando, *Hombres como madrugadas: la poesía de El Salvador*, Anthropos, Barcelona, 1985.
- Gurwitsch, Aron, *El campo de la conciencia. Un análisis fenomenológico*, Alianza, Madrid, 1979.
- Henry, Michel, *Encarnación; una filosofía de la carne*, Sígueme, Salamanca, 2001.
- Hildebrand, Dietrich von, *La idea de la acción moral*, Encuentro, Madrid, 2014.
 - *Las formas espirituales de la afectividad*, Encuentro, Madrid, 2016.
- Horacio Flaco, Quinto, *Odas y epodos. Sátiras. Epístolas. Arte poética*, Porrúa, México, 1980.
- James, William, *Compendio de psicología*, Daniel Jorro, Editor, Madrid, 1916.

- Jarrín Hernández, Elena, *Dacriopsicología: estudio sobre el origen y la clasificación del llanto emocional*, Departamento de Ciencias Morfológicas y Cirugía, Facultad de Medicina, Universidad de Alcalá, 2011.
- Joubert, Laurent, *Tratado de la risa*, Asociación Española de Neuropsiquiatría, Madrid, 2002.
- Klages, Ludwig, *Los fundamentos de la caracterología*, Paidós, Buenos Aires, 1953.
- Kolnai, Aurel, *Asco, soberbia, odio. Fenomenología de los sentimientos hostiles*, Encuentro, Madrid, 2013.
- Laín Entralgo, Pedro, *Alma, cuerpo, persona*, Galaxia Gutenberg/Círculo de Lectores, Barcelona, 1998.
- Le Breton, David, *Las pasiones ordinarias: antropología de las emociones*, Nueva visión, Buenos Aires, 1999.
 - *Antropología del dolor*, Seix Barral, Barcelona, 1999.
- Lévinas, Emmanuel, *Totalidad e infinito; ensayo sobre la exterioridad*, Sígueme, Salamanca, 1999.
- Lutz, Tom, *El llanto. Historia cultural de las lágrimas*, Taurus, México, 2001.
- Merleau-Ponty, Maurice, *Fenomenología de la percepción*, Península, Barcelona, 2000.
- Montaigne, Michel de, *Ensayos*, Acantilado, Barcelona, 2009.
- Montero, Fernando, *Retorno a la fenomenología*, Anthropos, Barcelona, 1987.
- Murube del Castillo, Juan, *Dacriología básica*, Asociación Española de Oftalmología, Madrid, 1981.
- Nicol, Eduardo, *Metafísica de la expresión*, Fondo de Cultura Económica, México, 1957.
- Ortega y Gasset, José, *Obras completas. Tomo II*, Revista de Occidente/Taurus, Madrid, 2004.
 - *Obras completas. Tomo VI*, Revista de Occidente/Taurus, Madrid, 2010.
- Pfänder, Alexander, *Fenomenología de la voluntad. Motivos y motivación*, Avarigani, Guadalajara, España, 2011.
- Plessner, Helmuth, *La risa y el llanto. Investigación sobre los límites del comportamiento humano*, Trotta, Madrid, 2007.
 - *Los grados de lo orgánico y el hombre. Introducción a la antropología filosófica*, Universidad de Granada, Granada, 2022 [1928].
- Rebelais, François, *De la inestimable vida del gran Gargantúa padre de Pantagruel*, Origen, México, 1984.
- Saramago, José, *El evangelio según Jesucristo*, Alfaguara, México, 2011.
- Scheler, Max, *El puesto del hombre en el cosmos*, Losada, Buenos Aires, 2003 [1928].
 - *La esencia de la filosofía y la condición moral del conocer filosófico (con otros escritos sobre el método fenomenológico)*, Encuentro, Madrid, 2011.
 - *El resentimiento en la moral*, Caparrós Editores, Madrid, 1993 [1912].

- *Sobre el pudor y el sentimiento de vergüenza*, Sígueme, Salamanca, 2004 [1913].
- *Arrepentimiento y nuevo nacimiento*, Ediciones Encuentro, Madrid, 2007 [1916].
- *Esencia y formas de la simpatía*, Sígueme, Salamanca, 2005 [1923].
- *Ética, Nuevo ensayo de fundamentación de un personalismo ético*, Caparrós, Madrid, 2001.
- *Amor y conocimiento y otros escritos*, Palabra, Madrid, 2010 [1912-1917]
- *El problema emocional de la realidad seguido de manuscritos menores sobre «Ser y tiempo»*, Encuentro, Madrid, 2014.
- Schutz, Alfred, *Estudios sobre teoría social. Escritos II*, Amorrortu, Buenos Aires/Madrid, 2003.
- Schwarz, Balduin, *Del agradecimiento*, Encuentro, Madrid, 2004 [1968].
 - Schwartz, Balduin [sic], *La psicología del llanto*, Revista de Occidente, Madrid, 1930.
- Serrano de Haro, Agustín, *La precisión del cuerpo. Análisis filosófico de la puntería*, Trotta, Madrid, 2007.
- Sloterdijk, Peter, *Venir al mundo, venir al lenguaje: lecciones de Frankfurt*, Pre-Textos, Valencia, España, 2006.
- Starobinski, Jean, *La tinta de la melancolía*, Fondo de Cultura Económica, México, 2016.
- Stein, Edith, *Obras completas II. Escritos filosóficos (etapa fenomenológica: 1915-1920)*, Monte Carmelo, Burgos, 2002.
 - *Sobre el problema de la empatía*, Trotta, Madrid, 2004 [1917].
- Steinbock, Anthony J., *Emociones morales. El clamor de la evidencia desde el corazón*, Herder, Barcelona, 2022.
- Stern, Alfred, *Filosofía de la risa y el llanto*, Imán, Buenos Aires, 1950.
 - *La filosofía de la historia y el problema de los valores*, Eudeba, Buenos Aires, 1963.
 - *La filosofía de los valores. Panorama de las tendencias actuales en Alemania*, Centro de Estudio Filosóficos de la Universidad Nacional Autónoma de México/Editorial Minerva, México, 1944.
- Unamuno, Miguel de, *Del sentimiento trágico de la vida*, Sarpe, Madrid, 1984.
- Valle-Inclán, Ramón del, *Obras completas de don Ramón del Valle-Inclán*, Plenitud, Madrid, 1954.
- Venebra, Marcela y Lecona, Ángel Jiménez (Eds.), *Antropología y fenomenología. Reflexiones sobre historia y cultura*, CONACULTA/INAH/ENAH, México, 2015.
- Vinci, Leonardo da, *Tratado de la pintura*, Gaceta, México, 1985.
- Wundt, Guillermo, *Compendio de psicología*, La España Moderna, Madrid, 1896.
 - *Elementos de fisiología humana*, Librería de J. J. Menéndez, Madrid, 1882.
- Zambrano, María, *Hacia un saber sobre el alma*, Alianza, Madrid, 2002.

- Zubiri, Xavier, *Siete ensayos de antropología filosófica*, Universidad Santo Tomás, Bogotá, 1982.
 - *Sobre el hombre*, Alianza Editorial/Fundación Xavier Zubiri, Madrid, 1998.
 - *Sobre el sentimiento y la volición*, Alianza Editorial/Fundación Xavier Zubiri, Madrid, 1993.
 - *La estructura dinámica de la realidad*, Alianza Editorial/Fundación Xavier Zubiri, Madrid, 1995.

Artículos de revistas

- Palacios-Espinosa, Ximena, Sánchez-Martínez, María Catalina, Palacios-Sánchez Leonardo y Zuluaga-González, Juan Camilo, “Breve historia de las lágrimas y el llanto” en *Revista médica Iatreia*, Universidad de Antioquia, Medellín, N° 34, enero 2021, pp. 266-274. <https://revistas.udea.edu.co/index.php/iatreia/article/view/343148>
- Serrano de Haro, Agustín, “Elementos para una ordenación fenomenológica de las experiencias aflictivas” en *Anuario Filosófico de la Universidad de Navarra*, Pamplona, vol. 45, N° 1, marzo de 2015, pp. 121-144.
 - Serrano de Haro, Agustín, “Espacialidad y dolor. Meditaciones fenomenológicas” en *Isegoría. Revista de filosofía moral y política del CSIC*, Instituto de Filosofía, Madrid, N° 60, jun. 2019, pp. 103-121.
 - “Introducción a la fenomenología del dolor: la experiencia del dolor físico desde el punto de vista filosófico” en *Revista d’Humanitats*, Universitat Internacional de Catalunya, Barcelona, N° 3, 2019, pp. 30-42. <https://raco.cat/index.php/humanitats/article/view/387970>
 - “Un nuevo ensayo de fenomenología del dolor” en *Ápeiron*, Estudios de filosofía, Madrid, N° 3, octubre 2015, pp. 129-136. <https://www.apeironestudiosdefilosofia.com/numero3>
 - “El largo presente del dolor físico. Cinco leyes de la temporalidad adolorida” en *Revista Filosófica de Coimbra*, Universidad de Coimbra, Coímbra, vol. 29, N° 57, 2020, pp. 153-168.
 - “La contribución de Saulius Geniusas a la fenomenología del dolor” en *Investigaciones fenomenológicas*, UNED, Madrid, N° 18, 2021, pp. 195-206.
- Ziri6n Quijano, Antonio, “Sobre el colorido de la vida. Ensayo de caracterización preliminar” en *Acta Fenomenológica Latinoamericana*, vol. I. *Actas del II Coloquio Latinoamericano de Fenomenología* (Bogotá, mayo 22-25, 2002), Pontificia Universidad Católica de Perú, Fondo Editorial, Lima; pp. 209-221.
 - “El resplandor de la afectividad” en *Acta Fenomenológica Latinoamericana*, vol. III. *Actas del IV Coloquio Latinoamericano de Fenomenología (Morelia, 2009)*, Pontificia Universidad Católica de Perú/Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, Lima/Morelia, pp. 139-153.

OBRAS COMPLEMENTARIAS

- Adichie, Chimamanda Ngozi, *Sobre el duelo*, Random House, Madrid, 2021.
- Argullol, Rafael, *Davalú o el dolor*, RBA, Barcelona, 2001.
- Barbaras, Renaud, *Introducción a una fenomenología de la vida*. Intencionalidad y deseo, Encuentro, Madrid, 2013.
- Barnes, Julian, *Niveles de vida*, Anagrama, Barcelona, 2017.
- Barthes, Roland, *Diario de duelo*, Paidós, Barcelona, 2021.
 - *Fragmentos de un discurso amoroso*, Siglo XXI, México, 2001.
- Beltrán Almería, Luis, *Anatomía de la risa*, Ediciones sin nombre/CONACYT/ Universidad de Sonora, Hermosillo, 2011.
- Bonnett, Piedad, *Lo que no tiene nombre*, Alfaguara, México, 2023
- Boulouque, Clémence, *Muerte de un silencio*, Periférica, Cáceres, 2016.
- Busquets, Milena, *También esto pasará*, Anagrama, Barcelona, 2016.
- Chrétien, Jean-Louis, *Del cansancio*, Mardulce, Buenos Aires, 2014.
- Didion, Joan, *El año del pensamiento mágico*, Random House, Barcelona, 2020.
- Ferreira, Vergílio, *Pensar*, Acantilado, Barcelona, 2006.
 - *Invocación a mi cuerpo*, Acantilado, Barcelona, 2003.
- Földényi, László F., *Melancolía*, Galaxia Gutenberg/Círculo de lectores, Barcelona, 2008.
- Gadamer, Hans-Georg, *Dolor. Consideraciones desde una visión médica, filosófica y terapéutica*, Paradiso, México, 2020.
- Gaos, José, *Introducción a la fenomenología seguida de La crítica del psicologismo en Husserl*, Encuentro, Madrid, 2007.
- García-Baró, Miguel, *Vida y mundo. La práctica de la fenomenología*, Trotta, Madrid, 1999.
 - *Sentir y pensar la vida. Ensayos de fenomenología y filosofía española*, Trotta, Madrid, 2012.
- Gómez Pérez, Rafael, *Sentido del sufrimiento*, RIALP, Madrid, 2012.
- Handke, Peter, *Desgracia impenable*, Alianza, Madrid, 2019.
 - *Ensayo sobre el cansancio*, Alianza, Madrid, 2006.
- Heller, Agnes, *Teoría de los sentimientos*, Coyoacán, México, 2004.
- Hermann, Wolfgang, *Despedida que no cesa*, Periférica, Cáceres, 2016.
- Hildebrand, Dietrich von, *Moralidad y conocimiento de los valores*, Cristiandad, Madrid, 2006.
 - *Ética*, Encuentro, Madrid, 2020.
- James, William, *Variedades de la experiencia religiosa. Un estudio de la naturaleza humana*, Trotta, Madrid, 2017.
- Lewis, C. S., *Una pena en observación*, Anagrama, Barcelona, 2018.
- Lipps, Theodor, *El humor y lo cómico. Un estudio estético-psicológico*, Herder, México, 2015.

- Maillard, Chantal, *La mujer de pie*, Galaxia Gutenberg, Barcelona, 2015.
- Marina, José Antonio, *El laberinto sentimental*, Anagrama, Barcelona, 2009.
- Marina, José Antonio y López Penas, Marisa, *Diccionario de los sentimientos*, Anagrama, Barcelona, 2013.
- Monge, Emiliano, *Justo antes del final*, Random House, México, 2022.
- Monticelli, Roberta de, *El futuro de la fenomenología. Meditaciones sobre el conocimiento personal*, Cátedra/Universitat de València, Madrid, 1998.
- Nicol, Eduardo, *Metafísica de la expresión*, Fondo de Cultura Económica, Mexico, 1989.
— *Psicología de las situaciones vitales*, Fondo de Cultura Económica, Mexico, 1996.
- Nicolás, Juan Antonio y Espinoza, Ricardo (Eds.), *Zubiri ante Heidegger*, Herder, Barcelona, 2008.
- Ocaña, Enrique, *Sobre el dolor*, Pre-textos, Valencia, 1997.
- Ortega y Gasset, José, *Introducción a una estimativa. ¿Qué son los valores?*, Encuentro, Madrid, 2004.
- Patočka, Jan, *El movimiento de la existencia humana*, Encuentro, Madrid, 2004.
— *Introducción a la fenomenología*, Herder, Barcelona, 2005.
- Peixoto, José Luís, *Te me moriste*, Minúscula, Barcelona, 2020.
- Puga, María Luisa, *Diario del dolor*, UNAM, México, 2020.
- San Martín, Javier, *La nueva imagen de Husserl. Lecciones de Guanajuato*, Trotta, Madrid, 2015.
- Sartre, Jean-Paul, *Bosquejo de una teoría de las emociones*, Alianza, Madrid, 2015.
- Savater, Fernando, *La peor parte. Memorias de amor*, Ariel, México, 2019.
- Seifert, Josef, *Discurso de los métodos. De la filosofía y la fenomenología realista*, Encuentro, Madrid, 2008.
- Serrano de Haro, Agustín, *Paseo filosófico por Madrid. Introducción a Husserl*, Trotta, Madrid, 2016.
- Sokolowski, Robert, *Introducción a la fenomenología*, Jitanjáfora, Morelia, 2012.
- Thernstrom, Melanie, *Las crónicas del dolor. Curas, mitos, misterios, plegarias, diarios, imágenes cerebrales, curación y la ciencia del sufrimiento*, Anagrama, Barcelona, 2012.
- Velázquez Fernández, Héctor y Mendoza Lucero, Fabiola (Eds.), *Antropología del dolor. Un acercamiento interdisciplinario desde la filosofía, biología y medicina*, IF Press, Roma, 2019.
- Volpi, Jorge, *Examen de mi padre*, Alfaguara, México, 2016.
- Woolf, Virginia, *De la enfermedad*, José J. de Olañeta, Barcelona, 2014.